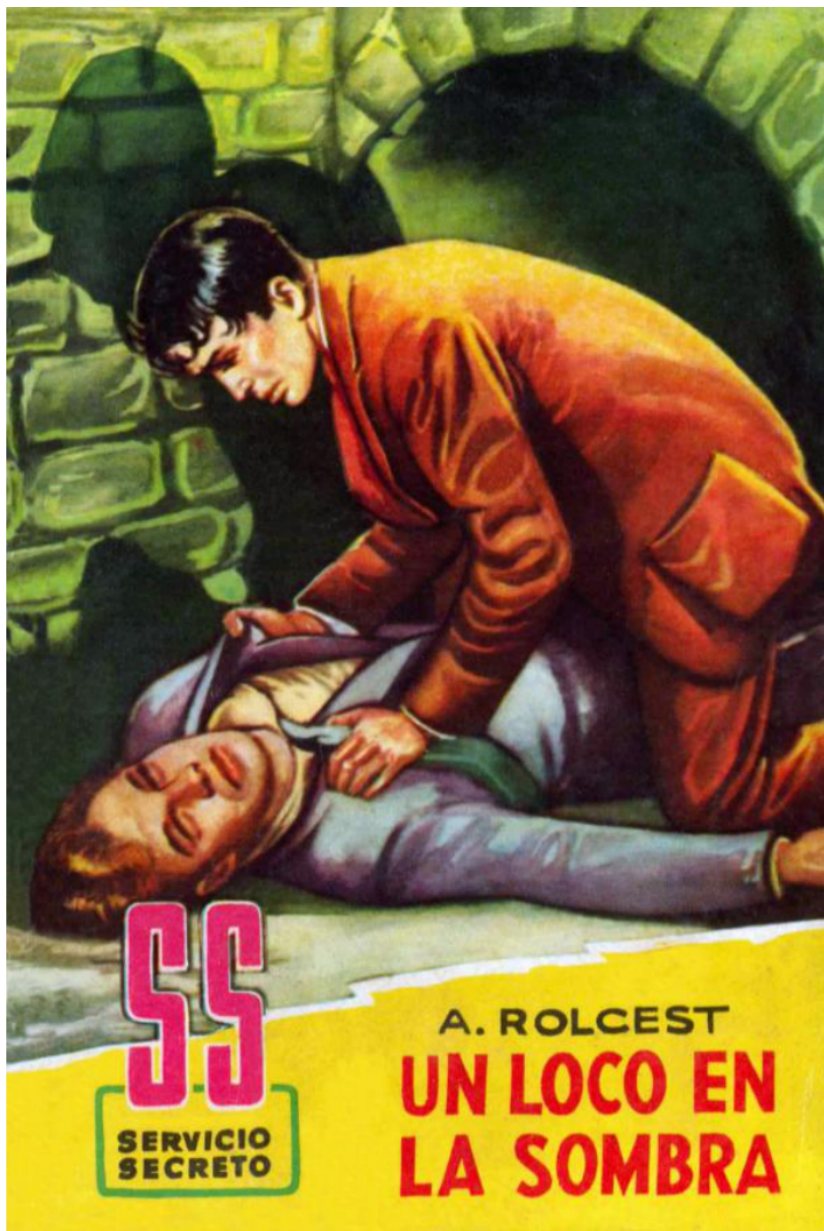




SS

**SERVICIO
SECRETO**

A. ROLCEST

UN LOCO EN LA SOMBRA



A. ROLCEST

Un loco en la sombra

**1.ª EDICION
AGOSTO-1951**

EDITORIAL BRUGUERA

Proyecto, 3.º T. 984153



BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:

7. — La noche de Bright Garden. 22. — Misión en Extremo Oriente.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2. Barcelona

UN LOCO EN LA SOMBRA

DOR
A.ROLGEST



CAPÍTULO PRIMERO

TRANSPORTE MACABRO

Se oyó el roce de un llavín al introducirse en la cerradura.

—Ahí está la señorita Hogan —dijo Marlene Paget, dama de compañía de la citada joven, más que secretaria de la «Hogan Company».

Se abrió la puerta y apareció Elssie Hogan, una muchacha esbelta, de grandes ojos garzos. El empleado de la Compañía aérea pareció extrañarse del aspecto de aquella mujer, que, pese a la expresión de tristeza que había en su rostro, dominaba con tal fuerza la poderosa vitalidad y belleza que irradiaba de toda ella, que al empleado se le antojó paradójico que fuese precisamente ella quien se encargase de la fúnebre misión.

—He venido para hacerle entrega de los documentos referentes a los restos del señor Hogan —manifestó el hombre, dejando sobre una mesita un gran sobre, lleno de papeles.

Luego, metiendo una mano en el bolsillo interior de la americana, sacó una cartera, de la que extrajo un papel de color azul.

—Éste es el talón del baúl donde van las cosas del señor Hogan.

—¿Ha hecho usted el trayecto desde Leopoldville? —preguntó Elssie.

—No, señorita. Desde Dakar solamente. Si no desea usted ninguna otra cosa, sólo me resta recordarle que dentro de unos cuarenta minutos, a lo más tardar, deben ustedes encontrarse en el aeropuerto. Les transmito el ruego de la Compañía de que guarden la mayor discreción con respecto al «carácter» de este asunto. El pasaje lo ignora en absoluto, por lo menos los que proceden del otro lado del Atlántico. En Miami suben nuevos pasajeros, pero si nadie

conoce a usted, ni sabe la misión que le ha traído aquí...

—Descuide —interrumpió Elssie—. Sólo hace unas horas que nos encontramos en Miami, y no hemos hablado con nadie.

Se aproximó a uno de los ventanales. Veíase un trozo del parque, con su paseo de palmeras y exuberante vegetación; más allá, la hermosa bahía, cruzada de vaporcitos y barcas a vela, con el moño de pequeñas islas sobre la calva azul.

Otra vez el empleado de la «Atlantic Air Company» volvió a sentir extrañeza. Ahora asociaba la belleza de aquella mujer con la rotunda exuberancia del paisaje subtropical. Todo era color y vida... Pero allá, en la bodega de un «Douglas DC-4»,

que aguardaba sobre la pista del aeropuerto el momento de despegar, había un ataúd. Y dentro, el cadáver de un hombre joven, hermano de esta mujer para quien la belleza y la existencia parecían creados.

—La vida es absurda —dijo a media voz, dejándose llevar de sus pensamientos.

Un poco más tarde, el empleado de la «Atlantic Air» se quitaba, ya en el aeropuerto, su gorra de plato, saludando cortésmente y deseando a la señorita Hogan y a su secretaria un excelente viaje. Momentos después el avión despegaba.

La señorita Paget se sentía tan nerviosa, que en muy pocos minutos se había quitado las gafas varias veces para limpiarlas. Elssie, apoyada la frente contra el cristal de la ventanilla, miraba en silencio la costa, cada vez más difusa y lejana.

Por momentos el aparato se remontaba a mayor altura, atravesando grandes masas de nubes que el sol de la tarde, ya casi en el ocaso, apenas coloreaba. Dentro de poco la tierra y el mar serían un borrón, con la pedrería apenas perceptible de las luces en las zonas pobladas.

El fragor de los motores llegaba al interior en un ritmo tan regular, que pronto quedó convertido en un ruido de fondo normal. Apenas despegaron, algunos pasajeros habían dejado sus asientos para descender al pequeño salón emplazado en el puente inferior, donde se hallaba instalado el bar. Dos asientos más allá de donde se hallaba Elssie, una gentil empleada de la Compañía de navegación aérea atendía a una niña.

Todo daba una sensación de tranquilidad, de seguridad absoluta. En las cabinas de la tripulación veíase a cada uno en su puesto, desempeñando su misión normalmente.

Pues bien: a pesar de todo, la señorita Paget no se sentía nada tranquila. Aún no había podido comprender por qué aquel avión había esperado más de dos horas en Miami. ¿Tan absolutamente necesario era llegar a Nueva York de noche? Por momentos le resultaba más desagradable aquel viaje. Volar llevando auestas un cadáver no era ir a ninguna fiesta. Y menos todavía de noche. Había decidido acompañar a Elssie como un favor especial, por no dejarla ir sola, porque Elssie se hubiera ido sin ella, contra el parecer de su madre, incluso contra el riesgo de que se enterase el abuelo. ¡Qué familia más extraña los Hogan! Ni siquiera a Elssie, con la que tenía un trato diario, había llegado a comprenderla. El abuelo, la madre y los dos hermanos, parecían totalmente desligados unos de otros.

La señorita Paget aún no veía claro si Elssie quería de veras a su hermano. El abuelo expulsó a George de la familia, y Elssie no pareció afectada por ello. El alejamiento del hermano sólo sirvió para que ella, a partir de entonces, hiciera sentir su personalidad en la dirección de la fábrica. Durante algún tiempo nada se había sabido de George. Tan pronto se rumoreaba que encontrábase en Extremo Oriente, como en Europa. Cuando, de pronto, la noticia llegó de África. George Hogan había muerto en Leopoldville, de manera bastante confusa. Ante la noticia, el abuelo se encogió de hombros; la madre se mantuvo en un mutismo todavía más cerrado que el habitual. Sólo Elssie había tenido un arranque decidido: lanzóse a toda clase de gestiones para conseguir el traslado del cadáver, y partió a Miami para esperarle. Todo esto sin dar conocimiento al abuelo.

Los Hogan eran inmensamente ricos, todos gozaban de gran belleza física, pero la señorita Paget, la fea y pobre señorita Paget casi les compadecía. Todos parecían contagiados de una extraña, absurda locura.

El ritmo pacífico, familiar, que había empezado a crearse en la cabina de pasajeros, quedó roto de pronto. Dos hombres, pistola en mano, se habían acercado a las cabinas de los tripulantes. A quien primero encañonaron fue al radio-operador. Uno de los individuos manipuló unos instantes en la emisora, y después, con la culata de

la pistola, le dio unos cuantos golpes hasta dejarla destruida.

Momentos después encañonaban al comandante y al piloto. Los pasajeros apreciaron enseguida que la aeronave cambiaba de ruta, internándose en el mar. Algunos se habían puesto de pie, pero otros dos individuos armados aparecieron por la puerta que conducía al bar. Ambos llevaban equipo de paracaidista.

—¡Que nadie se mueva de su sitio! —gritó uno de los individuos.

En tanto uno quedaba parado en el principio del pasillo, el otro se aproximó a dónde estaba Elssie.

—Señorita Hogan: Deme toda la documentación que se refiera al «fiambre». ¡Dese prisa!

Elssie se le quedó mirando fijamente. Era un hombre joven, con una cicatriz en la mejilla izquierda, y de mirada dura.

—¿Para qué quiere esos papeles?

—Obedezca sin preguntar.

Elssie, que era una de los que permanecían de pie, volvió a sentarse, y cogiendo una gran cartera de cuero que tenía al lado, sacó el sobre donde se hallaba la documentación de su hermano.

—¿Se refiere a esto? —preguntó tranquilamente, ofreciéndole el sobre abierto.

El hombre dio una rápida mirada a los paneles y enseguida, doblándolos, se los metió, en la abertura, del chaquetón de cuero. Sin decir nada; se separó de Elssie y se dirigió a las cabinas donde los otros dos individuos seguían manteniendo a raya a los tripulantes.

—Bajad a la bodega y descargad el «fiambre» y el baúl de trastos... Enseguida equiparos. Dentro de cinco minutos cambiaremos la ruta —mandó el hombre de la cicatriz.

—Está bien —respondió uno de ellos, soltando la risa—. Va a ser un vuelo bonito.

De los cuatro hombres armados, momentos después únicamente los que llevaban equipo de paracaidista quedaron en la cabina de pasajeros, donde, a excepción del piloto, se hallaban también los restantes tripulantes. Durante unos minutos todos permanecieron callados, observándose unos a otros, queriendo desentrañar aquella situación insólita.

El hombre de la cicatriz y su compañero, teniendo bien firme en

su mano derecha la automática, paseaban rápidos la mirada a un lado y otro.

—Desciendan a mil metros e intérnense en la costa —dijo el hombre de la cicatriz dirigiéndose al comandante, después de mirar el reloj.

El comandante se metió en la cabina sin replicar. Instantes después el aparato evolucionaba, tomando la dirección de tierra. Ya era casi de noche. A lo largo de la costa veíanse de vez en cuando grupos de luces, cada vez más espesas. El hombre de la cicatriz, después de mirar unos instantes a través de una ventanilla, entró en la cabina del Piloto, hizo unas indicaciones y enseguida salió, haciendo señas a su compañero de que podía retirarse.

—Perdonen este pequeño incidente, señores —dijo riendo el de la cicatriz, al tiempo que se disponía a desaparecer por la puerta que conducía al bar—. ¡Deseo a todos ustedes un buen viaje!

Descendió corriendo la escalerilla. Cada vez que pasaba de un compartimiento a otro, cerraba la puerta. En el saloncillo del bar la gente permanecía en la misma expectación que los de arriba.

El individuo de la cicatriz fue el último a entrar en la bodega trasera. Los dos aeromozos que estaban al carpo de aquel departamento se hallaban maniatados, tirados sobre un montón de paquetes. Cinco hombres, equipados con paracaídas, permanecían junto al boquete abierto al exterior, esperando el momento de lanzarse al espacio.

—¿Todo bien? —preguntó el de la cicatriz.

Apenas atendió lo que le contestaban sus compañeros. Se había aproximado a la puerta y miraba al exterior. Desde hacía unos minutos el aparato trazaba una ancha circunferencia en torno a una agrupación de luces.

—¡Vamos!

Uno tras otro fueron lanzándose afuera. Durante unos momentos, la bodega siguió con la puerta del exterior abierta, inundada por la vibración de los motores. Uno de los aeromozos había conseguido ponerse de pie, y a saltos, trataba de aproximarse a la puerta del otro departamento, pero ésta se abrió antes de que él llegara. Apareció el comandante, seguido de un oficial y algunos pasajeros. La noticia de lo ocurrido fue conocida enseguida por todos los que iban en la aeronave.

Un baúl y un ataúd habían sido lanzados al mar, desde una altura de más de dos mil metros. La aprensión que hasta entonces había tenido la señorita Paget, fue compartida por la mayoría. Algunos pasajeros comenzaron a vociferar que tan pronto llegaran al aeródromo elevarían una protesta a la Compañía por la macabra broma de que habían sido objeto.

Elssie recibió impasible la noticia del ultraje que los desconocidos habían cometido con los restos de su hermano. Marlene Paget, que no sabiendo qué hacer de las gafas había optado al fin por guardárselas, mostraba ahora unas pupilas asustadas, como si fueran a romper la órbita inflamada de sus párpados. No se atrevía a interrumpir el silencio en que se había encerrado Elssie, pero hubo un momento en que ya no pudo contenerse:

—¡Señorita! ¡Por Dios...! ¡Dígame qué piensa de esto!

Pero en aquel momento la empleada de la aeronave se les acababa de acercar y, todavía muy pálida, esforzándose por sonreír, dijo:

—Señorita Hogan: El comandante desea hablar con usted. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Instantes después, la misma pregunta que hizo la señorita Paget, fue hecha por el comandante:

—¿Qué piensa de todo esto?

Tras un breve silencio, Elssie respondió:

—Estoy aturdida, comandante. Espere a que lleguemos al aeropuerto.

Se hallaban en el saloncillo del bar, completamente desalojado. El comandante comenzó a pasearse, muy pensativo.

—No quiero atribularla más, señorita Hogan. Me hago cargo de su situación, pero es necesario que usted haga un esfuerzo e intente ayudarme. Dentro de unos minutos estaremos en Nueva York. Naturalmente, nos vamos a ver envueltos por un turbión de informes, policías y periodistas. Lo que acaba de ocurrir con los restos de su hermano es bien extraño, pero no quiero ocultarle que en Leopoldville, los rumores que corrían acerca de su muerte no eran menos insólitos... Lodo esto va a acarrear a ustedes momentos muy desagradables. Se sabe que su hermano fue expulsado por la familia. ¿Puedo preguntarle por qué, señorita Hogan?

—Eso lo contestará el abuelo, que como jefe de la familia tomó

esa decisión —contesto Elssie, poniéndose de pie.

—¿Le espera alguien en Nueva York?

—Vera Hoster, la que fue prometida de mi hermano. Pensaba pasar la noche en su casa, y mañana proseguir el viaje al Canadá... Pero después de lo ocurrido, quisiera partir esta misma noche. ¿Podrá ser?

—Eso lo dirá la policía —respondió, escueto, el comandante.

CAPÍTULO II

LA VISITA DE PETERSON

La señora Hoster cuando vio entrar a Alfred, el chofer, cargado con un paquete de prensa, no pudo reprimir su estupefacción.

—¡Pero, Alfred! ¿Es que se propone inundarnos la casa de papelotes?

El mecánico, un joven de rostro moreno, y grandes ojos negros, miró, casi displicente, a la señora.

—Son órdenes de la señorita —respondió fríamente.

—¡Órdenes de la señorita! Aquí parece que no exista más autoridad que la de ella.

El chofer siguió adelante, haciendo asomar a sus labios una sonrisa irónica. Entró en la sala donde se hallaba Vera Hoster, quien, al ver llegar a Alfred, se recostó contra el sillón dónde se hallaba sentada, y entornó los ojos, mirándole significativamente. En la posición en que se hallaba sentada, su cuerpo magnífico revelábase provocadoramente sobre el tenue vestido.

—¿Qué le ocurre a mamá?... Deja ahí los periódicos, Alfred. Y no te olvides que a las once hemos de estar en Dexter Park.

—No puedo olvidarlo, señorita —dijo el chófer, sonriendo y clavando sus negras pupilas en los ojos pardos de Vera.

Luego, lentamente, sin disimulo, fue recorriendo con la mirada los bellos contornos de aquel cuerpo sentado en actitud tan desafiadora. Iba seguramente a manifestar algo, cuando apareció la señora Hoster. El mecánico hizo una ligera reverencia y se retiró. La señora sentóse próxima a su hija, y se quedó mirando cómo ésta se ponía a desplegar los periódicos y a leer donde los titulares indicaban el «Caso Hogan».

—Pero ¿es posible, hija mía, que no estés cansada de tanta

estupidez? Veo que tu padre no está del todo descaminado cuando asegura que estás enferma.

—¿Quieres decir loca?

—No tanto. Pero sí te aseguro que acabarás loca completamente como sigas así. No me explico cómo tu padre no interviene con mayor energía... ¡Bah! Pero pedirle seriedad a él es pedirle demasiado.

Vera, con una sonrisa apagada en los labios, casi sin prestar atención a lo que su madre estaba diciendo, cogía un periódico, leía las titulares que trataban del «Caso Hogan», pasaba una rápida mirada por las columnas y lo tiraba a un lado, para coger otro enseguida. Así llevaba varios días.

Desde la noche en que fue a esperar a Elssie Hogan al aeródromo, los interrogatorios de la policía, de los periodistas, de la compañía aérea, habían sido numerosísimos. Sus relaciones sentimentales con George Hogan habían sido manoseadas; las suposiciones más brutales, más monstruosas, habíanle sido comunicadas a bocajarro... ¿Por qué George Hogan se fue a África? El argumento de que iba de cacería resultaba demasiado débil: George nunca demostraba gran afición a la caza, y no por falta de oportunidad precisamente, pues la mayor parte de su vida se había desarrollado en el Canadá, donde los Hogan tenían grandes posesiones.

Todos parecían conocer que las relaciones de George y Vera habían sufrido frecuentes altibajos. George era violento, con muy poco control sobre sus instintos. Más de una vez sus escandalosas juergas habían tenido repercusión en la prensa.

La partida de Hogan a África debió de obedecer a alguna ruptura con Vera Hoster. Al ocurrir su muerte, en vista de que los Hogan parecían dispuestos a permanecer al margen, Vera indujo a Elssie a que reclamara el cadáver de su hermano, pues de lo contrario lo haría ella. Por un impulso sentimental, o, tal vez, por cálculo: dar a entender en las altas esferas, donde ambos tenían un puesto destacado, que sus relaciones fueron normales hasta el momento de ocurrir la desgracia.

Un redactor del

World's

explicaba el asalto del avión de la siguiente forma: George Hogan

había expresado a hombres de su confianza su voluntad de ser enterrado lejos de su tierra, a la que odiaba. Según rumores de última hora, George entró en Leopoldville herido de muerte, por un tiro que él mismo se había asestado en el pecho, aprovechando un descuido de sus compañeros de expedición. «La prueba de que esto es así —terminaba el periodista— es que los Hogan no parecían muy dispuestos a reclamar el cadáver».

—No me explico, hija, que todas esas barbaridades te entretengan.

Vera clavó en su madre sus hermosos ojos pardos. Durante unos momentos permaneció con la mirada fija, un poco entornados los párpados, como si en vez de mirar estuviese siguiendo una idea.

—Mamá: ¿No sé te ha ocurrido pensar que no todo esto sean tonterías?

—A mí se me ha ocurrido todo, hija mía —repuso la señora Hoster, abanicándose con una revista, queriendo ahuyentar un calor que en realidad no sentía—. Incluso he pensado... lo que esta mañana se le ha ocurrido a tu padre.

—A papá se le están ocurriendo demasiadas cosas. ¿Cuál es su última creación?

—Que tal vez el ataúd no contuviera ningún cadáver, sino simplemente contrabando.

—¡Eso es absurdo! —replicó vivamente su hija—. Los certificados de las autoridades acreditaban que todo estaba en regla.

—¡La confianza que a mí me merecen esos papeles!

Pero lo que la señora Hoster no había conseguido todavía explicarse era el fin que perseguían los que manejaban este asunto. Lo lógico era suponer que apenas la caja llegase a su punto de destino, todo se descubriría. A no ser que contasen con algún resorte, y que a última hora hubiese fallado. La señora Hoster pensaba exponerle estos aspectos a su marido, tan aficionado al deporte policíaco.

En aquel momento apareció el mayordomo, anunciando la visita de un joven llamado Allan Peterson. Vera, evidentemente alterada, dijo que lo hicieran pasar a la biblioteca. Era el policía de que les había hablado el inspector Pilch, amigo de la casa.

—Un momento —advirtió la señora Hoster, viendo que su hija se disponía a salir—. ¿Por qué no quieres que te acompañe? Están

sucedindo cosas demasiado extrañas para que confiemos en nadie.

—No temas. Sabré asegurarme.

Cuando Vera entró en la biblioteca, se encontró con un hombre alto, de fuerte contextura, que, entretenido en leer los tejuelos de los libros, no advirtió su llegada. Vera permaneció unos instantes observándole en silencio, parada unos cuantos pasos antes de llegar a él. De pronto el hombre se volvió. Tenía un rostro joven, de facciones atrayentes y simpática sonrisa.

—El agente Allan Peterson tiene el gusto de saludar a la bellísima Vera Hoster... ¿Cómo va ese ánimo?

Sin esperar a que ella correspondiese al saludo, el policía se volvió de espaldas, fue a un extremo de la biblioteca y corrió dos sillones, colocándolos uno frente al otro, junto a un ventanal.

—¿Nos sentamos aquí?... Disponen ustedes de una biblioteca que apabulla. ¿Cuántas vidas se necesitan para leer todo esto?

Allan Peterson se había colocado junto a uno de los sillones, en espera de que Vera viniese a sentarse.

—Señor Peterson: Según el inspector Pilch se encontraba usted en Leopoldville cuando ocurrió la muerte del señor Hogan.

—No —respondió el agente—. Pero sentémonos ¿quiere? Tenemos mucho que hablar usted y yo. Primeramente quisiera que me contestara una pregunta... un poco indiscreta tal vez, pero necesaria. Lo que sí desearía de usted es que al contestarme fuera sincera. ¿Me lo promete?

Y se quedó mirando a Vera, manteniendo más acentuada su simpática sonrisa. Ella acababa de sentarse frente a Allan, y al cabalgar una pierna sobre la otra, su breve falda se replegó, dejando al aire sus hermosas extremidades. Echada contra el respaldo, su soberbio busto se acusaba de manera exagerada, y el mismo aire de desafío que momentos antes había adoptado frente a Alfred, ponía en juego ante el policía, pero ahora con un dejo de burla.

—Procuraré complacerle, señor Peterson —dijo con estudiada amabilidad, mirándole con su característico entorne de ojos.

—Quisiera saber de usted —empezó Peterson, avanzando el busto y clavando los ojos en los de Vera— lo que George Hogan significaba en su vida.

La primera actitud de Vera Hoster fue de desconcierto. Enseguida, reaccionando, se puso de pie y sus ojos perdieron la

manera estudiada, agrandados por la hostilidad. Iba seguramente a manifestar su indignación con alguna frase violenta, pero Allan se anticipó.

—No es menester que me conteste. Ya he averiguado lo que quería. —Y ahora era él quién se había recostado contra el asiento y la miraba con todo descaro—. Le advierto que en nuestra conversación se van a abordar cuestiones un poco espinosas. Por ejemplo, refiriéndonos a la moralidad de George Hogan, la opinión que yo tengo...

—¡Señor agente! —interrumpió Vera—. Si su visita no tiene más fin que plantear inconveniencias, sería preferible que esta entrevista la diéramos por terminada. A estas alturas no creo que por ese camino pueda usted decirme nada que tenga originalidad. Los periodistas tienen más imaginación.

Pero lo que Allan, inmutable, comenzó a manifestarle, no estaba apoyado en conjeturas. Él y George Hogan habían coincidido en el Gongo belga, no por pura casualidad. También Peterson iba de caza... Desdó Casablanca había empezado a seguir los pasos de George. Recorrieron casi toda la costa occidental, pegado uno al otro, sin que Hogan se apercibiera, o por lo menos sin que diera a entender lo contrario. En Leopoldville fue cuando se le escabulló.

—En las temporadas que George pasaba en Nueva York —siguió Peterson— solía aparecer mucho por el club nocturno «Pleasure's».

Usted le ha acompañado muchas veces. Allí George se movía como en su casa. Se dice que formaba parte de la empresa... También se sabe que la última noche que George Hogan paso en Nueva York, cuando se disponía a marcharse a África, estuvo con usted en el «Pleasure's».

Que al poco de estar allí, tuvieron ustedes una discusión, y usted se marchó. Le acompañó a su casa Jerry Mitchison. ¿Digo bien, señorita Hoster?

Vera no contestó. Siguió Allan, y al referirse a la aparición de Jerry, muerto misteriosamente en un garito de Chinatown, en la misma fecha en que George dejaba Nueva York, la joven no pudo contenerse.

—¡Eso ya se trató en su día, señor Peterson! Y todo quedó aclarado.

—No tan claro, desde el momento que a mí se me encargó ir a la zaga del expatriado George Hogan. Se temen sospechas de que él y Jerry Mitchison estaban relacionados con una red clandestina, dedicada al tráfico de drogas y divisas falsas... George se me escabulló en Leopoldville.

Peterson siguió a través del Congo belga. Tenía noticias de que en la costa oriental, en un punto próximo a Mombasa, estaba el principal depósito de drogas. Pero al llegar a Kabalo tuvo que retroceder, al recibir la noticia de que George Hogan acababa de morir en Leopoldville.

—Cuando llegué ya lo habían enterrado. La versión que se me dio de su muerte era bastante confusa... Noté enseguida que había interés de que aquello quedara en la penumbra. No es cierto, como han publicado algunos periódicos, que muriera a consecuencia de un altercado en un *cabaret*. George Hogan se alojaba en una casa de pésima nota, en una de cuyas habitaciones tenía por costumbre encornarse y pasar días enteros, sin salir para nada, ni dar señales de vida. Es muy triste lo que voy a decirle, señorita Hoster: George era la primera víctima del veneno con que traficaba.

Allan Peterson se puso de pie y dio unos cuantos pasos, haciendo intencionadamente una pausa. Con disimulo miró a la joven. Ésta permanecía inmóvil, intensamente pálida y en los ojos un brillo febril. Llamaron a la puerta, y apareció el chofer, uniformado, y gorra en mano:

—Señorita: Me permito recordarle la hora...

—Gracias, Alfred. Voy enseguida —dijo Vera, esforzando una voz amable.

El chofer se retiró. Pero Hoster se quedó mirando al agente.

—Bien. Ya veo que tiene usted quehacer —se adelantó Peterson —. Lamento mucho que nuestro trato haya obedecido a motivos tan poco agradables. De momento no la molesto más... pero le anuncio otras entrevistas.

Sin preocuparse en ver si ella se hallaba dispuesta a tenderle la mano, le volvió la espalda, disponiéndose a salir. Pero a los pocos pasos retrocedió.

—Tiene gracia. Se me olvidaba el principal propósito de esta visita. Sé por el inspector Pilch, buen amigo de ustedes, que los Hogan han invitado a usted a pasar una temporada en Toronto, en

tanto decrece la avalancha levantada en torno a la desgracia de George. Sé que usted ha rechazado obstinadamente esa invitación. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Cuestión de simpatías, señor agente —contestó Vera con marcada burla—. Y le agradecería que no me hiciera más preguntas. Tengo prisa.

—Perfectamente. Hasta la vista. El inspector Pilch seguirá manteniendo contacto con ustedes.

Sin aguardar a que la joven le acompañara ni le indicara por dónde tenía que salir, abrió una de las tres puertas que tenía la biblioteca, atravesó un largo corredor, luego un salón, hasta que por fin llegó al ancho vestíbulo. Allí se encontró con el mayordomo y el chofer, que estaban hablando. Tampoco esperó a que le hicieran entrega del sombrero. En dos zancadas se acercó a la percha, lo cogió y en tanto con una mano se lo encasquetaba descuidadamente, echándose hacia atrás, con la otra hacía un ademán de afectuoso saludo a los empleados. Segundos después descendía apresuradamente por la escalera de mármol que conducía al jardín, al pie de la cual Peterson tenía su coche.

Sentóse al volante. Tan pronto el motor comenzó a vibrar, en el preciso instante en que iba a poner en marcha el auto, percibió algo anormal en el asiento posterior. Iba a volverse, cuando una voz áspera le advirtió:

—¡No te muevas! Cerca de tu nuca tienes un *jilguero* dispuesto a cantar.

Peterson permaneció inmóvil, con las manos sobre el volante. Elevó la mirada hasta el espejito del parabrisas, pero no pudo ver nada porque el soporte al que se hallaba sujeto estaba torcido, y el espejo se hallaba casi pegado al techo.

—Arranca... y cuidado con los «atropellos» —advirtió la misma voz de antes, pero ahora con señalada ironía.

En tinos segundos Allan decidió lo que tenía que hacer. Lentamente, con toda serenidad hizo las maniobras hasta que el coche quedó enfilando la avenida central que atravesaba el jardín. A ambos lados del camino se levantaba una hilera de gruesos árboles y un poco más allá, una cadena de macizos, hirsutos de vegetación. Hizo retroceder el coche hasta que su parte trasera tropezó contra la escalinata. El encontronazo fue tan violento, que

se oyó otra voz además de la que sonó antes.

—¡No hagas piruetas, niño, porque te quedas sin sesos!

—Me temo que no quieres un viaje tranquilo —manifestó el otro —. Dich: Sería conveniente que pasaras delante para enseñarle a ese...

Pero el coche ya había arrancado de nuevo. Iba recto por el centro de la alameda, más de pronto Peterson desapareció del volante. Todo se desarrolló con una rapidez vertiginosa. En el instante mismo en que el agente se agazapaba tras el asiento, los que iban detrás tuvieron la misma reacción: lanzarse a sujetar el volante. Pero apenas asomaron el cuerpo por encima del respaldo, de la pistola de Allan Peterson salieron dos disparos seguidos, al tiempo que el vehículo perdía la dirección y se empotraba contra un macizo.

El agente dio dos patadas a la portezuela del «baquet» y saltó afuera. Su propósito era situarse tras un grueso árbol que había cerca. Pero antes de llegar a él varias balas silbaron en torno suyo, y en el hombro izquierdo sintió como un mordisco.

Llegó al árbol en el preciso momento en que una cara ensangrentada asomaba por el cristal de una ventanilla, medio bajado. Disparó casi sin apuntar, y el cristal estalló en una explosión de sangre. Una cara desgarrada quedó apoyada contra la portezuela y el brazo que un segundo antes había asomado, empuñando un arma, quedó colgando con la mano abierta.

Allan Peterson aguardó unos instantes, sin moverse, atento a lo que pudiera oírse en el coche. La alarma había llegado al edificio y veíase gente asomada en lo alto de la escalinata. Le hervía furiosamente la herida en el hombro. Entonces decidió retirarse hacia el edificio, suponiendo que allí ya habrían dado aviso por teléfono, tan pronto sonaron los primeros disparos. De todas formas, el sitio en que se hallaba era peligroso si como era de suponer aguardaba al otro lado de la verja más gente enemiga.

Al ir a apartarse del árbol fue cuando se oyó crujir la plancha de la carrocería. Una portezuela se abrió de golpe y al mismo tiempo salto un hombre que, apoyando, una rodilla en tierra, comenzó a disparar a un lado y a otro, como enloquecido. Peterson permaneció quieto, dejando que el otro se desfagara. Le interesaba capturarlo vivo.

Pero experimentó un gran asombro al ver que el hombre que se hallaba medio arrodillado, sufría de pronto unas violentas sacudidas y caía de espaldas. Al doblarse hacia atrás fue cuando Peterson percibió el gran boquete que tenía en el cuello, producido por los disparos que le hizo desde el «baquet».

Consideraba muertos a los dos. Su primer impulso fue acercarse, para cerciorarse de ello, pero por momentos la visión era más turbia, el suelo parecía vacilar. La gente cuate se hallaba en lo alto de la escalinata empezó a descender al ver que Allan se dirigía hacia ellos.

Vera Hoster había avanzado hasta la mitad de la alameda, seguida de Alfred. Ambos miraban a Peterson, evidentemente afectados. Vera le llamó, con voz angustiada... Cuando de pronto empezaron a oírse disparos seguidos, silbando furiosamente en torno de ellos, empotrándose en los árboles, segando arbustos.

Allan corrió hacia Vera Hoster, y cogiéndola de un brazo la empujó en dirección a un macizo, en tanto él se apostaba tras un árbol con la automática a punto de disparar. Alfred había intentado retroceder para ocultarse tras el árbol próximo, pero no pudo llegar a él. Lanzó un grito, y cayó al suelo, retorciéndose, sujetándose el vientre con ambas manos, emitiendo quejidos cada vez más desesperados.

Un hombre joven avanzaba por en medio de la alameda, empuñando una ametralladora ligera «Thompson». Caminaba unos cuantos pasos y enseguida se detenía para soltar una ráfaga, casi sin apuntar, como si su única misión fuese mantener a raya al enemigo que de cualquier sitio pudiera surgir. Allá detrás, varios hombres se acercaban corriendo a dónde estaba el coche. Momentos después se les vio retroceder, llevándose a los dos muertos.

Allan permanecía tras el árbol, inmóvil, esperando que el de la ametralladora estuviera más cerca. Por la confianza con que avanzaba diríase que ignoraba que él estaba allí. Lo tenía ya a muy pocos metros. Peterson levantó el brazo que sostenía el arma, pero en aquel momento un vahído le hizo vacilar, y asomó medio cuerpo. Aun en la neblina que le envolvía, el instinto de conservación le hizo retirarse enseguida, en el preciso instante en que dos ráfagas seguidas punteaban el tronco del árbol.

Peterson fue dejándose caer con cuidado para no hacer visible al

enemigo su movimiento. Ya cuando casi se hallaba sentado en el suelo, miró hacia donde estaba Vera. La halló replegada tras el macizo, mirando con desesperada ansiedad en dirección al sitio donde estaba Alfred.

Allan ya se sentía despejado. El de la ametralladora, viendo que sus compañeros habían terminado su misión, comenzó a retroceder, de espaldas. Entonces Peterson asomó la pistola casi a ras del suelo, por dónde menos esperaba el enemigo. Hizo tres disparos seguidos. Al segundo estallido el de la ametralladora soltó el arma y cayó de bruces.

El policía no esperó nada para levantarse y correr a coger la ametralladora. Luego se situó tras el árbol y quedó a la expectativa. Minutos después veíanse avanzar desde el fondo del jardín varios policías uniformados. Allan se dio a conocer enseguida al jefe del grupo, quien le saludó con mucha deferencia.

—Son ustedes terremotos —comentó cordialmente el policía local.

Allan Peterson, agente federal, repuso con alegre modestia:

—Esta vez el jaleo lo han armado ellos. Yo me encontraba aquí en plan de visita de cortesía.

Los de la casa se habían acercado a recoger a Alfred, y entre dos se lo llevaron. Vera Hoster iba con ellos. Allan, se aproximó al hombre que había manejado la ametralladora; lo habían vuelto cara arriba. En la mejilla izquierda tenía una cicatriz.

—¡Lástima que no haya quedado con vida! —comentó Peterson—. Si llegan ustedes un minuto antes los otros no hubieran podido escapar... Habrá necesidad de recoger las huellas que han dejado en mi coche. ¿Se ocupará usted de ello, teniente?

—Descuide. Lo que ahora debe usted mirar es ese hombro, que le está ensuciando la ropa.

Allan se dirigió a la casa. Se haría una primera cura y llamaría al Departamento. Subiendo la escalinata, miró hacia el jardín, donde el uniforme de los policías destacaba fuertemente a través de las matas, en un ir y venir incesante. Dentro de la casa se oía alboroto. Apresuró el paso. Atravesó el vestíbulo, donde no encontró a nadie. Iba a pasar a la habitación inmediata, cuando retrocedió, dirigiéndose a la mesa donde veíase un teléfono. Marcó un número y enseguida obtuvo la conexión. La conversación fue breve. En el

momento en que se dispuso a dejar el auricular, oyó detrás de él un grito. Se volvió con el tiempo justo para contener un brazo que, empuñando unas largas tijeras, se había levantado para atacarle. Era Vera Hoster. Allá detrás venía su madre, seguida del mayordomo.

—¡Hija mía! Pero ¿te has vuelto loca?

Allan, con una leve presión en la muñeca de Vera había conseguido que ésta soltara las tijeras. La joven, demudada, los ojos llenos de espanto, parecía poseída de una furia diabólica. Se puso a forcejear por soltarse, en tanto escupía contra Allan los más groseros insultos. Por fin, con la ayuda del mayordomo y la señora Hoster, Peterson pudo reducir aquella hermosa fiera. Consiguieron que se sentara, y la señora Hoster se puso al lado de su hija.

—¡Hija mía! ¿Es que quieres matarme? Un susto tras de otro. Antes has salido al jardín sin ninguna necesidad. Ya ves lo que le ha ocurrido a Alfred.

Era lo peor que nudo haber hecho entonces la señora Hoster: recordar a Alfred, que yacía muerto en el otro departamento. Vera, que parecía entregada a un llanto tranquilo, hizo un estremecimiento, los ojos súbitamente sé le secaron. Dos brasas se clavaron en el rostro de Peterson.

—¡Él es el culpable de que Alfred haya muerto! —gritó desencajada—. ¡Si él no hubiera venido...!

Hizo esfuerzos por levantarse de nuevo, pero entre su madre y el mayordomo la sujetaron. La señora Hoster no podía comprender lo que veía.

—Pero ¿es que te has vuelto loca?

—¡Por él ha muerto Alfred! ¡Es un policía! —rugió Vera, echando espuma por la boca—. ¡Ellos son los que provocan todo... y ellos no mueren! ¡No mueren!

Peterson hacía unos instantes que, vacilando, había retrocedido, dejándose caer en un sillón. La señora Hoster, al reparar en la palidez de su rostro, y en la sangre que le manaba del hombro, gritó pidiendo auxilio. Acudieron de la otra habitación dos criados, y por la puerta del jardín apareció el policía que mandaba el grupo.

Momentos después Vera se dejaba llevar a su habitación por una vieja doncella. La señora Hoster hacía unos momentos que había cogido el teléfono, llamando por cuarta vez, en unos minutos, a su

marido. La situación la tenía abrumada.

—Mi marido es muy cómodo —repetía a cada momento—. Ni siquiera presencia lo que ocurre en su propia casa.

Media hora más tarde, el inspector Pilch llegaba a la casa, una ambulancia se llevaba a los dos cadáveres y Peterson volvía en sí. Plasta Vera Hoster parecía más tranquila, y se había acercado a Allan pidiéndole perdón. Fue entonces cuando llegó el padre de Vera.

—¡Siempre tan oportuno! —gritó a su marido la señora Hoster, pesarosa de que él no hubiese participado del momento amargo en su punto álgido.

Edwin Hoster era un hombre de mediana estatura, grueso, de rostro siempre alegre. Después que hubo escuchado una referencia de lo ocurrido, exclamó:

—¡Esto es abrumador! ¡Lástima no haberlo sabido antes! Esta mañana he tenido una conferencia con los Hogan... Con Elssie, mejor dicho, que es con quien únicamente se puede tratar.

—¿Qué quería? —inquirió Vera, con vivo interés.

—Ha llamado a la oficina insistiendo en que trate de convencerte de ir a pasar una temporada a su casa. La petición no puede resultar más absurda, después de lo que acaba de ocurrir. Lo que vamos a hacer es marcharnos a Europa una temporada... o tal vez para no volver nunca. ¡Esto no es un país civilizado! ¡Esto es una selva!

Vera se acercó a su padre y le pasó cariñosamente un brazo por el cuello:

—No te enfades, papá. Te pones muy feo... Tu propósito de marcharnos a Europa me parece una excelente idea. ¿Usted qué opina, señor Peterson?

Una sorprendente transformación se había operado en aquella mujer. Ya no era la coqueta provocadora de una hora antes, ni la fiera exasperada que hacía todo lo más treinta añitos. Una muchacha sencilla, apacible, con un mirar lleno de ternura, era lo que ahora Peterson veía delante. Le asaltaron los más contradictorios pensamientos. Lo mismo la consideraba una muchacha ingenua, que una farsante, una perversa hasta el fondo. Entonces pensó en Elssie Hogan. Otro enigma, con el que tenía que enfrentarse. Allan estaba convencido de que entre estas dos

mujeres, ambas hermosas, pero de belleza y temperamento totalmente distinto, estaba la clave de lo ocurrido a Jerry Mitchison, a George Hogan, al ayudante de Peterson, acribillado a tiros en el cuarto del hotel donde ambos se hospedaban, en Leopoldville. Cayó el ayudante porque la casualidad hizo que Allan no se encontrase en aquel momento en el hotel. Pero sabía demasiado que era a él a quién buscaban. El ataque de que acababa de ser objeto en el jardín lo confirmaba. Además... Pero no. Tal vez todo fue obra del azar.

Vera se le había acercado, mimosa, y le miraba dulcemente:

—¿En qué piensa, señor Peterson?

Lo que Allan pensaba en aquel momento era todavía demasiado pronto para manifestarlo. Sabía que Jerry Mitchison y Vera coqueteaban, y Jerry murió. Ahora... Era demasiada casualidad que con la cantidad de gente que salió de la casa, apenas cesaron los tiros, fuese precisamente Alfred el único alcanzado apenas la ametralladora comenzó a funcionar.

—Le he preguntado si le parece bien que me marche a Europa, señor Peterson.

—Sí. Creo que de momento lo mejor es que usted se aleje de aquí.

Vera sonrió, volviendo a su característico entorne de ojos.

—Empiezo a tener confianza en usted. Permanezca tranquilo, que le obedeceré.

Pero Allan ya le había vuelto la espalda, dirigiéndose al grupo que formaba el inspector Pilch, el señor Hoster y su esposa.

CAPÍTULO III

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

—La puerta ya la tiene abierta —explicó el inspector Pilch, dirigiéndose a Peterson—. Tal como usted indicó, amigos del viejo Hogan le han escrito anunciando su visita. Aparte, aquí tiene cartas de presentación... De usted depende todo lo demás.

Allan Peterson permaneció unos momentos hojeando los papeles que, con el nombre de Paul Laska, tenía que presentar en la sede de los Hogan. Todavía no disponía de un plan concreto. Desde luego tenía ya decidido presentarse ante el viejo como hombre emprendedor, muy interesado en la industria del automóvil. Esto era la debilidad del viejo Hogan, la única puertecilla por la que se podía llegar a su intimidad. Con la meta pensaba utilizar otra táctica, pero eso ya lo decidiría sobre el terreno.

—No deje de establecer contacto con Bowman. Él y sus hombres están en Toronto desde que este asunto comenzó a presentar mal aspecto. Los informes de Bowman le ambientarán.

El inspector tendió la mano a Peterson, en despedida.

—Suerte, señor Laska.

Allan ya había abierto la puerta del despacho, disponiéndose a salir, cuando se volvió.

—Oiga, inspector; ¿y los Hoster?

—No se preocupe. Hoy mismo salen para Europa. Si quiere despedirse, aún está a tiempo. A alguien creo que le impresionaría su visita —terminó, reticente, el inspector Pilch.

Peterson comprendió la intención de su superior, y estuvo a punto de replicar que se alegraba de que los Hoster se marcharan, porque, por varios motivos, a Vera la temía. Pero se limitó a soltar una carcajada y a decir que no tenía tiempo para hacer esa visita.

Aquella misma mañana, montado en un taxi, dejaba Nueva York City. El Departamento había puesto un coche a su disposición, pero él rehusó. Quería desconectarse cuanto antes. A medida que cruzaban el puente de Queensboro, Allan se sentía investido de una nueva personalidad. Ahora era Paul Laska, poderoso financiero que había realizado grandes negocios participan de en empresas petrolíferas de Persia, y que, en vista del mal cariz internacional que aquello presentaba, había recogido velas, dirigiéndose al Canadá para invertir su capital y su dinamismo.

Ya en Queens, por el *boulevard* Vernon se dirigieron al gigantesco aeropuerto La Guardia. Con su pequeña maleta al lado, aguardó una media hora en la sala de espera, hasta que los altavoces dieron el aviso de su avión. Con aire despreocupado, con un aspecto más bien frívolo, montó en el aparato, sentóse y cabalgando una pierna sobre la otra fue mirando con indiferencia como iban acomodándose los demás pasajeros. Ninguno de ellos atrajo su atención. Todos tenían una apariencia bien definida: gente de negocios, turistas...

A pesar de la confianza con que Peterson parecía comportarse, su recelo permanecía más vivo que nunca. El obstáculo podía surgir donde menos esperase. Tenía consciencia de que se estaba metiendo en una maraña complicadísima, erizada de peligros.

La aeronave ya hacía rato que había despegado. De unos asientos a otros comenzaron a tejerse conversaciones. Allan intuyó que el pasajero inmediato, un señor grueso de voz chillona, se disponía a dirigirle la palabra.

Entonces Peterson entornó los ojos, haciéndose el dormido. Quería pensar su plan, las posibles variaciones que, ya situado en el terreno, pudieran presentársele. Le preocupaban los informes contradictorios que tenía acerca de los Hogan.

William Hogan, el abuelo, aun sostenía la jefatura de la familia, si bien al casarse su único hijo dejó en manos de éste la mayor parte de las empresas, y el viejo se limitó a un papel decorativo. Cuando el hijo murió, las empresas pasaron a manos de los dos nietos, quienes parecían muy dispuestos. Especialmente Elsie, que poseía un temperamento enérgico, frío. El hermano, no. Sus escapadas a Nueva York, sus contactos con la dorada hampa... Peterson estaba convencido de que el joven George Hogan, aunque no hubiese

tenido la fatalidad de enamorarse de una mujer como Vera Hoster, el motivo que dio lugar a ser expulsado de la familia hubiera variado poco.

El cambio de ritmo en las conversaciones de los pasajeros, las exclamaciones, hicieron que Allan interrumpiera sus pensamientos y abriera los ojos. Todos permanecían de cara a las ventanillas, un poco incorporados, mirando afuera. Peterson les imitó. Volaban bastante bajos, sobre la explosión de espuma que producían las cataratas del Niágara. Una tortuosa línea de agua producía un desgarrón en la tierra, y el broche de unos puentes colgantes la sujetaban. Más allá, la lámina tersa del lago Ontario, con el agua cortada por la invisible línea fronteriza.

El avión enfiló por una de las puntas del lago, en dirección noroeste, donde empezaba a vislumbrarse Toronto, sobre cuya masa destacaba enormemente el rascacielos British Commonwealth.

Una hora después, en un coche de alquiler, Allan Peterson entraba en Bay Street, el «Wall Street» del Canadá. A mitad de la calle se detuvo. Al saltar a tierra, Peterson miró el reloj situado en lo alto de un obelisco. Llegaba a la cita con minutos de anticipación a lo que tenían convenido. Tan pronto Allan saltó a la acera, el coche arrancó. Si alguien, además del conductor, hubiera quedado dentro del coche, hubiese visto que el chofer, tan pronto alargó el brazo para cerrar la portezuela que Allan dejó abierta, hizo ademán de acomodarse algo que le molestaba sobre el pecho. Era una sobaquera, con su pistola de reglamento. Desde el aeropuerto hasta Bay Street, el chofer había estado informando a Allan Peterson. Era uno de los hombres a las órdenes del agente Bowman, destacado en el Canadá desde hacía varias semanas.

Allan cruzó un estrecho portal, de puerta giratoria. Vio ante sí un espacioso vestíbulo, con varias bocas de ascensor. A ambos lados, dos anchas escaleras, por las que no cesaba de subir y bajar gente. Peterson se dirigió a un empleado uniformado y le preguntó por el departamento Hogan. El empleado le acompañó hasta la puerta de uno de los ascensores. Tan pronto la cabina descendió, Allan y cuatro hombres más que estaban esperando, se metieron en ella.

Momentos después atravesaba un largo corredor, muy amplio, con infinidad de puertas a ambos lados, cada una con su inscripción

en letras de bronce. Notábase un gran trajín. Un ir y venir de empleados, con papeles en las manos; visitantes con su cartera de cuero bajo el brazo; puertas que se abrían y volcaban sobre el pasillo un fluir de máquinas de escribir y de teletipos.

Antes de llegar al final del corredor se detuvo ante una puerta cuya inscripción decía:

«HOGAN COMPANY»

Empujó la puerta y se encontró ante un vestíbulo cruzado por un largo mostrador tras el cual veíanse dos mecanógrafas y un escribiente. Éste se quedó mirando al recién llegado y enseguida se levantó, preguntándole qué deseaba. Peterson le tendió, una tarjeta.

—Pásela a la dirección...

El empleado miró la tarjeta y luego a Peterson. Pareció vacilar.

—¿A Hogan personalmente?

Allan asintió. Se fue el empleado, y momentos después volvía en actitud totalmente distinta a la que tenía cuando se marchó. Apresuradamente abrió uno de los cortes del mostrador y con mucha deferencia indicó a Peterson que pasara. Atravesaron varias habitaciones, todas con sus correspondientes mesas de escritorio, máquinas de escribir y muebles de archivo. Llegaron a un saloncillo que precedía al departamento principal.

—La señorita Hogan en estos momentos tiene una conferencia con Ottawa —advirtió el empleado—. ¿Querrá esperar unos momentos?

Acababa de asentir Allan y se disponía a sentarse en uno de los sillones, cuando la puerta se abrió y Elssie Hogan enmarcó su esbelta y sugestiva figura en el rectángulo abierto. Algo extraño en el rostro de aquella mujer encontró Peterson a la primera impresión. Tal vez los pómulos, un poco pronunciados y los ojos, algo oblicuos, fue lo que le hizo pensar en un tipo de belleza mogol. Él mismo se rió de esta asociación. Levantóse y fue al encuentro de aquellos ojos garzos que le estaban mirando fijamente.

Ya dentro del despacho y sentado frente a la amplia mesa escritorio, Elssie se quedó unos momentos mirando la tarjeta que tenía sobre la mesa y sonrió. Luego levantó la vista hacia Peterson.

—No quiero ocultarle que me ha sorprendido usted, señor Laska

—manifestó la joven—. Imaginaba a usted otro hombre.

—¿Mejor? —inquirió Allan, en tono de broma.

—¡Ah! No sé —repuso Elssie, encogiéndose de hombros—. Desde luego distinto. Y estoy segura que al abuelo le va a ocurrir lo mismo.

Permanecieron unos instantes hablando de cosas indiferentes, como si uno y otro quisieran en aquella conversación estudiarse. Al preguntarle Elssie en qué hotel se hospedaba, Peterson contestó que todavía en ninguno, ya que del aeródromo había ido directamente allí.

—Mejor —dijo ella—. Va usted a ir a casa, donde el abuelo le está esperando. Dígale la verdad: que apenas ha estado aquí unos minutos, ha ido enseguida a verle. No diga que esto ha salido de mí, sino de usted mismo. Ello alegrará al abuelo. Si le resulta usted simpático, hará que sea nuestro huésped. Puede entonces cantar victoria, porque esto muy raramente ocurre.

Se había puesto en pie, hablando sin mirarle, removiendo el montón de papeles que tenía delante. Su voz sonaba fría, con un dejo autoritario que a Peterson le molestó. Elssie abrió el dictáfono y llamó a la señorita Paget. Se abrió la puerta que había al fondo del despacho y apareció la secretaria.

—Marlene: avise a Peter que tenga el coche dispuesto. Va usted a salir acompañando al señor Laska a casa. Tan pronto lo haya llevado a presencia del abuelo regrese.

—De Ottawa han vuelto a llamar —anunció la señorita Paget.

—Ahora me ocuparé de ello. Señor Laska, confío en que luego tendremos ocasión de hablar con más calma. No olvide en recalcarle al abuelo que en Toronto a quién primero ha visto en realidad ha sido a él... Y espero que será nuestro huésped.

—Para mí sería una gran satisfacción, aunque no deseo molestarles —contestó Allan, al tiempo que le tendía la mano en despedida.

Instantes después, montados en un soberbio «Hogan» conducido por el chofer particular de Elssie, cruzaban las calles de Toronto, dejaban atrás los aledaños de la población y la zona fabril.

Uno de los grupos de edificios más grandes que se veían a la izquierda de la carretera fue señalado por la señorita Paget. Era la fábrica de automóviles de los Hogan. Peterson simuló un gran

interés en observar los edificios, pero en realidad estaba pensando en lo que ocurriría con el viejo William Hogan.

Ya llegaban. A un lado de la carretera veíase una enorme finca circundada por un muro de piedra coronado por una verja de hierro. Elevados árboles rodeaban la casa. Antes de llegar, el *claxon* había hecho una llamada, y cuando se hallaron frente a las puertas, éstas ya estaban abiertas.

Peterson, acompañado por la señorita Paget, entró en la casa. Un viejo criado salió a su encuentro, y Marlene le pidió que pasara recado al dueño de que el señor Laska había llegado y deseaba verle. Mientras el criado iba a cumplir el encargo, Allan dirigió una rápida mirada a la sala, llena de muebles costosos, pero antiguos. Enseguida toda la atención la puso en la señorita Paget. La veía moverse de un lado a otro, detenerse, dar con el pie en el suelo, quitarse las gafas, para enseguida volvérselas a poner. Su nervosismo era tan extremado, que Peterson no pudo menos que acercársele sonriendo y decirle:

—Parece que esta visita no es de su agrado. Marlene no intentó disimular.

—Perdone, señor Laska... Pero siempre que me he de ver ante el abuelo me entran estos temblores absurdos.

—Ya he notado que su nieta también parece preocupada por él. ¿Tanto impone?

—Si quiere que le diga la verdad, cuando me hallo lejos pienso en él y creo que es un hombre como los demás... Pero apenas vengo aquí, todas esas consideraciones se van por los suelos.

—Es extraño —rió Allan—, porque ya debía usted estar acostumbrada.

—No lo crea. El abuelo apenas sale de este rincón, y yo casi no vengo por aquí, porque la señorita Hogan prefiere vivir en la ciudad.

Se acercaba el criado indicándoles que podían pasar. En silencio cruzaron varias habitaciones hasta que llegaron a una llena de armas y trofeos de caza. Sobre una larga mesa habían varias escopetas desmontadas, entre trapos sucios de grasa.

—¡Bienvenido, señor Laska! —gritó el viejo Hogan, surgiendo de uno de los ángulos de la estancia—. Perdone la forma de recibirle... ¡Hum! No nos estrechemos la mano. Le voy a llenar de grasa.

Siéntese. Y usted, señorita Paget, puede marcharse. Sé que lo está deseando.

Era un hombre de alta estatura, pupilas de un azul apagado y cejas muy pobladas. Tan pronto los dos hombres quedaron solos, William Hogan dejó sobre la mesa el cañón del fusil que tenía en las manos. Vio que Peterson parecía muy interesado en observar unas vitrinas que contenían armas antiguas.

—Con ellas mis antepasados se abrieron paso en estas tierras —explicó el viejo—. Pero, veamos, señor Laska. Tengo buenas referencias de usted. Explíqueme sus proyectos... Pero antes dígame lo que hizo usted en Persia.

Durante más de una hora Peterson estuvo hablando sin que el viejo le interrumpiera. En algunos momentos Allan sentía que su ánimo flaqueaba. Parecíale que William Hogan retrepábase en su sillón para observarle mejor, entornando aquellos ojos apagados para que no quedara descubierta la sorna que brillaba en ellos. A cada momento esperaba verse interrumpido por una voz áspera: «¡Señor Laska! ¡Usted es un farsante!». Pero al terminar, lo que oyó fue bien distinto.

—Señor Laska: lo que acaba de referir me gusta. Tal vez nos entendamos. Y es usted más joven de lo que yo pensaba... ¡Hum!

Media hora más tarde Elssie recibía en las oficinas de Bay Street aviso de su madre de que aquella noche la esperaban a cenar en la villa, pues tenían un invitado. Como de costumbre, Elssie pensaba quedarse en la ciudad, donde sentíase más independiente. Aunque este aviso ya lo esperaba, el recibirlo no evitó en ella un gesto de contrariedad. Durante unos segundos permaneció pensativa, con las manos cruzadas sobre la mesa. Instantes después llamaba a la señorita Paget.

—Esta noche estaba citada con Stanford en el «Gallantry». Va usted a substituirme. Entreténgale hasta que yo pueda hacer una escapada. Iré sola, o con el invitado; pero desde luego acudiré. Marlene, compóngaselas de forma que Stanford no se enfade.

—Lo intentaré, pero no creo que vaya a serme muy fácil. No es ninguna ventaja para él la substituta —comentó humorísticamente la secretaria.

—No diga tonterías —repuso Elssie riendo—. Cuando usted se lo propone sabe ser una mujer atractiva. Desde luego no se presente

con gafas, que para nada le sirven a usted y Stanford las detesta. Viene de un largo viaje y lo que él querrá saber es una información directa de lo ocurrido en el traslado de los restos de mi hermano. Usted presencié lo sucedido. Infórmele. Pero si le pregunta cuál ha sido la reacción de mi familia, contéstele que no sabe nada.

—Es que en realidad nada sé —manifestó la señorita Paget, mirando detenidamente a Elssie.

Ésta sonrió, y no dijo nada.

La belleza de Elssie Hogan influía demasiado sobre el temperamento volcánico de John Stanford para que éste, al verla llegar, no retrocediera en todas las determinaciones que había tomado. Llegaba tarde; venía acompañada de otro hombre, pero lo esencial era que ella se encontraba allí, que podía hablarla y sentir la quemadura de aquellos ojos extraños, y experimentar aquella perturbación que le producían los contornos de aquel cuerpo magnífico. Todo su enfado desapareció en el momento en que ella, apenas sentarse, aceptó su invitación de salir a bailar.

Peterson, por no ser menos, invitó a la señorita Paget. Cuando terminó la pieza, Marlene y Allan volvieron a sentarse, pero Elssie y Stanford se fueron al bar, y allí permanecieron cerca de una hora hablando muy animadamente. Cuando volvieron a la mesa, ambos parecían irritados.

Desde que Peterson entró en el «Gallantry» no había dejado de observar a Stanford. Era un tipo fuerte, de ancha cara y facciones duras. Éste también había hecho un detenido examen de Allan, y en ningún momento su mirada perdió hostilidad. Al poco de sentarse, Elssie propuso irse a dar un paseo a orillas del lago. La noche era muy calurosa y en aquel local, pese a los ventiladores y a los ventanales abiertos al lago, la atmósfera resultaba insoportable.

Ya en la calle, John Stanford se acercó a su coche y dio una orden. Elssie hizo lo mismo con el suyo. En aquel momento, un coche que con los faros apagados acababa de surgir de la oscuridad, volcó sobre el vehículo de Stanford la luz de unos potentes faros, al tiempo que se oían varias ráfagas de ametralladora.

Tuvo todo la rapidez de un relámpago. Los cristales del parabrisas y los de las portezuelas saltaron en infinidad de pedazos; las planchas crujieron. El chofer y otro hombre que había dentro del vehículo lanzaron un alarido de muerte. John, en una reacción

rapidísima, se había tirado contra la acera, y así permaneció hasta que el coche agresor hubo desaparecido. Peterson, Elssie y la señorita Paget se habían replegado a la zona oscura que formaba un ángulo del edificio. Antes de que pudieran reponerse vieron venir cara a ellos a Stanford.

—¡Elssie! ¿Qué significa esto?... ¿Tan pronto os estorbo?

Vociferaba con tal rabia que sus palabras apenas resultaban inteligibles. Elssie se separó del grupo y fue hacia él.

—¿Qué idioteces estás diciendo? —inquirió ella, con voz afectada.

—¡Maldita! ¡No intentes disimular!... ¡Esto es cosa vuestra!

Lo que más llamó la atención de Peterson fue el plural que siempre empleaba Stanford: «... os estorbo... Es cosa *vuestra*...». Pero no tuvo tiempo de detenerse en este análisis. John Stanford acababa de coger a Elssie de los hombros y parecía querer estrujarla. La señorita Paget lanzó un grito. Allan corrió hacia ellos. Pero Elssie, adivinándole, se volvió inmediatamente y dijo con voz recia, tajante:

—¡No se meta usted, señor Laska!... ¡Y tú, Stanford, mira lo que haces...! Te puede costar caro.

La respuesta de John fue una risotada convulsa, como si una repentina locura le acabara de invadir.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo, muñeca? ¿Tú no sabes que te voy a aplastar?

Del establecimiento y de la calle había comenzado a surgir gente, arremolinándose en torno al coche, donde los gritos sonaban cada vez más fuertes. Peterson cogió de un brazo a Stanford.

—¡Deje a la señorita y vaya a atender a aquellos hombres!

—Sí, ¿eh? —Gruñó el otro, soltando a la mujer y volviéndose a Allan—. Vas a saber lo que cobran los entrometidos.

Pero quien primero lo supo fue Stanford. Un soberbio puñetazo de Peterson le hizo retroceder, hasta chocar contra la pared del edificio. Tardó unos segundos en reaccionar. Apenas se separó del muro, Peterson ya estaba otra vez encima dirigiéndole un directo a la mandíbula y otro al centro del pecho.

—¡Vaya a socorrer a sus hombres! —Volvió a advertir Allan, con voz cada vez más enérgica.

Y ya sin ocuparse de él, fue a dónde estaban Elssie y la señorita

Paget y las empujó hacia el coche.

—¡Vámonos!

Era el momento oportuno, porque los curiosos aumentaban por instantes en número, y de un momento a otro iba a llegar la Policía. Ambas mujeres obedecieron sin replicar. Subieron en el coche, que aguardaba con el motor en marcha, y minutos después dejaban a la señorita Paget en su domicilio. Luego se alejaron de la ciudad, en dirección a la finca. Durante el trayecto, ambos permanecieron callados.

Era ya muy tarde cuando llegaron a la casa. El abuelo y la madre de Elssie ya se habían retirado a sus habitaciones. Peterson se disponía a dar las buenas noches a la joven sin pedirle ninguna aclaración acerca de lo ocurrido, cuando Elssie le invitó a sentarse junto a un gran mirador cuyos cristales se hallaban abiertos de par en par sobre el jardín.

—¿Un poco de *whisky*? —ofreció ella.

Allan asintió. Momentos después, ambos, con el cigarrillo encendido, permanecían callados mirando hacia la masa oscura del jardín.

—¿Qué piensa usted de esto, señor Laska? —preguntó de pronto Elssie.

Allan adoptó un gesto vago, como queriendo dar a entender que no le daba importancia, o que se hallaba acostumbrado a escenas semejantes. Pero Elssie, en vez de tranquilizarse por la actitud de Peterson, aun pareció más impresionada.

—Lo ocurrido esta noche es bien extraño, señor Laska —empezó a decir, con voz alterada—. A Stanford no sé si tenerlo por amigo... o por un farsante peligroso. Esta noche ha estado hablándome de mi hermano en una forma como nunca lo había hecho. Sobre la memoria de mi hermano ha tirado todo el cieno que ha podido. Luego, al salir, ha coincidido la agresión... Él creerá que es cosa mía, pero yo nada tengo que ver con eso.

Elssie se puso en pie y se quedó mirando dos viejos cuadros que había colgados de la pared.

—¿Los reconoce, señor Laska? —preguntó con voz totalmente distinta—. Son los hermanos Borgia. De pequeños, George y yo soñamos con reencarnarles con todos los *puntos oscuros*. Pero también con todo el brillo que sobre ellos vuelca la leyenda.

Tras una pausa, agregó:

—Pero George no estaba a la altura de César.

—Sin embargo, Elssie puede superar a Lucrecia —objeto Peterson—. Sin que esto sea galantería, es usted más hermosa, y sin duda tiene más temperamento.

La mirada que ella le dirigió, Peterson no supo descifrar si era de reconocimiento o de hostilidad.

CAPÍTULO IV

FUEGO EN EL LAGO

Caminaban bordeando la playa de Sunnyside. A cada paso, el albornoz se abría, apareciendo casi desnudos los bronceados cuerpos de las dos jóvenes, cubiertos tan sólo por un *short* y un corpiño de tela estampada. Los bañistas tendidos en la orilla se incorporaban a su paso, maravillados por aquella ráfaga de belleza.

—Allá está nuestro huésped —dijo Elssie, señalando un punto algo distante todavía—. Hace tres días que está en casa. Es un hombre interesante.

Su acompañante miraba en la dirección que indicaba su amiga, pero no parecía localizarlo.

—¡Mira, allí! El que está junto a la canoa... ¡Eh, Paul!

La amiga de Elssie preguntó extrañada:

—¿Cómo se llama?

—Paul Laska.

Allan Peterson, que se disponía a lanzar la canoa al agua, se volvió. Antes de hacerlo, ya había reconocido la voz de Elssie. Pero junto a ella vio a quién menos podía figurarse: Vera Hoster. La sorpresa le dejó unos momentos indeciso. ¿Cómo se encontraba allí aquella mujer? Y ya que el viaje a Europa no se había realizado, ¿cómo el inspector Pilch no le dio la noticia?

Elssie Hogan, unos pasos antes de llegar a él, sacudió su esplendorosa cabellera rubia y entornó sus ojos garzos. Enseguida, mirando alternativamente a Vera y Peterson, les presentó. Allan tendió la mano a la hija de los Hoster, pero ésta, que se había acercado sonriente, de pronto hizo un ademán de repulsa, como si más que estrechar una mano fuese a coger una víbora. Retrocedió unos pasos.

—¿Cómo dices que se llama, Elssie?

—Paul Laska.

Vera Hoster se cruzó de brazos, mirando fijamente a Peterson. Su actitud dejó estupefacta a su amiga.

—¡Vera! ¿Qué te ocurre?

Pero la joven Hoster soltó una carcajada. Había echado la cabeza hacia atrás, abierto el albornoz, mostrando su semidesnudo cuerpo agitado por la risa. Cuando estuvo un poco más tranquila, se volvió a Elssie.

—¿Sabía ese hombre que yo tenía que venir?

—No, porque yo misma lo ignoraba —contestó Hogan—. Me has tenido en la duda hasta última hora.

—Es mi táctica de siempre: no dar nunca la seguridad de mi llegada. A mucha gente esto le fastidia... Pero así es más divertido. Por ejemplo, en este caso el señor Allan Peterson se hubiera guardado muy bien de presentarse ante ti como Paul Laska. ¿Cómo va la herida del hombro, señor Peterson?

—Casi restablecido, señorita Hoster —contestó Allan con naturalidad.

La sorpresa de Elssie era por momentos mayor.

—¿Es que se conocían?

—Desgraciadamente, sí. Creo que el señor Peterson entiende poco de coches. Otra es su especialidad.

Por lo menos cuando vino a mi casa.

Allan se cruzó de brazos. Manteniendo en los labios una sonrisa apagada; se quedó mirando a las dos mujeres.

—Bien. Dígalo de una vez. Soy policía.

Los ojos de Elssie se llenaron de un fulgor extraño.

—Fui a su casa porque mi misión era hacer ciertas averiguaciones acerca de usted —siguió el agente, sin alterarse—. Lo ocurrido en el avión dejó demasiados puntos oscuros que era necesario aclarar. Afortunadamente para usted, el asalto de que fue objeto su casa...

—¡Explique eso! —pidió Elssie.

Allan refirió lo ocurrido en el jardín de los Hoster, tal como en realidad sucedió. Agregó que por disposición de la superioridad, la Prensa lo había silenciado.

—En este asunto intervienen fuerzas muy difíciles de localizar,

señorita Hogan —siguió el agente, súbitamente grave—. Yo me hallaba en Leopoldville cuando llegó su reclamación por el cadáver de su hermano. Y llegó en el momento previsto. Yo fui quien dio la noticia a la Prensa norteamericana de la muerte de George Hogan. Esperaba que alguien de ustedes reaccionara. De no ocurrir así, Hogan hubiera quedado en tierra africana, casi sin nombre sobre su tumba. Los amigos de George habían desaparecido...

»Durante aquellos días nadie se presentó para hacerse cargo de sus cosas. Fue la petición de usted la que me sirvió de base para que determinados organismos despertaran de aquella extraña apatía. Presencié la exhumación. Y entonces me encontré con algo que no esperaba. A simple vista aquel cadáver era imposible de identificar. Había sido rociado con vitriolo... Pero lo más extraño era que tanto la dueña del garito donde murió Hogan, como las autoridades que certificaron la defunción aseguraron que no estaba así cuando lo vieron por última vez. Alguien había aprovechado el momento en que el cadáver permaneció en el depósito del cementerio para cometer el hecho.

»Los que de una manera oficial nos encargábamos de aquel asunto convinimos aparentar que no le dábamos importancia a lo ocurrido, achacándolo a simple represalia de burdel. Pero tan pronto despegó el aparato que transportaba los restos de Hogan hice llegar a los sitios que me interesaba la noticia de que la Policía norteamericana se dedicaría a esclarecer la identidad de aquel cadáver. Ya ve lo que ocurrió en Miami.

»A aquellas mismas horas, al otro lado del Atlántico, unos desconocidos entraban en la habitación en que mi ayudante y yo nos alojábamos. Por pura casualidad en aquellos momentos yo no me encontraba allí. A mi ayudante lo encontré acribillado a balazos.

Allan Peterson guardó silencio. Extinguida su habitual sonrisa, sus facciones tenían un aire de dureza, de ira mal contenida. Elsie se encontró con una mirada acerada.

—¿Sospechaba algo de esto, señorita Hogan?

—No... —balbució ella.

—¿Y usted, señorita Hoster?

Ésta, muy trémula, intensamente pálida, no respondió.

—Le dije ya en otra ocasión que la muerte de Jerry Mitchison estaba todavía sin aclarar. El ser usted prometida de George y

amiga de Jerry la comprometían un poco. Pero afortunadamente lo ocurrido en el jardín de su casa la exime de toda responsabilidad. Usted corrió tanto riesgo como yo. Entonces nuestras pesquisas tuvieron que tomar otra orientación. Y fueron dirigidas hacia ustedes, señorita Hogan. La pasividad con que ustedes parecieron acoger la noticia de la muerte de George resultaba un poco extraña. Pero ahora que me he introducido en su casa he tenido ocasión de comprobar que tal pasividad era ficticia. Ustedes sienten la ausencia de George. Yo he visto llorar a su madre... y a usted misma, Elssie, cuando anoche evocábamos a su hermano. Es el abuelo el que impone silencio. El abuelo, firme como una roca, que aparenta haber borrado de su afecto al nieto «perdido»... Pero todos sabemos que él también sufre.

Hubo un silencio largo. Peterson se quedó contemplando el inmenso lago, cuya tersa superficie era arañada de continuo por un ir y venir de canoas, patines y esquís remolcados por lanchas a motor. El trepidar de las máquinas, los gritos de los bañistas y la furia del sol, parecían aumentar el aturdimiento en que habían quedado las dos jóvenes.

—Y bien, señor Peterson, ¿por qué no sigue? —preguntó de pronto Elssie.

—Espero que ustedes se repongan.

—Yo, por mi parte, creo que tardaré aún mucho en hacerme a su nueva personalidad. Y más todavía, a lo que acaba de revelar acerca de mi hermano. Una cosa sí que querría que me aclarara, señor Peterson. ¿Relacionan a mi hermano con la muerte de Jerry Mitchison?

—Aparte la coincidencia de su salida de Nueva York la misma noche de su muerte, existen otras circunstancias que lo complican.

—Es lo mismo que la otra noche me soltó John Stanford. Es curioso —murmuró Elssie, pensativa.

—Sí, verdaderamente curioso que Stanford le hablase de Jerry —manifestó vivamente Allan—. ¿Por qué no me lo dijo la otra noche?

—Por la misma razón que usted no me reveló que era policía —contestó, fríamente, Elssie.

—Vamos, señorita Hogan, no me mire como a un enemigo. Yo ahora sólo quiero ayudarles. ¿Se dan ustedes cuenta del peligro que

corren? Las violencias cometidas hasta ahora no sabemos de dónde parten, ni qué fin concreto persiguen. Aunque tengo motivos para sospechar que apuntan a su casa.

—Pero ¿con qué finalidad? —inquirió ansiosamente la hermana de George.

—Eso lo ignoro, pero creo que no tardaremos en saberlo. De no haber venido la señorita Hoster, yo hubiera seguido en torno a ustedes ocultando mi verdadera misión.

Era un anzuelo que les tiraba, pero las dos mujeres permanecieron calladas. Vera Hoster, con una expresión de burla y desafío impresa en el rostro; Elssie Hogan, ceñuda, hermética.

—Luego hablaremos de eso, señor... agente. ¿Nos vamos, Vera?

Peterson se quedó mirando como las dos mujeres se alejaban y se perdían entre la multitud de bañistas. Luego se volvió a mirar la canoa, y sonrió, con ironía dirigida a sí mismo. Sentía impulsos de ir a un teléfono y conferenciar con su superior para que le aclarase aquella torpeza de dejar aparecer a Vera Hoster cuando todo estaba marchando por buen camino. Tenía ya ganada la confianza de los Hogan, principalmente la del abuelo, que desde el primer momento había simpatizado con él. Se había creado un enemigo temible, John Stanford, y en parte esta era una cosa que Allan había deseado. Que Stanford le creyese un rival con respecto a las relaciones de Elssie Hogan, pero siempre ignorando su misión de policía... Más, de pronto, todo se había venido abajo. Paul Laska, el activo hombre de negocios, quedaba reducido a un simple sabueso apellidado Peterson.

Allan miró con antipatía la canoa. El plan que tenía trazado para aquella mañana debía abandonarlo. Era más urgente dejar definida su situación con respecto a los Hogan. Si su personalidad de policía transcendía, su labor iba a ser mucho más difícil y peligrosa. De Stanford había averiguado demasiado para que éste no intentase desembarazarse de él.

Media hora después, cuando Allan entraba en el «Lake Club» dispuesto a vestirse, oyó que desde el embarcadero le llamaban. Elssie, Vera y la señorita Paget se hallaban al borde de la pequeña bahía donde los Hogan tenían de su propiedad embarcaciones de distintos tipos, tanto para el uso familiar, pesca deportiva, como rapidísimas lanchas que cruzaban el lago con velocidad relámpago.

—¿Quiere usted ser de la partida, señor Laska? —le preguntó Elssie con un afecto que al agente le sorprendió—. Si no recuerdo mal, usted tenía proyectado este paseo para esta mañana. En vez de nosotras dos, seremos cuatro. ¿No le importa?

—Encantado.

No era verdad. Su gusto hubiera sido ir solo con Elssie. Eligieron dos lanchas pequeñas, con motores fuera de borda. Vera y Elssie, en una embarcación; Peterson y la señorita Paget en otra. Antes de arrancar, Elssie señaló la meta: una cúpula encristalada que se veía allá lejos, dentro del mismo lago.

Una vez dejada atrás la congestión del embarcadero, las dos lanchas comenzaron a deslizarse a una velocidad cada vez mayor. Se habían apartado bastante de la orilla, buscando una zona despejada. Pronto la lancha que pilotaba Peterson consiguió ganar la ventaja que en un principio obtuvo la de Elssie, y aun la pasó. En la parte de proa, nivelando el peso, iba la señorita Paget, junto al depósito de gasolina que conectaba con el motor por medio de una manguera de caucho.

Allan miró a la otra embarcación, situada a unos diez metros a su izquierda. Elssie y Vera se habían soltado el albornoz y parecían dos figuras de bronce, bruñidas de sol, al viento las cabelleras. Viera estaba en la parte de proa y permanecía abstraída. En la popa, Elssie sujetaba la palanca de mando y manteníase en actitud totalmente inmóvil, perdida la mirada en la superficie azul. Ninguna de las dos mujeres parecía darse cuenta del sitio en que se hallaban. Llevaban ya varios minutos navegando sin pronunciar palabra, cada una encerrada en sí misma.

El vibrar de un potente motor hizo que Allan mirara hacia delante. Una lancha rápida de proa alta venía recta a la de Peterson. Allan quiso maniobrar la palanca para desviarse a la derecha, pero algo instintivo le advirtió que era preferible situarse a la izquierda, lo más pegado posible a la lancha de Elssie. La motora se precipitaba saltando sobre el agua, acuchillándola con furia.

La señorita Paget, agarrada a la borda, se había vuelto a mirar a Peterson. En la otra lancha Vera había salido de su ensimismamiento y lanzaba un grito de alarma:

—¡Cuidado, señor Peterson!



— ¡Cuidado, señor Peterson!

Elsie, sosteniendo firmemente la palanca de mando, seguía mirando impasible hacia delante.

A medida que Allan cambiaba el rumbo, la motora coincidía en la misma dirección. Faltando ya muy poco para que ambas proas se encontrasen, Peterson viró recto en dirección a la popa de la lancha

que pilotaba Elssie. En el momento que la cruzaba, la motora pasó casi rozando la borda de la que ocupaban las dos mujeres. Durante unos momentos las pequeñas embarcaciones quedaron balanceándose a merced del agua revuelta. Peterson, una vez sorteado el peligro, se había vuelto a mirar hacia la motora para ver quiénes la ocupaban. Apenas pudo distinguir el círculo azul de una gorra de plato.

Siguieron la navegación sin hacer ningún comentario. Allan procuraba mantener su lancha cerca de la otra, en tanto Elssie seguía empuñando la palanca de mando, sin acusar en su rostro la más mínima alteración.

Pronto llegaron a la cúpula encristalada. Con facilidad pudieron meter las lanchas en un pequeño embarcadero hecho con empalizadas. Apenas saltaron a tierra, Peterson dijo:

—Señorita Hogan: ¿es costumbre en este país asustar a los modestos?

—¿Por qué? —inquirió Elssie, con aspecto de sincera sorpresa.

Allan la miró fijamente. Le chocaba que ella demostrara ignorancia. La embestida de la motora había ido dirigida contra la que pilotaba Peterson, eso era evidente. ¿Por qué Elssie fingía ignorarlo? ¿Tan abstraída se hallaba en lo que se le acababa de revelar acerca de su hermano, que no se había dado cuenta?

Vera y la señorita Paget le miraban ansiosamente, a ver cómo reaccionaba. Entonces él quiso deshacer aquella atención soltando una carcajada.

—Reconozco que soy un mal navegante —concluyó.

En el bar de la cúpula encristalada permanecieron más de una hora, y la conversación se desarrolló sobre temas ajenos totalmente a lo que les preocupaba.

Durante aquel tiempo, Peterson se encontró varias veces con los ojos pardos de Vera Hoster, y con las pupilas azuladas, llenas de fulgores extraños de Elssie. Ambas mujeres eran bellísimas, pero distintas totalmente las resonancias que cada una de ellas despertaban. Sólo en una cosa coincidían: en el desasosiego que sentía Allan cada vez que las contemplaba, como si se enfrentase con una fuerza diabólica.

Elssie, a pesar del mutismo en que se había encerrado, seguía atentamente cuánto ocurría en el grupo. Observaba a Vera y a

Peterson, y de vez en cuando en su frente se trazaba una arruga. Sin embargo, de los cuatro que componían el grupo, uno solo, el personaje más borroso en el que nadie se fijaba, la señorita Paget, era quien recogía todos los detalles de la situación, quien verdaderamente profundizaba en lo que ocurría dentro de aquellos seres. Veía que Vera, cada vez que miraba a Peterson, la luz de sus pupilas sufría un sutil cambiante, que tampoco pasaba desapercibido para Elssie. Pero Marlene Paget veía además que la hija de los Hogan, a pesar de su apariencia fría, traslucía en unos segundos violencias avasalladoras.

Desde su puesto anónimo la señorita Paget vio algo más. Vio que en el momento en que subían la escalera del bar, Peterson cruzaba la mirada con un hombre de aspecto de cliente aburrido que estaba hablando con un camarero. Vio que Allan, con el pretexto de hacer algunas preguntas al empleado, quedó rezagado, y mientras aparentaba hablar al camarero, a quién hacía en realidad era al otro hombre. Fueron sólo unos instantes. El cliente se marchó, y Allan, precedido del camarero, se acercó a la mesa donde se había sentado el grupo.

Vera fue la primera en proponer el regreso. Sentíase cansada. Demasiadas cosas para tan pocas horas. Aquella misma mañana había salido de Nueva York.

—Señorita Paget —dijo Allan riendo—. ¿Se resigna a seguir formando pareja con este mal piloto?

—¿Por qué no? Lo de antes sabe usted demasiado que no es suya la culpa —contestó Marlene con naturalidad—. Aquel hombre debía de estar loco.

—Posiblemente se trata de un comando que va a la deriva en esta postguerra —comentó el agente.

Divididos en parejas, cada una acudió a su lancha. Las desamarraron. El primer motor que vibró fue el que manejaba Elssie.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Peterson, sosteniendo con los dedos un trozo de bakelita—. El cebador de arranque se ha roto.

Después de permanecer un rato hurgando, tuvo que desistir. Se procuró un cable, ató un extremo a la proa de la embarcación averiada y el otro en la popa de la que pilotaba Elssie. Arrancaron yendo los cuatro en la lancha delantera.

Vera y la señorita Paget iban en la parte de proa. Peterson se puso junto a Elssie. Navegaban a la velocidad máxima que permitía el motor. Allá detrás, al extremo del cable, la embarcación remolcada daba de vez en cuando un salto, como rebelándose a la amarra.

—¿Siempre ha vivido usted en Toronto, señorita Hogan? —preguntó de súbito Peterson, recostándose sobre la borda.

—Casi siempre. ¿Por qué?

—Toronto es una ciudad interesante... pero no la encuentro a propósito para una mujer como usted. Yo sólo puedo imaginarla inmersa en el fragor de una Nueva York o un Londres.

—Me irritan las grandes ciudades —contestó Elssie, sin mirarle—. Sólo me acercaría a ellas a base de tenerlas dominadas. Me repugna sentirme gusano entre tantos millones.

—Su ambición es uno de sus atractivos más interesantes —comentó Peterson.

Y le recordó la noche en que le manifestó el sueño de ella y su hermano, cuando niños, de reencarnar a los Borgia. A Peterson le interesaba llevar la conversación por este derrotero, donde esperaba encontrar muchos puntos de importancia, cuando de pronto un enorme estallido hizo que los cuatro que iban en la lancha se volvieran sobresaltados. El depósito del remolque acababa de estallar y una gran llama cubría la embarcación.

Elssie paró el motor, en tanto Peterson procedía a soltar el cable. Parados a alguna distancia, los cuatro contemplaron en silencio como la lancha quedaba destruida, y gran parte de ella desaparecía bajo el agua arrastrada por el peso del motor.

Las tres mujeres parecían muy afectadas. Elssie, intensamente pálida, al encontrarse con la mirada de Allan exclamó:

—¡Señor Peterson! ¡Lo que acaba de ocurrir me interesa que quede aclarado, tanto como le pueda interesar a usted!

El agente la escuchó, tranquilo, acentuando su habitual sonrisa.

—¡Pero, señorita Hogan! Yo no le doy ninguna importancia... Claro que lamento que la lancha se haya perdido... Prosigamos la navegación, y si usted no tiene inconveniente, hablaremos de Lucrecia... Ello nos distraería.

Ambos quedaron mirándose un instante fijamente, en lo más profundo de los ojos, como queriendo adivinarse uno al otro los

más ocultos pensamientos. Pero otra cosa distrajo su atención. Pasado el peligro, la señorita Paget sufrió un ataque de nervios y entre Vera y Peterson tuvieron que asistirle. Elssie, en tanto, mantenía la lancha a una velocidad rabiosa.

Ya cerca del embarcadero del «Lake Club», Marlene se repuso. De vez en cuando lanzaba un largo suspiro y anunciaba que no volvería a embarcarse como no fuera en una lancha impulsada por remos. De no haber ocurrido la avería del motor, lo que dio lugar a que pasaran a la otra lancha, a estas horas se hallaría abrasada.

Elssie fue la última en saltar a tierra. Mientras Marlene y Vera se alejaban del embarcadero, Peterson se quedó aguardando a que la hermana de George dejara la embarcación bien acondicionada.

—Bien, es necesario que usted decida cuál ha de ser mi situación. ¿Sigo siendo el señor Laska, hombre de negocios, o me presento como soy y dejo de ser huésped de ustedes?

La pregunta estaba hecha en tono glacial. Elssie, súbitamente estremecida, le cogió una mano a Peterson.

—¡Por favor!... Ahora con más motivos debe usted seguir como antes. Vera y yo teníamos ya decidido que usted siguiera haciéndose pasar por el señor Laska. Lo que usted ha dicho antes es verdad: existen fuerzas que apuntan a nuestra casa.

—Aunque lo que acaba de ocurrir no iba muy directamente contra ustedes —comentó humorísticamente Allan—. ¡Pobre señorita Paget!

—¿Usted no me creerá cómplice? —inquirió con voz anhelante Elssie.

—Señorita Hogan: no me obligue a exteriorizar lo que en estos momentos pienso, porque además de crudo, podía resultar erróneo. Todo esto está demasiado confuso todavía para tener un criterio acertado. En cada uno de ustedes hay un posible cómplice. Por ejemplo, sé que usted ha procurado por todos los medios reconciliarse con Stanford, y creo que ya lo ha conseguido. ¿Por qué ese interés en estar a bien con un individuo de la catadura de Stanford?

—Era amigo de mi hermano.

—Lo sé. Y con mayor motivo debía rehuir su contacto. John Stanford pertenece al hampa dorada, y en San Francisco y en Chicago hay marcadas huellas de su paso, a pesar de que actuó con

nombre supuesto. Se sabe también que estuvo en Nueva York, pero hasta ahora nada se ha podido comprobar en contra suya. Y eso sería muy interesante, señorita Hogan: sobre su hermano pesa la muerte de Jerry Mitchison... que también era amigo de Stanford.

—Lo sé —murmuró Elsie, con voz fosca—. Y es por eso por lo que busco su amistad... Y por lo que hice venir a mi casa a Vera Hoster.

Allan miró a la joven sin entender. Entonces Elsie manifestó que Vera había flirteado con John Stanford cuando George aun no había sido expulsado de la familia. Esto impresionó a Peterson. Acaso por ello el inspector Pilch había dejado que Vera apareciese en Toronto, para que el choque manifestase más claramente el fondo de cada cual. Aquella misma mañana procuraría conferenciar con su superior.

Un rato después, ya dentro de la ciudad, Allan se metía en la central telefónica y pedía comunicación con Nueva York. En cuanto terminó la conferencia, el agente salió de la cabina silbando con aire risueño. Durante algún tiempo andando a través de varias calles, sin llevar una dirección fija.

Cuando llegó a Front Street subió a un tranvía, pero no tardó en apearse. En realidad no tenía bien determinado lo que quería.

En una de las calles céntricas, muy concurrida, se mezcló entre la multitud que marchaba por la acera, cuando de pronto tuvo la sensación de que alguien, metido en el reguero de la gente, le seguía.

Continuó andando, sin volverse, y cuando llegó a una de las callejuelas que cruzaban, se metió en ella. Apenas hubo dado unos cuantos pasos, se volvió, rápido. La sensación que había tenido de unos ojos fijos en su nuca la percibió ahora en toda su realidad. Dos individuos bien trajeados, las manos metidas en los bolsillos, marchaban cara a él. Ni siquiera intentaron disimular mirando a otro sitio cuando Allan se fijó en ellos.

El primer impulso de Peterson fue pasarse a la otra acera y salir de nuevo a la concurrida calle. Sólo eran unos cuantos pasos. Pero los individuos parecieron adivinarlo y sin dejar de andar cara a él, se separaron un poco uno del otro en disposición de cortarle la salida. En aquel momento un coche se metió por la callejuela avanzando silenciosamente. Ya uno de los individuos había llegado

a dónde estaba Peterson, y sosteniendo con sus dientes amarillos un cigarro intacto le pidió fuego, sin sacarse la mano del bolsillo y pegándose lo más posible a un costado de Allan. Éste vio que el coche se detenía delante de ellos y una portezuela se abría.

—¡Suba! —ordenó el individuo del cigarro, sin dejar de sonreír.

Peterson no opuso resistencia. Hubiera sido inútil. Cruzar unos cuantos tiros sólo hubiera servido para quedar él aniquilado y dejar interrumpida una trama que comenzaba a ver un poco menos embrollada. En el asiento posterior del coche aguardaba otro individuo. Apenas Allan quedó sentado, el coche arrancó.

Tenía un hombre a cada lado. Apenas entró en el vehículo fue cacheado. El de los dientes amarillos se quedó mirando la pistola del agente, y gruñó:

—Buena «pluma» llevabas, amiguito... ¿Te gustaría echar unas firmitas sobre nuestros vientres?

Soltó una risotada, dejando al aire su asquerosa dentadura. El que iba sentado al lado del que conducía se volvió a medias para decir:

—Hay que reconocer que es un buen chico. No nos ha dado mucho que hacer, y ahora permanece tan calladita. ¡Una perita en dulce!

—Es verdad —asintió el que habló primero—. Nos has decepcionado. Nos habían advertido que eras de cuidado. ¿O es que estás maquinando algún juego?

Allan siguió callado, cruzado de brazos y manteniendo en la boca una sonrisa indefinida. Pasaron por varias calles, la mayoría poco concurridas. Llegaron a los arrabales que daban al puerto. Salieron a una carretera trazada recta en dirección a las dársenas; pero a poco de circular por ella torcieron a la izquierda por un empalme que se internaba en un laberinto de edificios viejos con aspecto de almacén. Se detuvieron frente a uno cuya fachada tenía varias hendiduras y en el dintel aparecía pintado un velero, ya casi esfumado por la humedad.

Tan pronto el coche se detuvo, el individuo que iba al lado del conductor se apeó, acercóse a una gruesa puerta de madera, puso una llave en un candado que sujetaba una cadena; después otra llave en una cerradura incrustada en la madera, y enseguida un gruñir de goznes anunció que las puertas quedaban de par en par.

Inmediatamente el coche maniobró y se metió dentro.

Era una nave bastante larga, con pilas de cajas, y allá al final veíase un camión cuyos guardabarros estaban cubiertos de polvo. Las puertas de la calle quedaron cerradas. En el local no entraba más luz que la que pasaba por una alta ventana, defendida por gruesos barrotes.

A un gesto del hombre de los dientes amarillos, Peterson se apeó. Seguía manteniendo la sonrisa, pero la realidad era que se sentía decepcionado. No esperaba verse conducido a un lugar tan sórdido y deshabitado. Si aquel escondite pertenecía a Stanford, la suciedad, las telarañas que se veían por todos los sitios le daban pocos indicios de las actividades que Peterson le suponía.

Éste vio que uno de los individuos se le aproximaba llevando en las manos un rollo de cuerda. Pensó en rebelarse, entablar lucha, pero enseguida desistió. Por bien que le fueran las cosas, no conseguiría escapar. Por otro lado estaba convencido de que aquellos hombres no tenían el encargo de hacerle desaparecer, de momento.

—Amiguito: te vamos a dejar solo, y tal vez té aburras. Pero no hay más remedio —dijo el que llevaba la cuerda—. Hasta la noche no tendrás compañía.

Le ataron las manos por detrás y con el trozo de cable que quedaba le sujetaron los brazos pegados a la espalda. Pusieron un cajón arrimado a la pared.

—Siéntate aquí. Eres buen chico y te lo mereces —dijo el de los dientes amarillos, al parecer sin ironía.

Sacó un cigarrillo, lo encendió, y después de romper el trozo que había tocado con sus labios, puso el resto en la boca de Allan.

—Yo estaré de guardia cerca de aquí. De hora en hora vendré a verte. Si te portas bien, cada vez te encenderé un cigarrillo. Y si prefieres alborotar, olerás esto.

Y le acercó a la nariz un puño cerrado. Mientras tanto, otro de los individuos había vuelto a abrir las puertas. El del coche puso el motor en marcha y salió. Tras él fueron los dos individuos que habían quedado. Las puertas volvieron a quedar cerradas.

Durante un buen rato Peterson se entretuvo en escudriñar en torno. Afortunadamente no le habían atado los pies y podía moverse de un lado a otro. No dudaba en encontrar cualquier

ángulo agudo donde frotar la cuerda para cortarla. Se fijó en un guardabarros del camión, un poco abollado, que levantaba una uña. Pero en el momento en que se disponía a acercarse a la cuerda, se oyó la llave hurgando en la cerradura. Allan corrió a sentarse en el cajón.

No era el individuo de los dientes amarillos quien entró, sino el que durante el viaje fue sentado al lado del chofer. Apenas entrado, cogió un cajón y sentóse frente a Peterson.

—¿Qué? ¿Te aburres?

Peterson se limitó a sonreír. El otro, de pronto, se le quedó mirando muy extrañado.

—¡De veras! Si no fuera porque las señas que nos han dado de ti son inconfundibles, creería que nos hemos equivocado. Tenemos noticias de que eres temible. Y, sin embargo, no has podido portarte mejor. Tenemos orden de no hacerte ningún daño mientras no cometas tonterías... y tú parece que lo sepas.

Peterson tuvo en los labios bailando una pregunta que al final soltó:

—¿Es Stanford quien os dio esa orden?

El otro hizo un ademán de sorpresa tan exagerado que casi se cayó de espaldas.

—¿Stanford? ¡Sí! ¡Has dado en el clavo...!

Una oleada de risa comenzó a sacudirlo. En tanto que él reía, Allan le observaba. Nada de fingido tenía aquel regocijo. Puesto que la mención de John Stanford resultaba un despropósito, aquellos hombres dependían de alguien contrario, tal vez del que mandó atacar el coche de Stanford la noche que fueron al «Gallantry Club».

—Esta noche recibirás visita... Verás qué clase de Stanford se te aparece.

Y se quedó mirando a Peterson con los ojos entornados, las pupilas brillantes, gozando por anticipado de la sorpresa que le iba a producir la visita del jefe. De pronto se puso en pie.

—Eso no me gusta. Los pies debes tenerlos atados.

Se fue en busca de una cuerda, e instantes después Allan quedaba atado de las piernas. Volvió a sentarse en el cajón, permaneció unos instantes pensativo y se levantó.

—Dentro de un rato volveré.

Peterson quedó otra vez solo. La pasividad que en un principio

había adoptado con el único objeto de llegar lo más cómodamente posible hasta el seno de aquella organización, ahora empezaba a ceder ante la perspectiva de aquellas largas horas encerrado allí. Hasta la noche no se enfrentaría con el jefe. Una espera demasiado larga. De aquí a la noche, Peterson pensaba hacer muchas cosas todavía.

A saltos podía acercarse hasta el guardabarros desgarrado, pero desistió. Tenía otra idea. Se deslizó hasta el suelo y poniendo las piernas, en alto fue doblándolas hacia atrás hasta tocar con las puntas de los pies en tierra. Así permaneció unos instantes, y enseguida volvió a la anterior posición. Dos veces más repitió este movimiento, hasta que, por fin, se oyó algo en el suelo. Era el encendedor que acababa de deslizarse de uno de sus bolsillos.

Allan se sentó en tierra. Trabajosamente fue tanteando con los dedos hasta que pudo coger el encendedor. Lo apoyó en el suelo y oprimió el resorte. Por el calor de la llama fue guiándose para poner las muñecas en el punto preciso. Empezó a percibirse un olor a cañamos quemado. De vez en cuando la mordedura de la llama iba directa a la carne de Allan, pero éste se contenía de hacer ningún ademán violento, por miedo a derribar el mechero y apagar la llama.

El mayor peligro era que la maquinilla no pudiese soportar el tiempo necesario para quemar la cuerda. Peterson tenía que separar de vez en cuando la cuerda de la llama porque ésta prendía en el cañamo y el dolor que sentía en ambas muñecas por momentos se hacía más insoportable.

En uno de estos movimientos el mechero quedó derribado y se apagó. Al intentar cogerlo tuvo que desistir porque parecía que estuviese al rojo vivo.

Tendría que esperar a que se enfriara. Y tal vez luego resultase que en el depósito no quedaba combustible.

Entonces se puso a contorsionar las muñecas. El dolor que sentía en ellas le excitaba más. Durante varios minutos empleó todas las mañas posibles dentro de los reducidos movimientos que le permitía la atadura. Y en el momento en que lo creyó oportuno hizo fuerza con ambas muñecas y la cuerda medio quemada se rompió.

El resto ya fue más fácil. Pronto estuvo en pie, libre de cuerdas. Pero ahora tenía que resolver la manera de salir de allí. Cabía

esperar a que el guardián abriese la puerta para entonces atacarle. Pero ¿y si no venía solo? O también cabía en lo posible que se hubiese marchado, confiado en que lo tenía seguro con las piernas atadas.

Peterson, una vez lanzado a actuar, no encontraba ningún plan aceptable como no fuese encaminado a resolver la situación enseguida. Se acercó a la puerta y estuvo unos momentos escuchando. Algo lejos se oía hablar, y de vez en cuando, golpes de martillo clavando seguramente la tapa de algún cajón. Al venir, a Peterson le habían parecido aquellos edificios almacenes próximos al puerto, y seguramente debían de pertenecer a distintos propietarios. Cabía armar ruido para llamar la atención. Pero también podía ocurrir que los primeros en acudir fuesen sus enemigos.

Entonces Allan quiso poner en práctica un plan arriesgado, pero que si sus conjeturas resultaban ciertas le daría éxito. Se dirigió al camión y destapó el depósito. Estaba medio lleno. De la caja de las herramientas cogió una goma. Cerca de la puerta había visto un pozal y fue por él. Puso la goma en el depósito, aspiró, y enseguida, soltando el tubo, comenzó a volcarse dentro del pozal un chorro de gasolina. Fue por el encendedor que aún estaban en el suelo, y lo cargó de combustible.

Cuando creyó que ya tenía bastante gasolina quitó la goma, cogió el pozal se dirigió a la puerta. Con cuidado fue volcando la gasolina por la ranura que dejaba la madera y la piedra del portal, de forma que casi todo el líquido se deslizara a la parte de fuera. Luego retrocedió llevándose el pozal. Enseguida con un trozo de periódico hizo una pelota, la empapó de gasolina y la dejó a unos cuantos pasos de la puerta. Se secó las manos, y encendiendo el mechero lo aplicó al papel. Luego le dio una patada, tirándolo contra la puerta. La llama brotó produciendo un sonido sordo.

Allan podía apreciar desde dentro la gran lámina de fuego que se había levantado en la parte de afuera. Pronto pudo comprobar que ocurría lo que él más deseaba: que las llamas, prendiesen en las maderas de la puerta. Entonces se puso a actuar en la segunda parte del plan. Apilando unos cuantos cajones y provisto de una barra de hierro se encaramó hasta la ventana y apalancó los barrotes. Vio que Cederían fácilmente, y decidió esperar.

El local comenzaba a llenarse de humo, pero esto, más que preocuparle le alegró. Cuánto mayor fuese el penacho que asomase en la parte de afuera, más llamaría la atención. Sólo cuando estuviese seguro de que la alarma había concentrado en torno al edificio la suficiente concurrencia, Peterson intentaría salir.

Así fue. Al poco comenzaron a oírse voces y pasos que se acercaban a todo correr. Entonces Allan se puso a gritar y a dar golpes contra el tabique. La ventana daba a una callejuela que hasta entonces había permanecido silenciosa, pero que ahora estaba transitada por gente que acudía a las voces de alarma.

Peterson fue visto en el momento en que se había corrido la voz de que en el garaje había algunos bidones de gasolina y que de un momento a otro iban a estallar. Al ver a Allan forcejeando por romper la reja, la gente se concentró allí, mirando con ansiedad.

—¡Deprisa! ¡Deprisa!

Un hombre apareció con una escalera y otro con un hacha. Ninguna de las dos cosas fue necesaria. El marco de la reja estaba podrido y cedió fácilmente. Pero los testigos, para salir sin peligro de que lo agredieran, sí que los necesitó. Gracias a ellos, tan pronto se descolgó a la calle, dos hombres se disgregaron del grupo y desaparecían velozmente por una de las callejuelas que conducían al puerto.

CAPÍTULO V

LA DERROTA DE PETERSON

Cuando cruzaba el corredor, Peterson evocó el trajín que allí se veía a otras horas. Sus pasos sonaban escandalosamente sobre el reluciente piso. Era ya tarde y en casi todos los departamentos había cesado el trabajo.

Allan se detuvo frente a la inscripción «HOGAN COMPANY». Presionó el timbre y la puerta se abrió enseguida. Un hombre de contextura fuerte y rostro ceñudo se le plantó delante cortándole el paso.

—¿Qué desea? La oficina ha cerrado ya.

—Pase recado a la señorita Hogan; me está esperando.

Peterson dio su nombre falso, y el individuo, seguramente el vigilante nocturno de la oficina, después de permanecer unos momentos mirándole con desconfianza descarada, le volvió la espalda y desapareció tras la puerta que comunicaba con el interior.

Como la primera vez que entró en la oficina de Bay Street, al llegar Peterson a la puerta encristalada del despacho de Elssie, oyó a la joven hablando por teléfono, y se dispuso a esperar.

—La señorita ha dicho que pasara —advirtió el empleado.

Allan iba a hacerlo, cuando en aquel momento se abrió una de las puertas laterales.

—¡Señor Peterson!

Era la hermosa Hoster que, teniendo en las manos una revista abierta, miraba al agente con una alegría y un interés inusitado.

—Hora y media nada más que estamos esperando a usted.

A Peterson le sorprendía que Vera se encontrase allí. Cuando desde la fábrica comunicó con Elssie, ésta no le había dicho nada acerca de su amiga. El asunto que tenían que tratar no precisaba

testigos, y menos todavía de la condición de Vera. Ésta se empeñó en que pasara al saloncillo donde había permanecido en aquella larga espera.

—A Elssie le ha favorecido su retraso. Ahí está, bregando con los papeles y los teléfonos. He permanecido allí un rato y me he tenido que salir porque me mareaba. De no haberla visto, nunca hubiera sospechado la maravillosa capacidad de trabajo de que dispone esa mujer. Parece una máquina... ¿Se explica usted eso en una mujer hermosa, e inmensamente rica? Créame: a su lado me siento una cosa inútil.

Peterson sonrió. Vera se había dejado caer con abandono en uno de los divanes y con los ojos entornados miraba al agente.

—Parece increíble que habitando los dos la misma casa apenas tengamos ocasión de vernos —manifestó, con apagada voz, la joven—. ¿Puedo preguntarle cómo van sus pesquisas?

Allan hizo un gesto vago. Su atención en aquellos momentos la atraía la disposición de aquel saloncillo, el gusto de sus muebles, la coquetería de sus adornos, los delicados tapices colgando de las paredes... Era el único sitio donde la severidad de las demás habitaciones quedaba rota.

—Aquí debe refugiarse Elssie cuando el acoso de los negocios la dejan abrumada —comentó Allan, queriendo dar otro giro a la conversación.

Tras la puerta encristalada se oía de vez en cuando la voz de Elssie en frases escuetas, tajantes, situando en el terreno que ella quería lo que le estaban comunicando por teléfono. Aprovechando un momento en que no se la oía, Peterson propuso ir a avisarla antes de que Elssie se enfrascara en otro asunto.

—No tenga usted prisa —objetó Vera, sonriendo de manera insinuante—. Ella disfruta con lo que está haciendo. No la estorbemos.

Pero ya Elssie había abierto e iba hacia ellos. Saludó a Peterson con familiaridad utilizando el falso nombre.

—Su retraso me ha servido para que yo dejara ultimadas algunas cosas... ¿Es usted aficionado a la pesca? Les voy a llevar a «Wild Docks», el refugio salvaje donde los Hogan levantaron su primera cabaña a su llegada al Canadá. En realidad no debimos salir de allí —dijo riendo.

—Tengo grandes deseos de conocer ese sitio —manifestó Vera, sin poder ocultar la molestia que le producía no ser ella el eje de la conversación—. George solía hablarme mucho de «Wild Docks».

—Creo que es la única afinidad que a través del tiempo se ha mantenido entre mi hermano y yo —dijo Elssie, en una extraña transición—. A los dos nos gustaba aquel sitio. Hubiéramos sido dos magníficos salvajes... si la ciudad no nos hubiera estropeado.

Momentos después, la señorita Paget pasaba al saloncillo para acompañar a Vera, mientras Peterson y Elssie se encerraban en el despacho. Aquella tarde Allan había hecho una segunda visita a la fábrica. Esta vez su atención fue dirigida a un punto concreto. Y esto era lo que ahora iban a tratar.

—Según parece, en su visita a la fábrica ha encontrado usted lo que buscaba —dijo Elssie.

Peterson asintió.

—Es curioso —continuó ella—. Su papel de futuro accionista en la empresa automovilista lo está encarnando a maravilla. Ya tiene al abuelo metido en el bolsillo. ¿Cómo lo ha conseguido? Le advierto que es uno de los caracteres más difíciles.

Allan sonrió por no contestar que no compartía su opinión. Él había encontrado en el viejo Hogan a un hombre sencillo, no exento de rarezas, pero con un fondo muy humano.

—Le felicito —siguió Elssie—. Ha conseguido usted dominar al dragón. Yo, como nieta, no tengo inconveniente en confesarle que me da miedo.

Y de pronto, como si algo muy confuso la irritara, miró a Peterson haciendo asomar a sus ojos garzos un fulgor extraño. Retrocedió unos pasos y se puso a reír.

—Pienso en el desencanto que se va a llevar el abuelo cuando descubra que usted no es más que... un triste policía.

—No tan triste, señorita Hogan —atajó rápido el agente—. Por lo menos yo pienso llegar al final de este asunto en condiciones de poder seguir riendo.

—Ahora que recuerdo —dijo Elssie, dando una transición a la escena—, aquí han traído un paquete para usted.

Y señaló el envoltorio que había a un lado de la mesa. Allan, después de observarlo, cortó los hilos y quitó la envoltura en la que iba escrito a lápiz: «Paul Laska». Apareció una cajita de madera.

Con la ayuda de una plegadera de acero la abrió. Dentro había la pistola que le quitaron cuando el secuestro, y una nota.

«No era necesario armar tanto escándalo para marcharse.
Yo *sólo* quería hablar con usted...
»Le devuelvo la *pluma*. Va a hacerle falta».

La nota estaba escrita a máquina, y por firma llevaba una C hecha con tinta.

—Muy divertido —comentó Peterson, después que hubo leído la nota.

Examinó el arma, y sin decir nada más se la guardó. Como si aquello no tuviera ninguna importancia, pasó inmediatamente a tratar el asunto que les reuniera allí. En la sección de carrocería había encontrado lo que buscaba. Un modelo de coche que, después de pasar por un corto período de prueba quedó arrinconado. Se produjeron muy pocos coches de aquel modelo, creación de George.

—Nunca oí hablar de ello a mi hermano —manifestó Elssie, verdaderamente intrigada.

—Tal vez su hermano pecaba de modesto —comentó Peterson, irónico a pesar suyo—. Yo vi circular en Leopoldville dos coches de este tipo.

Explicó las características: ramales de tuberías falsas a lo largo del chasis, y cavidades ingeniosamente disimuladas en las planchas traseras.

—Pero el resorte más sabiamente dispuesto —continuó Peterson — son un juego de espirales y aspiradores que, en un momento de peligro, absorben la «mercancía» comprometedora y la arrastra a un pequeño horno situado en el centro del chasis. Con sólo mantener el motor al ralentí es suficiente para que en unos cuantos minutos toda prueba quede destruida.

Elssie hizo un gesto de rebeldía. Miró a Peterson, hostil.

—¿Qué quiere dar a entender? ¿Qué clase de mercancía cree usted que podía transportarse?

El agente se encogió de hombros, indiferente.

—Drogas, divisas falsas, joyas... El caso que yo conozco se refería concretamente a drogas.

—¡No es posible que mi hermano...! —Intentó protestar Elssie.

—Es seguro, señorita Hogan —interrumpió Allan—. Muy doloroso, pero completamente cierto. ¿Tiene usted confianza en el señor Welles?

Era el primer ingeniero de la casa Hogan.

—Va a venir. Y traerá los planos que sirvieron para la realización de ese curioso coche. Usted misma me dirá si esos planos están trazados por su hermano.

Callaron los dos. Del saloncillo inmediato llegaba rumor de la conversación que mantenían la señorita Paget y Vera. Allá afuera sonó el timbre de la puerta.

—Seguramente es el señor Welles —dijo Peterson.

Ambos permanecieron quietos y callados, esperando oír los pasos lentos del viejo ingeniero. Pero lo que percibieron fue un grito recio lanzado por el hombre que guardaba la puerta. Peterson salió corriendo del despacho, cruzó velozmente las habitaciones que le separaban de la última puerta, y cuando llegó al final encontró al vigilante arrimado a la pared que, con un gesto de terror, miraba al suelo.

De bruces, con los brazos en cruz, yacía en el suelo un hombre, con un puñal clavado en la espalda. Allan reconoció enseguida al ingeniero Welles. Cuando el vigilante abrió la puerta se lo vio caer encima, ya muerto.

Peterson se inclinó y registró el cadáver. No traía los planos. Con una rodilla apoyada en el suelo, se quedó contemplando el puñal. Era de fabricación antigua, con una empuñadura muy trabajada. Una sonrisa muy fina, casi imperceptible, se insinuó en los labios del agente.

En aquel momento apareció Elssie, quien al ver el muerto lanzó un agudo grito.

—¡Cállese! —indicó secamente Allan—. Avise a Vera y a la señorita Paget, y márchese enseguida. Entre este hombre y yo veremos la forma de sacar el cadáver de aquí. De momento, no interesa que la Policía local intervenga. Embrollaría más el asunto.

Momentos después, las tres mujeres, pisando muy quedo como si temieran que el ruido de sus pasos fuera a despertar al hombre que yacía en el suelo, cruzaron el vestíbulo y abrieron la puerta. Las tres parecían aturdiditas. Antes de salir, Elssie miró hacia donde se hallaba Peterson, quien por dos veces acababa de marcar un

número en un aparato telefónico, sin conseguir comunicación. Pensó que los agresores tal vez hubiesen cortado la línea, y entonces decidió acompañar a las mujeres hasta la planta baja y comunicar desde allí.

Vera Hoster y la señorita Paget ya habían salido del departamento. En el momento en que iban a salir Elsie y Allan oyeron gritar a las dos mujeres. En dos saltos. Allan situóse fuera y vio que, cerca del ascensor, cuya puerta permanecía abierta, un hombre sujetaba a Vera Hoster e intentaba encaminarla hacia la cabina, en tanto otro individuo empujaba a Marlene contra la pared. A este Peterson lo reconoció enseguida. Era el individuo de los dientes amarillos.

Allan Vaciló unos segundos, no sabiendo a quién dirigirse primero. El que sujetaba a Vera ya se hallaba cerca del ascensor. ¿Es que iba a descender al vestíbulo con su presa? Cundiría la alarma. Tal vez su propósito fuese trasladarse a otro piso. Pero como el que tenía más cerca era al que atacaba a la señorita Paget, se lanzó sobre él y enseguida consiguió que el otro soltara a la mujer. Empezó una lucha desesperada de hombre a hombre.

Al principio parecía llevar ventaja el contrario. Era un individuo no muy alto, pero de ancho tórax. La atención que Peterson prestaba a lo que le ocurría a Vera hizo que el otro pudiera atacarle casi impunemente. Uno de los formidables golpes había alcanzado a Allan en pleno pecho, haciéndole retroceder, vacilante. Entonces fue cuando concentrando todas sus fuerzas se lanzó de un salto sobre su enemigo, quien cometió la imprudencia de no apartarse.

Una descarga incontenible de golpes cayó sobre el individuo. Los puñetazos sonaban sordos, ahogados por el almohadillado que la carne y la ropa formaba sobre los huesos. El agente golpeaba ciego, impaciente por terminar cuanto antes e ir en ayuda de Vera. Pero ésta ya había desaparecido dentro de la cabina. En el momento en que la lucha parecía decidida a favor de Peterson, el ascensor cerró su puerta y comenzó a descender. El individuo que luchaba contra Allan se había dado cuenta de que quedaba solo, y casi ciego por la sangre que le manaba de una ceja, más la que le salía de la boca, comenzó a retroceder, con un gesto contraído de ira y de dolor, semejando un monstruo.

El grito que Elsie y Marlene lanzaron casi al mismo tiempo, al

ver que la cabina comenzaba a descender, distrajo a Peterson, y fue el momento que el contrario aprovechó para lanzarse a correr escaleras abajo. El agente quedó unos instantes en que parecía que no tenía noción de lo que pasaba. La pelea se había desarrollado con tal dureza, que el ver que su contrincante huía no despertó en él, de momento, ninguna reacción. Sólo cuando pareció darse cuenta de que la puerta del ascensor estaba cerrada, arrancó a correr tras su enemigo.

Apenas oyó que tras él le llamaba Elssie. A saltos iba descendiendo los escalones y cada vez que llegaba a un piso, donde la baranda de la escalera se interrumpía, se pegaba a la pared y continuaba corriendo, siguiendo el rastro de sangre. No se dio cuenta de que en algunos pisos varias puertas se abrían, asomaba gente, y algunos avanzaban hacia la escalera, pero indecisos todavía a intervenir.

Cuando llegó a la planta baja, algunos espectadores se arremolinaban ante la boca de un ascensor. Al ver a Peterson, muchos hicieron ademán de huir, creyéndolo tal vez uno de los atacantes. Pero el agente ni siquiera les miró. Empuñando la pistola, fija la vista en el rastro de sangre, llegó hasta la acera. Un grupo de curiosos, situados en medio de la calle, observaban cómo un coche se alejaba a toda velocidad.

Peterson lanzó un grito de rabia, maldiciéndose desde lo más profundo de su ser. Su afán por atrapar vivo a uno de aquellos hombres le había impedido hacer uso del arma en un principio. Retrocedió al interior de la casa. En aquel momento, Elssie y Marlene salían de uno de los ascensores. Los tres se dirigieron al mismo tiempo a la cabina donde se veía un corro de curiosos. Al llegar ellos la gente se apartó. Y otra vez un agudo grito surgió de la garganta de las dos mujeres. Vera Hoster yacía ovillada en un rincón de la cabina, con un puñal clavado en la nuca.

Al observarla Peterson, comprobó que aún vivía. Con todo cuidado le extrajo el puñal. También éste era de tipo antiguo, con una empuñadura muy adornada. Cogió en brazos a la moribunda y se dirigió a la calle, donde Elssie aguardaba con el coche a punto de arrancar. Al cruzar el vestíbulo Allan oyó que uno de los espectadores decía:

—Del ascensor salieron dos individuos, y uno que bajó por la

escalera... De los que salieron del ascensor, uno llevaba el rostro cubierto.

Minutos después que el coche de Elssie salió de Bay Street, llegó la policía local. El jefe del grupo, el inspector Wendell, era un hombre colérico y un poco extravagante. Dio un vistazo a la oficina de Hogan. Luego acorraló a preguntas al vigilante, y cuando éste manifestó que un tal Laska le había dicho a la señorita Hoster que haría desaparecer el cadáver del ingeniero, el inspector dio un salto.

—¡Muy bien! ¡Acaso pensaba comérselo! ¿Dónde se encuentra ese hombre?

Ese hombre, Peterson, en aquellos instantes se hallaba en una clínica, y junto con Elssie y la señorita Paget, aguardaban en el pasillo del quirófano a que terminaran la primera cura de Vera Hoster. Antes de que los médicos terminaran, Peterson tuvo el primer choque con el inspector Wendell. Lo vio aparecer pasillo adelante, llameantes los ojos y con espuma en la boca.

—¿Quién de ustedes se llama Laska?... ¡Ajajá! ¡Usted! ¡Se nota enseguida!

Antes que Allan pudiera hacer nada, dos de los hombres que acompañaban al inspector le encañonaron. Uno de ellos lo cacheó rápidamente, y al encontrarle la pistola, Wendell dio una patada en el suelo.

—¡Hola, amiguito! Veremos cómo explica esto.

—Cuando usted me conceda dos minutos para hablar a solas —contestó Allan tranquilamente.

Le pesaba tener que dar a conocer su verdadera personalidad, pero no había más remedio. En un gabinete de la clínica, a solas con Wendell, Peterson habló. Con gran sorpresa suya el inspector apenas cambió de actitud. Al contrario, pareció mirar al americano con mayor hostilidad.

—Hum. Esto habrá que aclararlo. Nuestros caminos se interfieren. Los Hogan residen en Toronto, y Toronto pertenece al Canadá. Si eso no es suficiente, sepa que desde hace semanas no tengo más misión que dedicarme al asunto Hogan. Expondré inmediatamente a mis superiores esta cuestión, y que decidan ellos quién de los dos debe proseguir.

—Si me permite un consejo —insinuó Allan.

—¿Un consejo? —Wendell rió como si hubiese oído un

despropósito—. Bueno. Venga ese consejo. Mis canas han aprendido a soportarlo todo, joven.

Peterson apuntó entonces la conveniencia de dar al asunto la mínima publicidad. Darle mucho volumen podía espantar la caza. Wendell pareció decepcionado.

—Aun creía que iba usted a decirme algo original. Eso ya lo decidirá el Departamento. Ahora, si usted *me lo permite*, voy a efectuar algunas gestiones. Dentro de una hora espero a usted en Jefatura.

Se marchó, dejando a un hombre de guardia en la habitación a que había sido trasladada Vera Hoster. Ésta seguía en el mismo estado de inconsciencia que al principio, y el doctor que había intervenido no se ocultó en decir que desconfiaba de que se salvara. Elsie y Marlene se Quedaron en la clínica y Allan se fue a la Jefatura de Policía, para que cuanto antes *sir* situación quedase aclarada.

No se hacía muchas ilusiones en cuanto a las facilidades que iba a encontrar para desarrollar su misión. El prurito de competencia interceptaría muchas acciones y esto iba a redundar en perjuicio del resultado final. Allan disponía de resortes valiosos que estaba seguro de que la policía local los ignoraba. Sin ellos, iba a ser muy difícil que los sutiles hilos de aquella trama pudieran ser descubiertos. Y andar con torpes pasos no serviría más que para crear dos nudos, cuando se pretendía deshacer uno.

En el Departamento Superior de Policía permaneció más de tres horas. Era ya de noche cuando asomó a la calle. En aquellos momentos los ojos de Peterson sufrieron la ilusión de que las luces de la calle se hallaban entregadas a una orgía de formas: se alargaban, se reducían y de pronto parecían reventar. Allan hacía mucho tiempo que no había llorado, pero en aquellos instantes se sintió con deseos de hacerlo. Echó a andar, sin rumbo fijo, con el único fin de, sentir en la frente el fresco de la noche.

Cuando entró en Jefatura, iba preparado. Esperaba que la policía de Toronto le crearía dificultades, pero confiaba en que, en último extremo, una conferencia con Washington lo dejaría todo arreglado. Y fue precisamente de donde más confiaba que vino el golpe definitivo. Al otro lado de la línea, el inspector Pilch en persona, un Pilch desconocido, seco, glacial, le comunicó que se considerase

relevado y que en el primer avión saliese para Nueva York, donde debía esperarle. El inspector Pilch le dejó entrever que precisamente por el asunto Hogan había sido llamado a Washington. Al parecer, en el momento en que los superiores le estaban manifestando su desagrado por la manera con que se estaba llevando aquel asunto, llegó la llamada de la policía de Toronto. La noticia de la agresión de Vera Hoster, en las propias barbas de Peterson, fue definitivo.

Lo que más le dolía a Peterson era la actitud de su superior inmediato. ¿Cómo Pilch, que conocía el resorte principal de aquel asunto, secundaba la actitud de la superioridad, admitiendo el criterio de que había fracasado? Precisamente lo que en el Departamento consideraban un fallo, la agresión de Vera Hoster, era lo que Peterson juzgaba un indicador de huellas concretas. Presentía lo que iba a ocurrir, tan pronto la policía local empezase las investigaciones: se averiguarían las relaciones que un día tuvieron Vera y Stanford, y sobre éste se concentrarían todas las pesquisas. Y eso sería un grave error. Peterson sentía pocas simpatías por John Stanford, le sabía metido en asuntos de importancia capaz cualquiera de ellos de llevarle a la silla eléctrica, pero en lo que se refería a Vera lo creía inocente.

Allan Peterson se había puesto a andar sin otro fin que serenarse. No obstante, sus pasos se habían encaminado al mismo sitio en que se hubiera dirigido de hallarse más tranquilo. Cuando se dio cuenta, ya estaba entrando en un gran garaje situado en una de las calles más céntricas y populosas. A ambos lados de la espaciosa nave veíanse hileras de compartimientos, y una ancha puerta abierta en el fondo daba paso al taller de reparaciones. Hacia allí se encaminó Peterson. Antes de llegar, de una de las cabinas salió un hombre que le llamó. Después de saludarse, el del garaje consultó el reloj.

—Es temprano todavía —advirtió.

—He venido a anunciarte que he sido depuesto —dijo Allan, queriendo aparentar una actitud de humor, pero evidentemente impresionado—. Sólo he venido a despedirme.

El que le escuchaba era un hombre joven, rubio, de aspecto fuerte. Vestía un mono gris, lleno de grasa. Ante la noticia que acababa de oír, puso unos ojos extremadamente abiertos, como si algo inaudito se acabase de producir ante él.

—¡Allan! ¿Qué absurdo es ése?

Acto seguido comenzó a desabrocharse el mono. Anunció que se irían a cenar a un restaurante que había cerca, donde podrían, conversar con toda libertad. Un cuarto de hora después, en una apartada mesa de un moderno comedor, Allan comenzaba a referir a su amigo cuánto había ocurrido en las últimas horas. El joven rubio se llamaba Ray Bowman, y era agente del

F. B. N.

[1]. Con el máximo interés escuchó a Allan, y apenas este hubo terminado, exclamó:

—¡Está claro, amigo! Una maniobra para *pisarte*. Conozco la carcoma de Washington. Cuando lo más importante está realizado, te dan la zancadilla y ponen a otro que les interesa más, para que él se lleve los laureles... Bien, Allan. Eso te enseñará a no jugar tan limpiamente como lo has hecho hasta ahora.

Bowman, además de ser amigo de Peterson, le estaba agradecido por la ayuda que le había prestado en la misión que, desde hacía algún tiempo, le retenía en Toronto. Ray y tres hombres más, pertenecientes a la Brigada de Represión de Tóxicos, habían estado semanas efectuando pesquisas sin un resultado práctico. Sabían que Toronto era el principio de un tráfico de drogas que, en complicada red, se extendía a todo lo largo de la frontera, internándose en los Estados Unidos por los puntos más insospechados. La aportación hecha por Allan, referente al coche con tubería falsa y horno destructor, fue la cuerda que ayudó a Ray a salir del pantano en que se veía metido. Sabía que John Stanford era el alma de aquella organización, pero nunca había podido probarle nada.

—Si la suerte nos acompaña, esta noche cambiarán las cosas —manifestó Ray Bowman—. Es casi seguro que Stanford recibirá *mercancía* esta noche. Si consigo localizar los principales eslabones, tres partes del éxito te los deberé a ti... Comprenderás que no voy a resignarme a la ironía de ver que te destituyen en un momento como éste. En el tiempo que estás en Toronto, apenas has solicitado nuestra ayuda. No quiero reprocharte que has pecado de confiado. Tú sabrás por qué has obrado así.

—Era necesario. Y en cuanto a lo ocurrido con Vera Hoster, el inspector Pilch sabe que, si mis conjeturas salían ciertas, eso tenía que suceder. Si quien lleva esto es quien sospecho, Vera tenía que

ser sacrificada.

—¿Stanford?

—Alguien peor: un loco.

Ray Bowman adoptó un gesto de estupor. Pero Allan hizo como que no reparaba en ello y pasó a referir la conferencia que días atrás sostuvo con el inspector.

—Sé que Pilch es amigo de los Hoster, y teníamos convenido que Vera se desplazase a Europa. En el caso de que a última hora resultase alguna responsabilidad contra ella, la haríamos volver. Pero sin previo aviso, Vera apareció en Toronto.

Pilch pareció muy extrañado. Pues tanto él como los Hoster tenían noticias de que Vera se encontraba en Londres. Después de considerar la nueva situación, convinieron en dejar correr las cosas así. La presencia de Vera concentraría más la acción sobre los Hogan.

—Pero ahora han hecho marcha atrás —comentó Ray irónicamente—. Los Hoster pesan en Washington. Mal asunto. ¿Qué piensas hacer?

—Regresar a Nueva York en el primer avión que salga mañana.

—Pero de aquí a mañana quedan todavía muchas horas. Y para el trabajo de esta noche voy a necesitar más hombres de los que dispongo. ¿Me quieres echar una mano? No infringes ninguna orden. Esto no tiene nada que ver con los Hogan:

Ambos sabían que no era verdad. Que aquel otro asunto tenía bastante relación con la casa Hogan. Pero mientras no quedase demostrado, no tenían por qué saberlo.

Y Allan ofreció sin vacilar su ayuda a Ray Bowman. Era la única forma con que podría resistir aquellas largas horas de injusta derrota.

CAPÍTULO VI

EL PUÑAL

El oleaje batía con furia la costa abrupta y las ligeras lanchas tan pronto emergían coronando un pico de agua como desaparecían engullidas en las enormes grietas que de pronto se abrían en la superficie. Faltando poco para llegar a la orilla, la primera lancha volcó. De los tres hombres que la tripulaban, uno había recibido un golpe y no podía valerse para llegar a tierra. Comenzó a gritar, pero los otros apenas le atendieron, ocupados en alcanzar las cajas que flotaban sobre el agua.

Los dos hombres consiguieron por fin llegar a la orilla, empujando cada uno una caja, en tanto el herido seguía allá detrás, gritando cada vez más angustiosamente. Arrastraron sobre la arena las cajas salvadas, y luego volvieron a acercarse al agua. A unos cuantos metros apenas nada se distinguía. Una de las cajas que flotaban acababa de partirse contra una roca y enseguida comenzaron a oírse estallidos de vidrio. Esto decidió a los dos hombres a lanzarse otra vez al agua.

La otra lancha pudo desviarse a tiempo, y desembarcó más lejos, donde el batir de las olas era menos violento. Dos de sus tripulantes, tan pronto saltaron a tierra, se dirigieron corriendo en ayuda de los otros. Allá dentro, el hombre herido había dejado de gritar.

Minutos después, los cinco hombres que consiguieron llegar a la orilla tenían un rápido cambio de impresiones. Luego, uno se quedaba junto a la lancha en tanto los otros se echaban cada uno una caja al hombro y, en fila india, hundíanse en la oscuridad, tierra adentro.

El que quedó de guardia en la playa, durante unos momentos

permaneció en la lancha, sentado en la borda. Pero comenzó a sentir frío. Sus ropas estaban empapadas y cada golpe de viento le hacía estremecer. Se puso a andar, yendo de la lancha a la roca y viceversa. Entre ambos puntos estaban las cajas que faltaba transportar, y algunas de las botellas salvadas. Andaba casi por el mismo borde del agua, y en una de esas veces sus pies tropezaron con una botella que el oleaje acababa de dejar sobre la arena. El hombre se agachó a cogerla. Iba a dejarla junto a las otras, pero algo que en él había latente se concretó. Aquel vino exótico, tal vez mañana serviría para animar la mesa de un multimillonario, para arrancar explosiones de entusiasmo en la amante enojada.

Se sintió de pronto sacudido por un impulso de protesta. Miró hacia el agua. Esperaba de un momento a otro que el oleaje le echara a los pies al compañero ahogado, que nadie se había preocupado en salvar porque la «mercancía» importaba más.

Para aquel «trabajo» sobraban los sentimentalismos. Debían moverse como si fuesen piezas de una máquina, cada una entregada a su misión, sin detenerse ningún momento ni mirar atrás.

Con la botella en las manos se acercó a la roca. Quedó unos momentos indeciso. Sabía que iba a cometer una falta que el «boss» castigaba severamente: beber durante el trabajo era algo que Stanford no perdonaba. Pero la rebeldía que acababa de brotar en aquel individuo por momentos iba tomando mayor fuerza y la noción del peligro era un incentivo más. Sin vacilar, rompió el cuello de la botella contra la roca y bebió.

Al segundo trago, la situación pareció ya totalmente cambiada. No, su destino no era tan triste. El futuro tal vez le deparara un «golpe» de suerte y entonces él pudiese tener su propio «gang». Y estos pensamientos se le estaban produciendo cuando sigilosamente la muerte se le acercaba. A pesar de que la oscuridad era grande, no le hubiera sido difícil percibir que desde hacía unos momentos varias sombras irrumpían por el lado de tierra y se le aproximaban, rodeándole. Cuando soltó el trozo de botella y se dispuso a defenderse, era ya tarde. La hoja de un puñal acababa de serle clavada en el espinazo.

Quedó muerto en el acto. Dos sombras se inclinaron a cogerle, y llevándolo en volandas, se internaron en el agua y allí lo soltaron. La sombra que había utilizado el puñal comenzó a dar órdenes. Era

una voz delgada, intermitente. Con toda rapidez, y en el más absoluto silencio, las demás sombras empezaron a moverse. En tinos instantes las cajas fueron trasladadas a la lancha. El que mandaba dio otra orden, y tres individuos empujaron la embarcación y saltaron a ella. Enseguida el motor comenzó a vibrar.

—No quiero prisioneros —fue la última orden que el individuo de la voz delgada dio a los de la embarcación—. Si os tropezáis con alguien, defenderos, y, en último caso, haced estallar la lancha.

Quedó unos momentos observando cómo la embarcación desaparecía agua adentro, y enseguida se volvió hacia los otros individuos.

—Vamos. Y tened en cuenta esto: El éxito de este golpe depende de que nos metamos en sus mismas narices sin que se den cuenta. Y eso puede hacerse.

Con paso rápido se dirigieron tierra adentro, siguiendo la misma dirección que momentos antes tomaron los individuos que habían desembarcado. Éstos aún no se habían alejado mucho de la playa. Iban por una senda de pronunciada pendiente y la pesada carga obligaba a que su paso fuese por momentos más tardo. Los cuatro marchaban en fila india y ni una sola vez se volvieron a mirar atrás, y menos todavía a escuchar. Tan entera era la oscuridad, que apenas divisaban a unos cuantos pasos la huella, levemente clara, de la senda. El viento volcábase en el barranco, haciendo estremecer la tupida arboleda que había en ambas laderas.

Los cuatro hombres que trabajaban para Stanford coronaron el macizo, y luego, tras un breve descenso, cruzaron una pista y, a campo traviesa, se dirigieron a una casa cuyas luces se veían no muy lejos. Cuando llegaron, en la puerta había un hombre esperándoles.

Tan pronto pasaron al interior, la puerta quedó cerrada. En una de las habitaciones descargáronse las cajas y enseguida procedieron a abrirlas. Sobre el suelo comenzaron a alinearse botellas de distintos tipos. Las más pequeñas, de formas caprichosas, parecidas a las de perfumería, fueron dejadas a un lado.

El individuo que les abriera la puerta y que vestía uniforme de chofer, comenzó a coger las botellas pequeñas distribuyéndoselas por los bolsillos, y cuando las hubo cogido todas, se marchó a una habitación situada al otro extremo de la casa, que tenía aspecto de

cochera. Enfocando la puerta de salida veíase un automóvil «Hogan», de lujosa carrocería.

El chofer sentóse en el *baquet* y puso el motor en marcha. Luego pasó a los asientos posteriores, quitó el respaldo y apareció un cuadro lleno de discos, como si fueran remaches que sujetaran la carrocería. El mecánico presionó el segundo disco de la línea de arriba; luego, el cuarto de la tercera hilera. Entonces, el disco que había en el ángulo inferior de la derecha se soltó, llevando tras de sí un grueso tubo en cuya parte superior tenía un ancho agujero. El mecánico sacó una de las botellas, la destapó y aplicó el cuello del frasco al agujero.

Lo que salía no era líquido, sino unos polvos parduzcos, que tan pronto asomaban al agujero eran absorbidos por unos potentes aspiradores colocados en el otro extremo de la tubería. Tres frascos volcó en este conducto. Luego abrió otro tubo. Pero la materia que en él volcó ya era de color distinto.

Mientras tanto, los cuatro hombres que habían transportado las cajas desde la playa habían abierto una trampa en el suelo y por una escalerilla de madera bajaban a un sótano las botellas de licor exótico. Los cuatro iban con medio cuerpo desnudo. Sus camisas y sus chaquetas, empapadas de agua, habíanlas dejado en los respaldos de las sillas. Se distribuyeron en cadena. Uno arriba, que se encargaba de pasar dos botellas al que permanecía al principio de la escalera. Éste, al que estaba casi al final, quien a su vez, se las pasaba al último, el cuál era el encargado de distribuirlas en distintos compartimientos.

Hasta ellos llegaba el ruido del motor del coche, funcionando en punto muerto. De pronto se oyó un quejido, que en pleno vigor quedó cortado. Durante unos segundos, los cuatro hombres quedaron inmóviles, mirándose. El primero en reaccionar fue el que se hallaba arriba. Acababa de oír un rumor de pasos que se acercaban. En el momento en que iba a lanzarse sobre la pistolera que colgaba de una de las sillas próximas, la puerta se abrió y una descarga de plomo le punteó desde la frente hasta la cintura. Cayó por el boquete del sótano, contra el que estaba al principio de la escalera. Antes que los de abajo se repusieran de la sorpresa, por la abertura de la escalera asomaron tres pistolas que, disparadas con furia diabólica, comenzaron a escupir fuego. En unos segundos los

que estaban en el sótano quedaron convertidos en un montón sanguinolento.

Dos de los agresores descendieron, y con los pies apartaron los cuerpos que obstruían el paso. Las botellas volvieron otra vez arriba y luego fueron trasladadas al coche, cuyo motor seguía aún funcionando. A un lado del garaje veíase tendido al chofer uniformado.

Un individuo delgado, de aspecto enfermizo, que llevaba un sombrero cuya ala casi le tapaba los ojos, hacía unos instantes se había inclinado sobre él cadáver del mecánico, y arrancándole de la espalda un puñal, limpió la hoja sobre la ropa del muerto y luego lo enfundó en una preciosa vaina que llevaba colgando de la cintura.

El individuo del sombrero se abrochó la chaqueta y, cruzándose de brazos, se apartó a un lado, observando en silencio el ir y venir de los hombres que acarreaban las botellas al interior del coche.

—Basta ya —dijo de pronto con su voz delgada, que parecía tener el corte del puñal.

Enseguida los cinco individuos que le acompañaban cesaron en su trabajo y se detuvieron, firmes, delante del que parecía el jefe. Por debajo del ala del sombrero, el brillo de dos pupilas aceradas fue enfocando a un hombre tras otro.

—Conducirás tú —dijo, indicando al primero que había a su izquierda—. Que vayan dos contigo. Y ya sabes el resorte: si llega el «momento imposible», abre la válvula del horno. El motor no debe parar.

—¿Y las botellas? —preguntó el aludido.

—Eso no tiene importancia. Sólo debe preocuparos lo que va en las tuberías.

Tres de los individuos montaron en el coche. Los que quedaron en tierra habían abierto las puertas y el vehículo salió. Los faros encendidos iluminaron el ramal que, después de atravesar una pequeña arboleda, enlazaba con la gran pista. El hombre de aspecto enfermizo salió de la casa, seguido de los dos individuos que le acompañaban. Ocultos en la oscuridad, quedaron unos instantes observando cómo el coche maniobraba para salir a la pista general. En el momento en que se disponían a volverse para alejarse de aquel sitio por un camino apartado, vieron que en la carretera dos coches, que de repente habían encendido sus faros, enfocaban al

vehículo que transportaba el contrabando, al tiempo que un pesado camión se cruzaba en medio de la pista, cortando la salida.

Se oyeron varias ráfagas de pistola ametralladora. Los disparos parecían pinceladas de sol que no llegaban a cuajar en la noche. El coche que llevaba el contrabando había apagado los faros, pero las luces de los otros seguían teniéndolo enfocado, y dos siluetas tambaleantes se vieron saltar del vehículo y retroceder, internándose en la espesura. Pero el zarpazo de las pistolas ametralladoras seguían buscándoles en la maleza.

El individuo de aspecto enfermizo pasó rápido al otro lado del ramal que enlazaba con la pista. Agazapado tras un grueso árbol, permaneció inmóvil, escuchando el rumor de ramas tronchadas que cada vez sonaba más próximo.

Tambaleante, las dos manos en el vientre, arrastrando con resuellos su vida agonizante, apareció entre las matas el hombre que había sido designado para conducir el coche. El «jefe» de voz acerada se le acercó.

—¿Por qué has parado el motor?

El herido, apoyándose en un árbol, puso las dos rodillas en el suelo.

—Han sido ellos... Conocían el resorte...

—¡Cobarde! ¿Cómo no hiciste estallar el coche?

—¡No podía! —resolló el herido—. Me muero...

—¡Nada se pierde con que desaparezcas! —murmuró el individuo de aspecto enfermizo.

Y su mano de dedos afilados, nerviosos, buscaron la funda donde guardaba el puñal. A pesar de la oscuridad, el otro pareció verle, o adivinarle. Un grito desesperado, la misma voz de angustió que antes sonó en el lago, cuando la lancha que volcó hirió a uno de sus tripulantes, rasgó la noche.

Pero el puñal se clavó en su carne, y la voz quedó cortada. El hombre de aspecto enfermizo desapareció enseguida en la espesura.

El moribundo, con la boca pegada al suelo, musitó:

—¡César... asqueroso!

Todo quedó sumido en el más absoluto silencio. Al cabo de unos minutos, un débil rumor de pasos se oyó en dirección a la casa. Suaves silbidos sonaban aquí y allá, como signo de orientación. En el sitio donde yacía el hombre apuñalado brotó la luz de una

lámpara eléctrica.

La mancha de luz fue recorriendo la espalda del muerto. Le detuvo donde asomaba el mango del puñal. Con todo cuidado extrajo el arma del cadáver, cogiéndolo por la hoja sanguinolenta con un pañuelo. Allá lejos se oyeron varios disparos. El hombre que había extraído el puñal, Allan Peterson, apagó la lámpara y se incorporó. Siempre sujetando el arma por la hoja, lo clavó en el tronco de un árbol. Luego, sacando una pistola, fue aproximándose a la casa.

Silbó, dos veces breve, y enseguida le respondieron con un silbido largo y dos cortos, a manera de puntos.

—¿Bowman?

—Aquí estoy, Peterson.

Una sombra fue al encuentro de la otra.

—Esto es un panteón —dijo jocosamente Ray—. La casa está llena de muertos.

—Es lo que sucede siempre que se encuentran cuñas de la misma madera —contestó Allan—. Voy a verles las caras, aunque ya recelo que el pez gordo se nos ha escapado.

Momentos después, cuando hubo recorrido la casa y observado detenidamente a los que yacían en el sótano, Peterson dijo:

—Efectivamente: El cabeza ha escapado.

Ray Bowman creyó que se refería a Stanford y se encogió de hombros.

—No importa. Con lo que hay aquí y en el coche es suficiente para amarrarle.

—No me refiero a Stanford. Ése es una triste cola, aunque él no de sepa. Creo que con el golpe de esta noche empezará a meditar. Acaba de tener el primer encontronazo serio.

—Desde luego, se han atacado con saña —comentó Bowman—. El «trabajo» ha salido mejor de lo que yo esperaba... gracias a ti, Peterson, porque si no llegas a acompañarme, mi impaciencia por capturar el alijo hubiera estropeado la parte más interesante.

No solamente hubiera impedido que ambas cuadrillas se atacaran, sino que la mayor prueba de culpabilidad, las materias tóxicas ocultas en las tuberías del coche, hubiera desaparecido. La intervención decidida, audaz, de Peterson, lanzándose sobre el *baquet* sin preocuparse de las balas que de allí surgían, impidió que

la válvula del horno, abierta por el que se hallaba sentado al volante, destruyera la peligrosa «mercancía».

Cuando se dirigía a la carretera, Bowman no supo qué hacerse con su amigo. Éste le escuchaba indiferente, mientras con la lamparilla enfocaba los árboles para localizar el sitio donde había dejado el puñal. Lo encontró en el momento en que el jefe de la brigadilla de Represión de Tóxicos decía:

—¡Allan! Yo no puedo consentir que salgas para Nueva York derrotado... Estoy dispuesto a cometer un acto de indisciplina por ayudarte... Este triunfo te lo debo a ti...

—No te preocupes, Ray. Con esto estoy pagado.

Y mostró el puñal, que volvía a sujetar por la parte de la hoja, sucia de sangre. Bowman pareció asombrado. Recordó la manera con que aquella tarde había sido agredida Vera Hoster y el ingeniero de la casa Hogan.

—¿Qué significa esto? ¿Acaso...?

—El enemigo más encarnizado que tiene Stanford —atajó Peterson— es el mismo *loco* que agredió a Vera Hoster.

CAPÍTULO VII

EN «WILD DOCKS»

Allan Peterson entró en la casa de los Hogan de madrugada. Iba a recoger sus cosas para enseguida dirigirse al aeródromo. Su abatimiento, de horas antes había desaparecido. Se hallaba dispuesto a enfrentarse con sus superiores, pero procuraría hacerlo de una manera hábil, aceptando su papel de derrotado, mientras por otro lado procuraría que las pruebas irrefutables llegasen a buenas manos.

Para ir de la ciudad a la casa de los Hogan había utilizado un coche de alquiler. Los que dependían de su amigo Bowman, en aquellos momentos se hallaban demasiado ocupados redondeando la operación de aquella noche. Allan le dijo al chofer que esperara. Pensaba bajar enseguida. De la finca de los Hogan se dirigiría a la clínica donde estaba hospitalizada Vera. En un sitio u otro estaría Elsie. Aun no tenía decidido si sería preferible no despedirse de ella.

Al entrar en la casa, cuya puerta le había abierto el viejo criado, le sorprendió la cantidad de luces encendidas.

—¿Está levantado el señor Hogan?

—El señor Hogan está esperándole —contestó el criado.

No era sólo el viejo Hogan quién se hallaba de pie, sino también Eleanor, la viuda, madre de Elsie. Al oír la puerta, ambos asomaron al marco que daba al salón grande.

—Señor Peterson. ¿Nos puede dedicar unos minutos? —preguntó el viejo, avanzando hacia el recién llegado.

—Con mucho gusto, señor Hogan. Aunque van a ser unos minutos muy breves. Algo inaplazable me obliga a salir enseguida de Toronto.

—Lo siento. Notaremos mucho su ausencia... ¿Piensa volver?

—Desde luego —respondió Allan, huyendo la mirada del viejo.

Pasaron al salón grande. El viejo cerró la puerta e indicó a Peterson el sillón donde debía sentarse. La madre de Elsie era una mujer en cuyo rostro apenas los años habían dejado huella. Su cabello, casi por completo blanco, realzaba su belleza. Pero la particularidad más destacada eran sus ojos, grandes, azulados, de un brillo intensísimo.

Por la forma con que, tanto el viejo como la nuera lo miraban, Peterson presintió enseguida que su situación en la casa había sufrido un enorme cambio.

—Señor Peterson: No comparto en absoluto los medios de que se ha valido usted para proseguir, dentro de nuestra casa, su labor de policía —empezó inmediatamente el viejo Hogan, con voz desabrida—. Me duele infinito que haya usted conseguido captar mi confianza. Si me hubiera dejado llevar de mi táctica recelosa, esto no hubiera ocurrido...

Un sollozo de la viuda Hogan hizo que el viejo la mirara con impaciencia.

—¡Eleanor! ¡Preferiría que nos dejaras solos!

—Perdona, papá.

—No son tus lágrimas las que van a hacer que el señor Peterson desista de su empresa. ¡Déjanos solos! ¡Te lo mando!

El viejo Hogan se había puesto de pie. Su alta estatura, apenas achicada por los años, erguía imponente. Sus ojos, de un azul apagado, fulguraban deteniéndose tan pronto en el agente como en su nuera.

—¡En mala hora dejé el timón de esta casa! —prorrumpió, crispado—. Señor Peterson: Yo también sé jugar a los policías. Creí en «Wild Docks», donde todos mis ascendientes tenían por norma saber cargar y disparar un fusil, antes que aprender a andar. Sólo así pudieron sostenerse contra las avalanchas que el destino les deparaba. Mi dejadez ha hecho que ahora me encuentre con el peligro de verme anulado ante el deshonor. Mi mayor error fue dejar en manos de mis nietos los resortes de mi empresa. Me Sentía agotado, y puse demasiada confianza en la sangre joven. Durante los últimos tiempos han estado ocurriendo cosas que eran un aviso claro para quien hubiera querido oírlas. Pero ni Eleanor ni yo

hemos prestado la atención debida. Las estridencias de George las achacábamos...

Se interrumpió, deteniendo la mirada en su nuera.

—Te lo ruego, Eleonor. Déjanos solos.

—Está bien, papá —murmuró la viuda, retirándose con un gesto de profundo dolor.

Una vez quedaron solos los dos hombres, el viejo continuó:

—Sé lo que les ha ocurrido ayer tarde en nuestra oficina de Bay Street. Tampoco ignoro las pesquisas que ha realizado en la fábrica... Eso ha costado la vida a uno de mis mejores empleados... Hace algún tiempo que yo tenía montada una vigilancia en torno a mis nietos, y, sin embargo, la llegada de usted a esta casa no ha despertado en mí ningún recelo. Mi ceguera de viejo me dio la impresión de que usted, apenas llegar, obtenía sobre mi nieta un gran ascendiente. Era la sacudida que yo estaba esperando. Elssie, tal como era en estos últimos tiempos, me daba miedo.

Peterson entonces recordó que era lo mismo que Elssie le dijo que sentía por su abuelo.

—Creí que usted venía a centrar las cosas —siguió el viejo—. Esta ilusión, que ahora veo que no tenía más base que mi deseo, fue lo que hizo que me despidiera. Si no, usted hubiera caído antes en la trampa.

—No sé a qué se refiere, señor Hogan —intentó disimular Allan.

—Me refiero al celo que ha demostrado usted en la fábrica.

—Mi misión era fingir que me hallaba dispuesto a participar en su empresa, y en la fábrica me he limitado a simular un interés normal en caso semejante.

—Desde luego —rió el viejo Hogan—. Y en la sección de montaje de carrocería va usted a fijarse precisamente en un modelo arrinconado, que usted se empeña en examinar en todos sus detalles, a pesar de que el ingeniero que le acompaña le advierte que es un modelo desechado, que apenas se ha llegado a ensayar. Y su interés llega tan lejos, tan fina es su perspicacia, que en unos minutos me descubre dispositivos que yo, con toda mi experiencia, no había alcanzado todavía.

—Es extraño.

—No debe sorprenderle. Hace algún tiempo que me había desentendido de la fábrica, y ante mis nietos no me hallaba en

actitud de policía.

—Pero había montado una vigilancia en torno a ellos —apuntó, oportunamente, Allan.

—Sí.

—Ante la muerte de George, ustedes casi se han mantenido al margen.

—La *muerte* de mi nieto ocurrió cuando yo había ya renunciado a él —manifestó foscamente el viejo.

Peterson se le quedó mirando, sin decir nada.

—Le eché de casa tan pronto me convencí de que era ya imposible apartarle de su abominable destino. Sabía que las drogas lo matarían pronto, y quise evitar ese espectáculo a su madre y a su hermana. Pero nunca sospeché que se dedicase al tráfico ilegal. Ahora dispone usted de un arma formidable para enredarnos a todos, señor Peterson. El coche que ha visto esta tarde es un buen argumento. «Hogan Company» va a caducar.

El viejo, que se había sentado un poco lejos de Allan, volvió a ponerse de pie, y avanzando lentamente hacia él, agregó:

—Pero aun quedan cartuchos, señor Peterson, y la táctica de «Wild Docks» es excelente cuando las cosas, se ponen mal. ¿Sabe usted que se ha convertido en mi prisionero?

Allan hizo un parpadeo, como si acabase de ver un absurdo.

—Vaya haciéndose a la idea de que ahora, soy yo quien dispone de usted —siguió Hogan—. No confíe mucho en su fuerza ni en el arma que lleva encima. Detrás de usted hay dos buenos tiradores apuntándole desde que usted entró en esta habitación... No. No se vuelva. Levante las manos.

Allan permaneció inmóvil, no sabiendo qué hacer. Sus pensamientos corrían al galope, barajándose unos con otros, todos dispuestos a embestir aquel asedio absurdo.

Los ojos del viejo Hogan habían afilado su mirada incrustándose en los ojos del policía, buscando sus más recónditas ideas.

—Hágame caso. No intente resistirse. Yo sólo pretendo retenerle para que este asunto quede quieto el tiempo preciso para que yo aclare algunas cosas. Al final, si veo que hay solución, usted quedará libre y podrá presentarse ante sus superiores llevando por delante el informe de un excelente servicio.

Peterson optó por una actitud humorística.

—Entreveo un mal remiendo, señor Hogan —dijo sonriendo.

—Lo mismo me parece a mí, pero no hay que desesperar. Tal vez la cosa no sea tan negra como nos figuramos. En todo caso... ¿Me permite que sea yo quien le desarme? Uno de mis hombres se encuentra a dos pasos de usted.

Allan sabía que era verdad. A pesar del sigilo con que el otro había avanzado, percibió su presencia, cada vez más concreta, detrás de él.

—Hágalo —contestó Peterson, sin perder su sonrisa y siguiendo inmóvil—. ¿No lamentará esto, señor Hogan?

El viejo le quitó la pistola de la sobaquera y sin mirarla la echó sobre un sillón.



El viejo le quitó la pistola de la sobaquera...

—Son muchas las cosas que estoy lamentando, señor Peterson. Mis antepasados tuvieron que abrirse paso contra toda clase de adversidades, y esta lucha hacía que el apellido surgiese cada vez más limpio. Pero la vida parece que quiere gastarme la broma de que los últimos herederos, los que lo tenían todo fácil, les dé por

chapotear en el barro. Veremos qué se puede hacer. El ataque de que han sido ustedes objeto esta tarde, no ha sido cosa mía. Ni tampoco creo que de mi nieta. Esto me ha hecho pensar, amigo Peterson. Me ha hecho entrever algo que usted seguramente ya tiene bien concreto. Lo aclararemos en «Wild Docks»... Mi nieta también acudirá allí. Lo único que a través de las generaciones se ha mantenido en los Hogan, es la afición a aquel lugar.

Hubo un silencio. Peterson, cruzado de brazos, permaneció pensativo. El viejo se le acercó.

—¿No objeta nada?

—Pienso —respondió pausadamente Allan, mirando en los ojos del viejo— en que puede ocurrir que la solución no sea del todo *agradable*.

—No nos preocupemos por eso, amigo Peterson —repuso el viejo Hogan, con una serenidad que imponía—. En «Wild Docks» hay sitios para solucionarlo todo...

Dio un extraño, un sombrío matiz a su voz cuando agregó:

—Para *borrarlo todo*.

A primeras horas de la mañana, John Stanford fue a la casa de los Hogan. Tan pronto tuvo noticia de lo que había ocurrido aquella noche con sus hombres, comprendió que había llegado el momento de tomar la retirada. Pero había cosas demasiado confusas para que él aceptase aquella derrota como consecuencia natural de la investigación policíaca.

Todo lo tenía dispuesto para partir. En Fort Hope le esperaba un hidroavión. Pero valía la pena arriesgar la existencia por apagar la risa de los que quedaban atrás, triunfadores. Elssie había estado jugando con él. Hacía mal si ya reía en señal de triunfo, porque aún quedaba tiempo para que aquella risa se convirtiese en lágrimas de desesperación.

Metió el coche en el jardín y al llegar a la escalera que precedía a la entrada, maniobró, dejando el Vehículo de cara a la salida. Subió deprisa los escalones, cruzó el vestíbulo y al entrar en el salón grande se encontró con Elssie, que de pie en medio de la estancia, miraba hacia la puerta, como si estuviera aguardándole.

—Buenos días, John. Has tardado bastante.

—¿Es que me esperabas? —preguntó Stanford, con ironía hosca.

—Desde media noche que estoy mandando gente en tu busca, y

no ha habido manera de localizarte. Vera te llamaba... Quería despedirse de ti.

A pesar de la irritación que poseía a Stanford, lo que acababa de oír hizo efecto en él. Miró a Elssie, vivamente interesado.

—Vera ha muerto esta madrugada —murmuró ella.

Los dos quedaron callados. De pronto, Stanford avanzó hacia la joven en actitud crispada.

—¿Y quién tiene la culpa de su muerte? ¡Esto es cosa tuya, Elssie! La hiciste venir aquí para eliminarla. Lo mismo que has destruido mi red, y has sacrificado a mis mejores hombres.

—Te equivocas, John —repuso ella, con voz serena—. Ni siquiera una piedra he dirigido contra ti, ni contra. Vera. Me he limitado a dejar que las cosas rodaran por su propio impulso. Aunque nunca creí que os eliminarais tan fácilmente. Al parecer, detrás de todo esto hay alguien más fuerte que tú y que yo.

Los ojos de John Stanford llameaban.

—No disimules, porque ya no es menester. Tu jugada está demasiado clara. Alojás en tu casa al policía para poder mejor controlar su fuerza y dirigirla en la dirección que a ti te convenía. Pero de nada te va a servir la maniobra. He venido a llevarte conmigo. Mientras no me halle a salvo no te soltaré... ¿Esperabas esto?

—Lo estaba deseando —contestó Elssie, con apariencias de sinceridad—. Mi situación es tan peligrosa como pueda ser la tuya. Llévame contigo, en tanto se tranquiliza esto. Mi familia me ha dejado sola. De un momento a otro va a venir el inspector Wendell.

—Claro que te llevo conmigo —repuso Stanford, con siniestra ironía—. ¡Vamos! ¡Al coche, enseguida!

Parecía decidido a llevársela por la fuerza en el caso de que ella opusiera la más pequeña resistencia. Había desenfundado la pistola y dirigía miradas recelosas en torno.

—Celebro que te encuentres en un apuro... Sí. Desde luego, no os va a ser fácil justificar la fabricación de un coche con tuberías innecesarias... lo mismo que el asesinato de vuestro ingeniero... Todo esto se hubiera evitado, si no hubieras impedido que le cortara los pasos a vuestro huésped.

Era por lo que más rencor le guardaba Stanford. Cuando en el lago falló aquella mañana la embestida de la motora, John quiso

proseguir atentando contra la vida de Peterson, pero Elssie, sospechando sus intenciones, le hizo desistir. En todo aquello existía algo muy extraño, que a ambos tenía confundidos.

En el viaje de regreso estalló la lancha. Stanford aseguraba que no era cosa suya.

John Stanford sospechaba de Elssie, estaba casi seguro de que era ella quien, escudándose en una actitud de víctima, desataba las furias, en una dirección y otra, pero cuando había querido frenar era demasiado tarde. Ahora ella misma se veía envuelta en su propia trampa.

—¡Al coche! —Mandó John—. Y no intentes escabullirte, porque no vacilaré en disparar.

Elssie le miró fijamente:

—Estoy segura de ello.

En el momento en que salían del salón, se oyó un coche que acababa de entrar en el jardín. Elssie se acercó a una ventana y enseguida, manteniendo en los labios una sonrisa fría, miró a Stanford.

—Ya es tarde. El inspector Wendell acaba de llegar.

—¿Viene acompañado? —inquirió John, al tiempo que saltaba para colocarse junto a la ventana.

En ese momento el inspector bajaba del coche, seguido de dos agentes.

—Recíbelos en esta habitación —indicó en voz baja, pero conminatoria, Stanford—. Yo aguardaré en aquel gabinete... ¡Tú verás lo que dices!

Instantes después, el inspector Wendell asomaba en la estancia, en actitud colérica. Al ver que Elssie estaba sola, hizo que los dos agentes, que le acompañaban quedasen en el pasillo y, cerrando la puerta, se dirigió a la joven.

—Vamos a ver, señorita Hogan: ¿Cuándo ha salido usted de la clínica?

La pregunta sorprendió a Elssie. Suponía que el inspector venía de la fábrica y que sería sobre ello sobre lo que primero le hablaría.

—Unas dos horas, creo...

—¿Ya había expirado Vera, supongo?

—Sí.

Wendell comenzó a pasearse, como si con aquellos pasos rápidos

quisiese dar escape a su exasperación.

—Vamos: ¿Quiere explicarme por qué se empeñan ustedes en embrollar más este asunto?

Elssie le miró dubitativa:

—No le comprendo, inspector.

—Yo tampoco. En la situación en que se encuentran ustedes, no creo que les favorezca nada desafiar la Ley hasta el extremo que lo están haciendo. Esta madrugada, el cadáver de esa desgraciada muchacha ha sido substraído del depósito. ¿Me quiere usted decir qué fin persiguen con eso?

Elssie había palidecido. Retrocedió unos pasos, dejándose caer en un sillón.

—¡No...! ¡Eso no es cierto! —exclamó, casi sin voz.

En el rostro de Wendell había una furia endemoniada. Cerró los puños, incrustando las uñas en la carne.

—¿Qué no es cierto? ¡No me haga perder los nervios, señorita Hogan! Y dígame inmediatamente dónde se encuentra el yanqui que se hospedaba en su casa. Era un policía, ¿lo sabía usted?

Elssie asintió.

—Esta mañana debía acudir al aeródromo y por allí no ha aparecido. Estoy seguro de que tomó parte en la refriega de anoche. Este asunto va a dar mucho que hablar.

—Sí, inspector —dijo la joven, poniéndose de pie, y con voz serena, a pesar de la impresión que le había producido la noticia—. Y creo que resistir más es inútil.

Como si hubiera olvidado que a unos cuantos pasos se hallaba Stanford, atento a todo cuanto allí se decía, Elssie se puso a manifestar la tortura que desde algún tiempo le producía aquella situación. Por su madre, y por su abuelo, intentó que las cosas no trascendieran, pero ya era inútil. Su abuelo, y su madre estaban enterados de la negra pesadilla que George había dejado tras de su muerte. Sobre su hermano pesaban acusaciones gravísimas, y era el policía yanqui quién poseía las principales pruebas de acusación. Aquella mañana su abuelo se había dejado llevar de su temperamento violento, y estaba a punto de cometer una locura. El agente norteamericano había sido apresado por él, sin tener en cuenta que con ello no evitaba nada, sino que empeoraba más la situación.

—Estoy dispuesta a ayudarle, inspector Wendell —terminó Elssie, con voz exaltada—. Se han ido a «Wild Docks». Si lo desea, puede interrogar al mayordomo.

—¿Y con qué fin?

—No sé. El abuelo es un carácter extraño. Tal vez, enterado de las monstruosidades que se le achacan a George, haya enloquecido. Posiblemente sea él quien haya mandado robar el cadáver de Vera, lo mismo qué ha dispuesto detener al yanqui, tal vez creyendo que con ello va a evitar nuestra deshonra. Creo que se ha vuelto loco.

Un sollozo le cortó las palabras. El inspector Wendell permaneció unos instantes indeciso, retorciéndose las manos.

—Bien —dijo, tras un silencio—. Nos trasladaremos a «Wild Docks».

El coche en el que iba Allan Peterson fue el primero en llegar al embarcadero. Después que se apearon los hombres que le custodiaban, lo hizo Peterson.

Al edificio que se veía adosado a las rocas, al final de lago, se podía llegar por tierra, por una senda escabrosísima, arañada sobre las peñas. Era una fortaleza, aislada por el agua, que conectaba con tierra por medio de una pasarela hecha de troncos.

Cerca del embarcadero había una edificación de forma alargada, que los Hogan utilizaban como garaje. Apenas llegados, se encerró el coche, en tanto uno de los individuos saltaba sobre una lancha a motor, y lo ponía en marcha. Instantes después, Peterson y los que le custodiaban navegaban lago adentro en dirección al edificio, en cuya fachada se veía una gran escalinata que, surgiendo del agua, se elevaba una docena de escalones hasta enlazar con la gran puerta que daba entrada a la casa.

Cuando subían por la escalera de piedra llegó el otro coche, en el que iban el viejo Hogan y su nuera. Peterson, inmóvil en mitad de la escalera, permaneció unos momentos observando cómo se apeaban los Hogan.

Sabía que con ellos no iba Elssie, pero eso no le impidió mirar con la esperanza de encontrarla. Allan sabía que corría peligro, y sin embargo sentía contento. No ignoraba hallarse bajo el poder de unos fanáticos, o de unos locos.

Elssie le había confesado una vez que temía a su abuelo. Allan siempre recordaba esto, esforzándose por hallar algo que justificara

ese temor. Hasta el día anterior, el viejo William Hogan le había parecido un hombre normal, acaso un poco brusco, pero que no desentonaba en un temperamento tan fuerte como el suyo.

Donde Peterson veía algo extraño, sumamente peligroso, era en la madre de Elssie. Aquella mujer de cabello blanco y rostro joven, hermoso, casi siempre callada, tenía una manera de mirar que imponía. Alguna vez, en los momentos más inesperados, la había visto erguir el cuerpo con una altanería imperial, en tanto sus pupilas fulgían con un fuego de pasión, o de locura.

El hombre que iba delante, al ver que Allan se había detenido, le indicó secamente que siguiera subiendo. En aquel momento la lancha había vuelto a arrancar en dirección al embarcadero, donde aguardaban el viejo Hogan y la madre de Elssie.

Apenas traspuesto el umbral, Peterson no pudo contener una exclamación de sorpresa ante la suntuosidad que veía. Y se hallaba aún en el vestíbulo. Luego, a medida que fue cruzando habitaciones, su asombro llegó hasta el estupor. Por unos instantes Allan se creyó trasladado a uno de los magníficos palacios italianos de la época del Renacimiento. Recordó, una vez más, lo que le dijo Elssie frente a los retratos de los Borgia: «Mi hermano y yo soñamos con reencarnarles...».

De las paredes colgaban costosos tapices, y sujetas a discos de madera veíanse espadas antiguas, cruzadas unas con otras. Entraron en una habitación de forma alargada, con alto ventanal de cristales policromados.

—Espere aquí —le indicó uno de los que le acompañaban.

Se cerró la puerta, chirriando un fuerte cerrojo.

Al quedar solo, Allan se aproximó al ventanal y abrió los cristales. Apareció una gran reja de gruesos barrotes. El corte del ventanal estaba abierto a un lado del edificio, desde donde podía ver, en una especie de meandro, la enorme cascada que formaban las aguas al precipitarse desde lo alto de las rocas. La paz que reinaba en el resto del lago, aquí era estruendo y espumas revueltas.

Al cabo de un rato oyó que el cerrojo de la puerta volvía a rechinar. Apareció el viejo Hogan.

—¿Cómo va, amigo?

—Muy bien, señor Hogan —contestó Allan, sin el menor asomo de enfado—. Sólo lamento que mi visita a este lugar no obedezca a

motivo más agradable, porque este sitio no puede ser más interesante.

—Verdaderamente lo es. Y no me refiero a lo que contiene la casa, que más bien parece un museo. Todo esto ha sido cosa de mi nuera y mis nietos. Lo que tal vez le gustaría más es lo agreste de estos alrededores. Sobre estos riscos montaron mis antepasados sus campamentos. Estas tierras solían ser visitadas por tribus feroces... Pero no sé por qué estoy hablando de ello. Lo que usted querrá saber es su situación en esta casa... Su misión va a ser la de testigo de cuánto aquí ocurra.

Allan adoptó un gesto ingenuo:

—¿Espera que suceda algo?

—Sí, amigo Peterson. Usted también lo espera. Ya tengo aviso de alguien que viene a vernos. Mi nieta se dirige hacia aquí, acompañando al inspector Wendell.

Peterson sonrió al pensar en la poca gracia que le iba a hacer al policía canadiense encontrarle allí.

—Traen una escolta de policías, pero ya lo tengo dispuesto para que sólo Wendell y mi nieta lleguen aquí. Los que les acompañan tendrán que aguardar en el embarcadero. Como aún nos queda tiempo, vamos a desayunar. Luego recorreremos la casa. ¿Le parece bien?

Pasaron a otra habitación, donde ya les esperaba una mesa preparada con comida. El viejo y Allan sentáronse y se pusieron a desayunar en silencio. Desde hacía unos instantes, un fuerte viento comenzó a batir los cristales, filtrándose por los intersticios de las maderas, mugiendo desesperadamente.

El viejo interrumpió su desayuno, se levantó y fue a abrir una de ellas. Dentro de la estancia se volcó un fragor de ramas agitadas, de agua revuelta y coletazos de viento que hacían balancear los tapices que colgaban de las paredes. El día había nacido nublado, pero ahora la cerrazón era más negra.

—Si el temporal se suelta antes de que venga mi nieta, tendrán que esperar en el embarcadero. Este lago, cuando se enfurece, se hace imposible cruzarlo.

—Pero podrán venir por tierra —insinuó Allan.

—No. He mandado cortar el puente.

Ya no volvieron a pronunciar palabra hasta que terminaron de

desayunar. Entonces el viejo renovó su ofrecimiento de enseñarle la casa. Empezaron por los sótanos, donde tenían la bodega. alguna de aquellas cuevas, tan profundamente metidas en el agua, tenían las paredes chorreantes.

En una de las cuevas no pasaron de la puerta. El viejo avanzó la lámpara para alumbrar el interior, cuyo suelo se hallaba encharcado.

—Amigo Peterson: ¿No cree que la naturaleza más fuerte encerrada aquí quedaría fácilmente destruida? —preguntó con tono indiferente.

—Desde luego —contestó Allan—. No quisiera verme en la necesidad de habitar esta cueva.

Lo había dicho con aire de indiferencia, más bien jocosamente, pero él estaba convencido de que lo que allí se apuntaba tenía su gravedad.

—Aquí encerré a mi nieto... cuando supe la clase de piltrafa que estaba hecho. Pero se escapó. Aunque parezca imposible, pudo salir de aquí.

—¿Y cómo lo consiguió? —inquirió Peterson, conteniéndose por no demostrar un gran interés—. Acaso le ayudara su madre... o su hermana.

—Mi nieta no lo sé. Pero desde luego su madre, no. Ella fue la primera en sentenciarlo... Aunque usted vea llorar a mi nuera, tenga usted presente que en su interior no hay más que roca. Ella decidió que su hijo debía desaparecer, y estoy seguro de que no movió un dedo por evitarlo. Ni yo tampoco... George debió morir entonces. Las monstruosidades ocurridos estos últimos tiempos no las lamentaríamos ahora.

Se alejaron de los sótanos trepando por una escalera resbaladiza, hecha sobre la misma peña. Una vez arriba, donde la abundante luz hacia las cosas y las ideas distintas, el viejo Hogan se quedó mirando a Peterson:

—Amigo. Tal vez usted se pregunte por qué le refiero esto, que además de que tiene poco de agradable, nos perjudica.

Pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono. El viejo acudió al aparato.

—Sí. De ellos nada más mi nieta y el inspector... Desde luego... Convénzales de que no hagan tonterías.

Soltó el receptor y se dirigió a Peterson.

—Ahí están mi nieta y Wendell.

Pasaron a la sala inmediata y el viejo abrió los cristales de un ventanal. El viento era cada vez más fuerte y la superficie del lago comenzaba a curvar su lomo. Junto al embarcadero se veía un coche y un grupo de hombres, entre ellos el inspector Wendell, braceando violentamente. Apartada del grupo, distinguíase a Elssie, que, en actitud pensativa, miraba el agua.

Momentos después, Wendell, Elssie y uno de los hombres que habían custodiado a Peterson, saltaron a la lancha. La ligera embarcación comenzó a avanzar, siguiendo las gibas del agua, prontas a estallar en revuelto oleaje. Cuando llegaron a la escalera, Wendell fue el primero en saltar. Tan ciego de cólera iba, que pisó en falso y resbaló, metiendo las piernas en el agua. Esto acabó de enfurecerlo. Cuando entró en la casa parecía un vendaval. A quien primero vio fue al viejo.

—¿Qué significa esto, señor Hogan? ¿Es que nos hemos vuelto locos?

—Posiblemente, inspector —respondió, escueto, el abuelo.

—Se empeñan ustedes en meter la cabeza en la soga. ¿Qué pretenden con esta encerrona? Sus hombres han desarmado a mis agentes... ¡me han desarmado a mí!

—No iba usted a tener un trato especial. Con nuestro amigo Peterson he hecho lo mismo.

Entonces Wendell fue cuando reparó en el yanqui que, sentado sobre el brazo de un sillón, con las manos cruzadas, observaba sonriente la escena.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Veo que usted está aquí!

—Así parece —comentó Allan, irónico.

—A estas horas usted debía hallarse en Nueva York, dando cuenta a sus superiores de sus desastrosas andanzas. ¿No le preocupa lo que luego le va a ocurrir?

—El minuto que estoy viviendo es el que me interesa, inspector.

Allan se encontró con la mirada de Elssie, y sin saber por qué, sintió un arranque de alegría. Olvidándose de que la permanencia de todos ellos en aquella casa obedecía a un motivo trágico, se aproximó a la joven dispuesto a sostener con ella una conversación amable, risueña, ajena totalmente a la situación.

—Me satisface mucho verla aquí, señorita Hogan. Su presencia ahuyenta lo que pueda haber aquí de sombrío.

Elssie sonrió y encaminó sus pasos hacia el fondo de la estancia, con evidente propósito de apartarse del grupo y de que Allan la siguiera. Los dos se situaron junto a un ventanal, cuyos cristales policromados proyectaron sobre sus rostros una luz rojiza.

—Parecemos pieles rojas —comentó Allan.

Pero Elssie parecía muy preocupada.

—Señor Peterson —comenzó ella, con voz apagada—. He de comunicarle algo muy importante. ¿Sabe que Vera ha muerto?

—Lo suponía.

—Pero momentos antes de que ella expirara me hizo algunas revelaciones. Mi hermano no mató a Jerry Mitchison. Fue cosa de Stanford, ayudado por Vera. Ella no quería a mi hermano, pero no se atrevió a desengañarle porque le tenía miedo. Mi hermano siempre ha sido débil, propenso a la locura. Las drogas acabaron de trastornarle. Me di cuenta una tarde en que entró en mi despacho, intensamente pálido y los ojos llameantes: «¡Quítate de esa mesa y vámonos! ¡Todo está dispuesto para la conquista del mundo!». «¿Qué estás diciendo, George?», pregunté alarmada. «Que ha llegado la hora de cumplir nuestra misión», me respondió. «¡Ya no soy George! ¡Ni tú Elssie! Reencarnaremos a los Borgia. ¿Ya no te acuerdas? Tu belleza y tu talento debe empezar a hacer estragos... ¡Vámonos!». Me fue imposible calmarle. Desesperado porque no le secundaba se dispuso a marcharse, pero antes me escupió: «¡Traicionas tu destino!». Poco tiempo después fue cuando el abuelo tuvo noticia de su estado...

—Y decidió encerrarle en los sótanos de esta casa —apuntó Allan.

—Cuando ya había agotado todos los medios.

—¿Y cómo consiguió su hermano escapar? ¿Le ayudó usted?

Elssie vaciló unos momentos.

—No le ayudé, pero tampoco hice nada por impedirlo. Desde pequeños, George y yo teníamos planeado un conducto por el que se pudiera entrar y salir de esta casa, sin necesidad de cruzar el lago ni pasar el puente de madera. Ya mayores, mandamos hacerlo, sin que en casa se enterara nadie. Sólo George y yo conocemos este conducto.

—Y yo también... aunque sólo sea a medias.

—Le he dicho esto para que esté prevenido. Temo que pueda ocurrir algo inesperado. Aparte la gravedad de la herida, Vera ha muerto también por el terror. Reconoció al que la apuñaló en el ascensor. Dijo que era George...

Elssie se tapó con ambas manos el rostro, como queriendo apartar de sus ojos una visión horrorosa.

—¡Eso es imposible!... Y sin embargo...

—No es tan imposible —manifestó Allan—. Su hermane vive.

A pesar de que era lo que ella ya imaginaba, el oírlo en boca de otro la espantó. Peterson, sin reparar en el efecto que estaba haciendo en Elssie, agregó:

—Estoy seguro de que su hermano vive... y su abuelo no lo ignora. Tal vez a ello obedece su empeño en traerme aquí.

—¿Qué hablan ustedes ahí? —preguntó bruscamente el inspector Wendell, acercándose.

Miró con recelo a Peterson.

—Amiguito: Espero que no habrá necesidad de recordarle que su misión aquí ha de ser pasiva. Si hay que tomar alguna decisión o hacer algún interrogatorio, *soy únicamente yo* quien ha de hacerlo. ¿Entiende?

—Lo tendré en cuenta, inspector —contestó el yanqui tranquilamente.

Algo más tarde, el inspector Wendell se volvería atrás de lo que acababa de decir. Pero de momento, su impaciencia y celo no le dejaban ver que cada minuto que pasaba, su situación en aquella casa se hacía más vacilante. El ir de una habitación a otra, interrogando apresuradamente al viejo Hogan, a la viuda, a Elssie, era crearse una ilusión de actividad, pero que estaba muy lejos de tener eficacia. A poco que profundizara hubiera visto que ninguno de los Hogan, lo mismo al hablar que al moverse, estaba presente en lo que hacía. Cada minuto que pasaba, los tres parecían más abstraídos, como si el temporal que afuera acababa de estallar, influyera en sus temperamentos de forma que les obligara a encerrarse en sí mismos.

Peterson sí que se daba cuenta. Particularmente en lo que se refería a Elssie. Otra vez la veía en aquella actitud hermética de la mañana del lago, cuando la amenaza de la lancha motora. ¿Qué

había de verdad en lo que expresaban aquellas gentes? Elssie decía que temía al abuelo; éste, que temía a su nieta, y que no fiara mucho en la ternura de la viuda... Si los tres eran sinceros al expresarse así, demostraban haber vivido tan desligados unos de otros, que se desconocían.

A primeras horas de la tarde, el inspector Wendell parecía una fiera acorralada. El batir del viento y la lluvia contra los cristales, las descargas eléctricas y, principalmente el comenzar a tener noción de la inutilidad de su permanencia allí, lo tenían exasperado. Se dirigió al viejo en actitud tan furiosa, que diríase iba a pegarle.

—¡Señor Hogan! ¡Esto ya pasa de lo descabellado! ¡Me está usted haciendo perder un tiempo precioso! ¡Le conmino para que me procure los medios de salir de aquí!

—De momento es imposible —contestó el viejo, sin mirarle, y como hablando desde lejos—. Ninguna fuerza humana podría cruzar ahora el lago.

Wendell sabía que decía verdad. Cerca de la escalera había una lancha amarrada, que parecía un potro salvaje saltando por los azotes del agua. Si le dijeran de subir en ella, no se atrevería. Un espeso cortinaje de lluvia caía transversal, y de repente, golpes de aire huracanado rompían la lluvia, abrían hendiduras en la superficie del lago y enormes cuchillas de agua erguíanse como tentáculos de un monstruo buscando una presa.

—Pero había una pasarela, que usted ha mandado destruirla.

—Siempre que los Hogan se han sentido en peligro, ese puente ha sido cortado —contestó el viejo.

El inspector escupió una risa breve.

—En esta ocasión de poco le hubiera servido cortar el puente si el temporal, no llega a aparecer. A estas horas su casa estaría invadida por mis agentes.

—Puede. Pero no olvide que esta casa dispone de aspilleras y de buenos tiradores.

Wendell pareció sufrir una descarga eléctrica. Tan absurdo le parecía lo que había oído, que durante unos segundos permaneció confuso. Sin acordarse de la tirantez que existía entre él y el yanqui, se volvió para mirar a Peterson.

—¿Qué le parece, amigo? ¡Esto es un estupendo desafío a la Ley!

Me estoy temiendo que estamos en un antro de locos.

Pero Allan, sentado en un sillón y cruzado de brazos, no respondió, ni le miró siquiera.

—En todo caso, no hago más que prolongar la locura de mis antepasados —manifestó William Hogan, con voz repentinamente grave—. Todos los momentos difíciles han sido resueltos desde este rincón... Su misión aquí ha de ser simplemente la de espectadores. Resígnese a ese papel, como hace nuestro amigo Peterson. Si las cosas ocurren tal como yo presiento, mi nieto no tardará en llegar...

—¿Quéee?

Pero Wendell enseguida reaccionó. Convencido de que el abuelo estaba loco, quiso seguir la corriente.

—Sí, claro... Su nieto va a venir.

Allan Peterson, sentado en su sillón, siguiendo con los brazos cruzados, soltó una carcajada.

—No se pase de listo, Wendell —advirtió el yanqui—. Lo que el señor Hogan le está diciendo es verdad. Su nieto va a venir.

El inspector miró a su rival con burla, pero al notar la seriedad con que éste había hablado, quedó dudando.

—Puede creer que se me ha contagiado la locura de esta casa —siguió Allan—. Solamente quiero hacerle notar que si usted lleva este asunto varias semanas, sin salir de Toronto, yo vengo arrastrándolo desde el Congo belga.

Hubo un largo silencio, en el que el fragor del temporal, más que interrumpir la quietud de aquella estancia, parecía darle mayor relieve. Wendell miró alternativamente al viejo y al policía yanqui. El abuelo no apartaba los ojos de Peterson. Le miraba acaso con mayor interés que el inspector.

—Bien, amigo Peterson —dijo Wendell, esforzándose por ser cordial—. Estoy dispuesto a escucharle.

En los labios de Allan se marcó una fuerte sonrisa.

—Y yo estoy dispuesto a no hablar, mientras no me vea ante mis superiores.

—Supuse que me respondería así —comentó, despechado, el policía canadiense.

—¿De veras? A ver si también sabe la proposición que estoy dispuesto a hacerle.

Y permaneció callado unos momentos, en espera de que el otro

hablara.

—¿Qué? ¿No la adivina?

—¡Cualquiera sabe! Aquí caben ya todos los absurdos.

—Pero es que esto no es tan descabellado, amigo Wendell. Quiero su palabra de honor de que mientras nos hallemos en esta casa, la iniciativa será mía. Un paréntesis en el que asumo la dirección absoluta.

La carcajada de Wendell fue tan estruendosa, que por unos momentos el fragor temporal quedó casi anulado. Se había dejado caer en un diván para dar mayor expansión a su júbilo. El viejo Hogan también parecía divertido por lo que el yanqui acababa de proponer. ¿Ignoraba que era su prisionero, que se hallaba a merced suya?

Pero Allan pareció adivinarle y enseguida declaró:

—Usted, señor Hogan, me ayudará para que Wendell acepte mi propuesta. No creo que tenga usted ningún interés en que pese sobre su nieto la acusación de un crimen que no ha cometido. Me refiero a la muerte de Jerry Mitchison.

—¿Qué importa eso, cuando tantas monstruosidades ha cometido!

—Importa mucho, señor Hogan, tanto a usted como a mí. En Nueva York se me espera para reprocharme la muerte de Vera Hoster. ¿Cree usted baldío demostrar la siniestra influencia que sobre el temperamento enfermizo de su nieto, han ejercido una mujer como Vera, y un amigo como Stanford?

Hubo una pequeña pausa. Tanto el abuelo como el inspector habían cesado de reír. Ambos miraban a Peterson con viva ansiedad.

—En la refriega de anoche los hombres de Stanford han dejado suficientes huellas para que la acción de la justicia no se limite esta vez a resbalar sobre su epidermis. Está bien cogido... sólo que él, tal vez aun ande suelto. El inspector Wendell esta mañana ha estado a dos pasos de la pistola de Stanford. La serenidad de Elssie ha salvado a usted la vida, inspector.

Y Peterson, aprovechando el momento de sorpresa, hizo que el abuelo y Wendell le siguieran a la habitación inmediata donde se hallaban Elssie y su madre. A requerimientos de Allan, la joven refirió lo ocurrido aquella mañana en la villa. El primer impulso de

Wendell fue protestar de que Elssie hubiese callado la presencia de Stanford a dos pasos de él.

—Un John Stanford acorralado es muy interesante, pero no muerto —aclaró Allan—. Si Elssie hubiese hablado, acaso no hubiéramos conseguido otra cosa sino que usted y yo no pudiéramos discutir ahora.

—Entonces ¿cree usted que debo dar las gracias? —preguntó Wendell con ironía.

—No sé... Pero una actitud cordial creo que sería más oportuna —repuso el yanqui.

El inspector iba a replicar con violencia cuando de pronto pareció reparar en los que le rodeaban. Su mirada se detuvo en la viuda Hogan, severamente enlutada, la figura erguida, y un gesto de piedra en el rostro. Únicamente los ojos vivían, con tal intensidad, que parecían horadar lo que miraban.

El inspector Wendell hizo un movimiento de impaciencia. Miró a un lado y a otro desasosegado. Nunca se había sentido más inseguro.

—Conforme, amigo Peterson —dijo solemnemente—. Dejo en sus manos la dirección de este asunto... mientras nos hallemos en esta casa. Indudablemente, usted pisará más firme.

—La única ventaja de que dispongo es que aspiro a que estos señores dejen de considerarnos como adversarios, y pasen a ser nuestros colaboradores —manifestó Peterson, fijando una mirada lenta en los cuatro.

CAPÍTULO VIII

LOS HOGAN QUIEREN BORRARSE

Una vez más el inspector Wendell gritó:

—¡Peterson! ¿Dónde está?... ¡Conteste!

Por otro lado, William Hogan buscaba a su nieta sin obtener ningún resultado. Ya habían recorrido todas las habitaciones de la planta baja. Pasaron a las del primer piso. Luego a las del segundo, que más bien eran utilizadas como desván. Faltaba revisar las dos torres, cada una situada a un extremo del vértice que formaba el tejado de doble vertiente.

Las dos torres. Cada una tenía un nombre. Torre «César», la de la izquierda; la de la derecha, torre «Lucrecia». Los hermanos Hogan, cuando chiquillos, las bautizaron así. Cada uno se encerraba en su torre y daba rienda suelta a sus sueños.

Ya sólo faltaba revisar estos dos sitios. Hacía más de una hora que Wendell se dio cuenta de que Allan Peterson había desaparecido. Entonces el viejo Hogan se fijó en que su nieta también faltaba.

En vano gritaron llamándoles. La búsqueda la empezaron desde los sótanos, y ahora, cuando se dirigían a las torres, el desaliento se reflejaba en el rostro de ambos. Subieron primero a la torre de la derecha, la que correspondía a Elssie. Era un cuadrilátero, con aberturas encristaladas. Había un diván polvoriento, una mesita antigua, montones de libros en el suelo. Y, sobre todo, estampas de la época del Renacimiento.

Se dirigieron a la otra torre. Pero en el momento en que empezaban a subir la escalera apareció en lo alto la figura enlutada de la viuda Hogan. El gesto que había impreso en su rostro y la manera de mirar, paralizaron a los dos hombres.

—¿Qué sucede, Eleonor? —preguntó el viejo.

Pero ésta no contestó. En lo alto de la escalera, su figura negra parecía haber crecido, investida de tragedia. Los dos hombres, impulsados por un mismo presentimiento, reanudaron apresuradamente la subida y sólo cuando ya llegaban a los últimos escalones, la dama enlutada despertó de su inmovilidad. Primero pareció que iba a hablar, pero se limitó a hacerse a un lado, dejando el paso libre. Antes de entrar en la torre, los dos hombres ya percibieron un fuerte olor a flores.

Encontraron el cuadrilátero convertido en una cámara mortuoria. Excepto dos cristales, los demás estaban cubiertos por cortinajes de terciopelo negro. Sobre un pequeño catafalco veíase el cuerpo de Vera Hoster, desnudo, tapado apenas por un vaporoso tul. Un reguero de flores orlaba los bordes del lecho. A la bella escultura de carne le faltaba el gesto reposado para dar la sensación de sueño. En el rictus de sus labios y en sus vidriosos ojos medio abiertos, había un grito de terror provocado por la última visión.

Pasado el primer choqué, Wendell reaccionó volviéndose contra el viejo:

—¿Querrá explicar esta desdichada broma?

—Nada puedo decirle, señor Wendell —murmuró el abuelo, sin apartar la vista del rostro del cadáver.

—No vayan ustedes a venirme con el cuento de que es su nieto quien ha hecho esto. ¡No creo nada de esas fantasías! ¡Nada en absoluto! Y ya estoy arrepentido de haberme dejado llevar por el yanqui. ¡Ése está tan loco como ustedes!... ¿O no es esto todo locura?

Esa última suposición le mantuvo suspenso unos segundos. Como sí, apenas asomar esta idea, hubiera ido produciendo en cadena otras ideas, retrocedió unos pasos situándose a la cabecera del catafalco y desde allí enfocó, con risa sardónica, al viejo Hogan y a la viuda.

—¡Bien! ¡Estúpido de mí! Pretenden ustedes jugar a los fantasmas para que ellos les salven del atolladero en que se hallan metidos. Y el yanqui es cómplice de ustedes. La desaparición de Peterson y su nieta no es más que un truco para desorientarme. ¿Qué jugarreta me están preparando ahora? Mis hombres aguardan en el embarcadero. ¿No me los habrán asesinado ya?

—¡Señor Wendell! —cortó el viejo—. Yo de usted mediría las palabras. No olvide que se halla desarmado y es mi prisionero. No les he traído aquí por puro pasatiempo. Todo lo que está ocurriendo me afecta demasiado para que no esté dispuesto a recurrir a determinaciones extremas. ¡Le he dicho que nada sé de esto y usted debe creerme!

El inspector detuvo unos momentos la mirada en la pistola que empuñaba William Hogan. Los ojos acerados del viejo se clavaban tenazmente en los del policía.

Wendell se encogió de hombros, resignado:

—Bien. Acepto su explicación.

—¡No sonría, señor Wendell! Esa sonrisa me exaspera más que sus exabruptos. Esto es demasiado abrumador para tomarlo a juego.

La estancia, débilmente alumbrada por los cristales cubiertos; el fuerte olor de las flores; la lluvia azotando las paredes; de vez en cuando la llamarada de algún relámpago... Y aquella estatua de mármol blanco, envuelta en la espuma del tul, con su expresión convulsa, de pánico...

En la puerta, donde se hallaba la figura enlutada, estalló un sollozo.

—¡Su belleza estaba endemoniada! —clamó Eleonor—. ¡Ella envenenó a mi George!

El viejo Hogan se volvió para hacerla callar, momento que aprovechó el inspector para lanzarse sobre él, con el propósito de arrebatarse el arma. Pero antes de que sus manos alcanzasen la pistola, surgió un disparo y Wendell tuvo que retroceder, sujetándose con la mano izquierda la mano derecha que de pronto se había cubierto de sangre.

—¡Lo siento, Wendell! —dijo el viejo—. Pero es usted quien me obliga.

—Sí... Debe usted sentirlo —murmuró el inspector, sin mirarle.

—No quisiera que olvidara que nos hallamos en «Wild Docks».

—No lo olvidaré, Hogan —replicó el otro, secamente.

—Ahora, vayamos abajo y le curaremos.

Cuando llegaron a la planta baja, el timbre del teléfono estaba sonando. El viejo cogió el auricular.

—¡Diga!

Permaneció unos momentos escuchando. Demudado, brillándole

en los ojos una luz feroz, gritó:

—¡Sígale sin que se aperciba!

Dejó el auricular y miró hacia donde se hallaba Wendell:

—Acaban de ver pasar a Stanford y dos hombres más camino de las rocas. Ahora me pesa haber cortado el puente. Quisiera que tuviera las máximas facilidades para entrar en la casa. ¿No considera interesante esa visita?

Pero Wendell apenas le oyó, absorbida toda su atención por el dolor que le producía su mano rota.

El sótano del suelo encharcado era el que tenía en uno de sus ángulos un tabique falso que con sólo empujarlo giraba, dejando dos aberturas de un metro de altura por medio de ancho.

Cada una de ellas daba a un sitio distinto. La de la izquierda era una salida simulada, tal vez un error en el momento de la perforación. Al final de ella, oíase encima el choque del agua cayendo en cascada.

La galería de la derecha atravesaba todo el macizo de rocas hasta salir a un barranco. La boca de salida estaba hábilmente disimulada por un peñasco, que montado sobre un resorte, giraba fácilmente.

A mitad de la galería, Elssie se detuvo. Le había parecido que la seguían. Arrimada a la pared, permaneció inmóvil, conteniendo la respiración. Sí, alguien se acercaba. Pero la oscuridad era tan maciza, que ni aun teniéndolo encima lo podría distinguir.

—Estoy siguiéndola, Elssie. ¿Le parece bien?

—¡Allan! —exclamó la joven.

La proximidad de aquel hombre hizo que su ánimo se recobrara. Sin embargo, en el momento en que decidió salir, procuró por todos los medios que nadie se enterara.

—¿Puedo saber a dónde va? —preguntó el yanqui, así que llegó a dónde estaba Elssie.

La muchacha dio un largo respiro antes de contestar:

—Temí que fuese el inspector Wendell.

—Eso quiere decir que a mí no me teme. Tendré que recordarle que el mando ahora reside en mí. No debió salir sin consultarme... aunque bien mirado, esa falta de disciplina me ha permitido descubrir este conducto, que usted tal vez no me hubiera revelado nunca. Volvámonos atrás.

La joven iba a objetar un motivo, cuando allá delante, al final de la galería se oyó una voz delgada, pero enérgica:

—¡Hermana!... ¡Sigue adelante!

—¡George! —exclamó Elssie, en un grito ahogado.

—¡Ya no soy George!... ¡Ya no soy nada!... ¡Ven aquí!

Elssie, como hipnotizada, se dispuso a andar, pero Allan la sujetó.

—¡No vaya! Tenga en cuenta que está loco —murmuró el yanqui.

A pesar de lo bajo que lo había dicho, el que estaba al final de la galería le oyó. Restalló una carcajada.

—¡Buena pupila, mi buen *sabueso*! He recorrido África teniéndote pegado a mis talones... Ni siquiera la trampa de Leopoldville te desorientó. Ni el asalto de Miami... Eres testarudo, mi buen amigo... Hermanita: ¿Qué haces, que no vienes?

—Deme su revólver —pidió, en voz bajísima, Allan.

—¡Cuidado, Peterson! Desde aquí se oye todo. Sentiría perjudicarte. Después de haber ido tanto tiempo a la zaga uno del otro, me he acostumbrado a ti. En realidad, tú eres el único que me ha defendido algo.

—¡Vete, George! —suplicó Elssie, avanzando hacia la boca de la mina—. ¡Vete! ¡Que no te vea mamá, ni el abuelo!

Estalló una carcajada nerviosa, pronta al llanto:

—¿Por qué no quieres que me vean? Ahora es cuando soy lo que ellos me creían entonces. Me condenaron cuando no era más que un enfermo. Vera quiso que yo fuera así. Y Stanford... Y creo que tú también, hermana... No, no te acerques. Cuando estemos todos hablaremos. ¿Sabéis quién falta?

Volvió a soltar otro trozo de risa nerviosa.

—Stanford iba a escapar en Port Hope, pero le he cortado la retirada. Lo tengo acorralado y no le he dejado más salida que ésta. Sabe que estáis aquí. De mí todavía no está seguro. ¡Será una estupenda sorpresa!

Allan hacía unos momentos que se había echado al suelo y arrastrándose con todo sigilo, comenzó a avanzar. Cuando George calló repentinamente, Peterson se detuvo.

—¡Elssie! ¡Habla! —gritó su hermano.

Ella avanzó unos pasos hasta colocarse junto a Allan.

—¿Qué quieres, George?

—¡Peterson! ¡Habla tú ahora!

El agente guardó silencio.

—¡Habla, Peterson! ¡Quiero saber dónde estás... o dispararé a ciegas!

En la galería reinó un silencio absoluto. Peterson elevó una mano y cogiendo un brazo de Elssie tiró de él. Ella no se resistió. Sin producir el más leve ruido se inclinó, tendiéndose pegada al ángulo contrario al que se hallaba el yanqui. Éste seguía teniéndola cogido del brazo, y se lo oprimió suavemente, dos o tres veces. Elssie comprendió. Segundos después, la mano de Peterson empuñaba un revólver.

—¡Habla, mi buen *sabueso*! ¡No quiero juegos!

Allá delante estalló un fogonazo. Salió del mismo sitio donde surgía la voz. La bala estaba enviada intencionadamente alta. Pasó silbando y a mitad de la galería chascó contra la roca.

—¡Habla tú, hermana! —volvió a gritar George, al tiempo que mandaba otro disparo alto.

Esta vez sí que obtuvo respuesta. Tres disparos seguidos hechos por Peterson con la emoción de saber que, si fallaba, su vida y la de aquella mujer que yacía a su lado habían terminado. Allá delante se oyó un grito. Elssie intentó incorporarse, pero Allan, como si lo presintiera, había extendido el brazo y la sujetó, pegándola al suelo. Dos fogonazos volvieron a brotar en la entrada de la galería, y las balas pasaron a muy baja altura.

Tanto Peterson como la joven, permanecieron quietos, sin respirar. En la boca de la galería se oía un resuello apagado. Allan tocó con el brazo a Elssie, indicándole que siguiera echada, y él se incorporó, pegándose a la pared, avanzando con precaución para no hacer ni el más mínimo ruido. A medida que se acercaba al final, la respiración del moribundo la percibía tan clara, que a cada momento creía que iba a tropezar con él.

Tocó por fin el cuerpo derribado, y se inclinó. Pero en ese preciso instante tuvo la intuición de lo que iba a ocurrir. Donde yacía el agonizante, la galería rompía en una curva muy cerrada, dentro de la cual había la poca luz que se filtraba por los intersticios que dejaba la roca que taponaba la entrada.

En el momento en que Allan se inclinaba, asomó un brazo

armado de un puñal. El agente tuvo el tiempo justo para levantar las manos y dejarse caer de espaldas, agarrado al brazo asesino. Durante unos momentos dos cuerpos permanecieron forcejeando, rodando sobre el suelo de roca, arrastrándose sobre el hombre que acababa de expirar.

Peterson consiguió pronto dominar a su adversario. Era George, que situado en punto seguro, había puesto a otro como cebo. Una vez Allan le hubo obligado a soltar el puñal, sin levantarse, pegando el rostro al de su enemigo, masculló:

—¡Bicho venenoso!

Entonces Allan se sintió escupido en plena cara. Dejándose llevar de la ira, cogió a George del cuello de la camisa y como si fuera un muñeco lo levantó. Dos golpes fueron suficientes para que George volviera a quedar en el suelo, pero ahora inerte.

Peterson estaba restregándose el rostro con una manga, cuando cerca de él oyó unos sollozos medio sofocados.

—Elssie: Vaya a avisar al inspector que venga a ayudarme. Hay que dejar a su hermano en sitio seguro. De un momento a otro puede presentarse Stanford.

Pero John Stanford andaba más cerca de lo que Peterson suponía.

Una milla antes de llegar a «Wild Docks», él y los dos hombres que le acompañaban saltaron del camión cargado de bidones, en el cual, pistola en mano, habían montado a la salida de Fort Hope, cuando ya el hidro había fallado.

Stanford se sentía acorralado, pero aún le quedaba una última carta que jugar: unir su suerte a la de los Hogan. Un tiempo hubo en que supo controlar todos los movimientos e ideas de George. ¿Por qué no iba a conseguir ahora lo mismo de su hermana? Lo que ella dijo al inspector en la villa, era una invitación a Stanford para que acudiera en su ayuda. Esta familia de locos era fácil de dominar a base de golpes de audacia.

Huyendo del embarcadero, que suponían vigilado, rodearon una loma en una de cuyas laderas comenzaba un bosque. A través del viento y la lluvia, los tres hombres, enfundados en su impermeable, avanzaban inclinados, embistiendo al temporal. Lo que menos podía John suponer era que, a pesar del gran rodeo que había dado, antes de entrar en el barranco ya había sido localizado, y el aviso había

sido dado a la finca.

Ni tampoco percibió que le seguían. Ya en el barranco, quedó unos momentos observando una de las laderas para localizar el peñasco que daba entrada al conducto secreto. Varias veces había estado con George aquí, en los tiempos en que éste se hallaba ya totalmente sometido a su voluntad.

La lluvia seguía volcándose en gruesos cables que se enroscaban a los árboles, a las piedras, deshilachándose por las pendientes. En el fondo del barranco, una avalancha de agua rojiza acababa de irrumpir, y por momentos era más potente.

Trabajosamente fueron trepando por la resbaladiza vertiente. A John le disgustaba que aquellos dos hombres que le acompañaban fuesen testigos de los medios de que se valía para abrir la entrada del reducto, pero no era cosa de presentarse sólo en el cubil de los Hogan. Por lo demás, si había ocasión, John ya sabía el medio de hacer que estos dos hombres «olvidasen» el resorte secreto.

El peñasco giró con facilidad. Uno de los que acompañaban a Stanford no pudo contener su entusiasmo:

—¡Vaya engañifa, tú! ¡Qué estupendo!

Si el individuo hubiese comprendido la mirada que le dirigió el «jefe», su entusiasmo se hubiese agostado instantáneamente.

Se metieron en la galería, sin preocuparse por cerrar. Ya se hallaban casi al final, cuando Stanford reparó en ello e hizo volver al que marchaba último para que cerrara. No tenía más que empujar la roca hacia sí.

El individuo se dispuso a cumplir la orden. Tanteando la pared, fue avanzando hacia la salida. Si cuando se hallaba cerca de la curva hubiera encendido una luz hubiera visto que el chapoteo que producían sus botas al andar no era sólo producido por el barro que había en el suelo, sino también por un gran charco de sangre.

Cuando llegó a la boca de la mina, al extender los brazos para sujetar la roca, dos zarpas cayeron sobre su garganta. Apenas se oyó un quejido, y un crujir blando de huesos rotos y carne que revienta.

Allá dentro, Stanford no se dio cuenta. Ya había salido al sótano encharcado. Impaciente por verse cuanto antes frente a los Hogan, comenzó a subir por la rústica escalera de roca. Próximo a la puerta que comunicaba con una habitación que servía de depósito de leña y carbón, se detuvo, escuchando. Nada se oía.

Con la pistola a punto de disparar, cruzó la habitación, siempre seguido del otro individuo. Al andar, procuraba que sus pasos no sonasen, pero de vez en cuando crujía algún trocito de carbón. Pasaron la amplia cocina, totalmente apagada, sin indicios de haber sido utilizada recientemente.

Tampoco en el comedor observó señales de vida. Ni en el vestíbulo. Ni en el salón... Stanford comenzaba a perder los nervios. Aquella soledad y silencio le llenaban de recelos. Tanto él como el que le acompañaba, avanzaban pistola en mano, el dedo a punto de presionar el gatillo, volviéndose a cada instante a un lado y a otro.

Subieron al segundo piso. Y al abrir uno de los dormitorios, John no pudo contener una exclamación de espanto, o de estupor. Sobre un amplio lecho yacía el cadáver de Vera Hoster, tal como una hora antes estaba en la torre. Como hipnotizado, Stanford avanzó hacia el lecho, sin darse cuenta que el que le acompañaba reaccionaba en sentido contrario: retrocedía hacia el pasillo, impresionado por el gesto aterrorizado de la muerta.

John llegó hasta los pies de la cama. Adivinaba, más que veía bajo la espuma de tul, aquel bello cuerpo que había sido su obsesión, y la de George... ¡y la de tantos...!

Sonó un golpe seco, de puerta que se cierra con violencia. Al ir a volverse, se sintió encañonado por la espalda.

—¡Suelta la pistola, John!

Reconoció la voz de Peterson y obedeció. El arma cayó sobre la alfombra. A pesar de ello, Allan siguió presionando el cañón de su revólver contra la espalda del otro, y con la mano izquierda le tanteó rápidamente la ropa, por si llevaba otra arma. Una vez hubo comprobado que no, con el pie echó hacia atrás la pistola que había soltado Stanford; acto seguido, Allan retrocedió unos pasos, la cogió y dijo:

—Alguien te estaba esperando, John. Aparta aquel biombo.

Stanford no se movió.

—¿Tienes miedo? —inquirió Allan, irónico—. El que está allí no puede hacerte daño...

John, intensamente pálido, se había vuelto a mirar a Peterson. Se encontró con la mirada enérgica del policía. Una mirada en la que leyó todos los peligros.

Lentamente fue hacia el biombo que había en un ángulo de la

habitación. Con mano trémula lo apartó a un lado. Y esta vez no salió ninguna exclamación de su boca. Sin embargo, esto le había impresionado más. Sentado en un sillón, aparecía George Hogan, al parecer muerto.

Días atrás, cuando a Stanford comenzaron a fallarle las cosas, tuvo en algún momento el recelo de que George existiese. Pero enseguida desechaba esta idea por descabellada. El George que él impulsó a que se fuera a África para acabar de organizar la red para el tráfico de drogas —el soberbio poder con el cual George aspiraba a dominar el mundo— estaba moral y físicamente en condiciones de no poder ya nunca reaccionar para recuperarse. Vera Hoster, con sus frivolidades y bellaquerías, había precipitado aquella ruina. George ya había dado de sí todo lo que necesitaban de él. Era el momento de que en un punto cualquiera del planeta, desapareciera...

—¿Qué, John? ¿Te sorprende? —preguntó Allan, tras un silencio—. Como verás, a George no llegasteis a conocerle, ni tú ni Vera. Cuando más inútil lo creíais, era cuando su inteligencia enfermiza más discernía... En Leopoldville intentó burlarnos con su muerte. Camuflado en la sombra, quiso preparar con mayor eficacia la contraofensiva... No ha estado mal del todo, ¿verdad, John? La energía con que anoche aplastó a tu cuadrilla, es digna del «boss» más audaz.

En el momento en que sonó la puerta cerrada por Peterson de un puntapié, en el pasillo se había oído ruido de lucha. Luego, todo había vuelto a quedar en silencio. Mas ahora, de nuevo, se oyeron forcejeos, pasos apresurados y voces nerviosas, destacando sobre todas ellas la del inspector Wendell.

Allan, sin perder de vista a Stanford, atendía a lo que ocurría afuera. Se sentía inquieto. A duras penas habían podido conseguir que el abuelo y la madre de George se retiraran a una de las más apartadas habitaciones. Cuando vieron a George, éste ya estaba muerto. Aprovechando un descuido de Allan, cuando éste lo sacaba de la galería, mordió una cápsula de cianuro.

Peterson estaba dispuesto a que con Stanford no le ocurriese lo mismo. Muchas cosas quedarían en una nebulosa, si éste no llegaba hasta el banquillo, antecámara de la silla eléctrica.

El ruido se oía ahora en las habitaciones de arriba. Carreras

precipitadas, gritos, muebles que chocan contra el suelo y, de pronto, varios disparos.

La puerta se abrió de golpe. Apareció el inspector Wendell, con la mano derecha vendada, y sosteniendo con la izquierda una automática.

—¡Peterson! ¡Vámonos! ¡La viuda Hogan está incendiando la casa!

—¿Elssie?

—Ha sido herida por el abuelo. Se ha apostado en la puerta que da al sótano y no deja pasar a nadie.

Stanford y Allan se miraron. Una chispa esperanzadora acababa de brotar en las pupilas de John. Lógicamente, el yanqui acudiría a socorrer a Elssie. Eso era dejar un callejón abierto a Stanford, que tan estúpidamente había caído en la trampa. Pero Allan pareció adivinarle. Con un gesto indicó a Wendell que vigilara al prisionero, mientras él salía para tener una idea directa de la situación. Instantes después volvía, demudado el rostro, la ropa humeante y teniendo en las manos un rollo de cuerdas. El inspector mantenía al prisionero de cara a la pared. Allan se le acercó y le obligó a que cruzara las manos por detrás. En unos momentos lo dejó fuertemente atado, dejándole solamente movimiento en las piernas. Luego, un cable de unos tres metros lo ató a la cintura de John y el otro extremo lo ató a su propia cintura.

—Ahora procurarás que tenga yo suerte —dijo Allan, irónicamente—. Si me ocurre algo, por pronto que te desprendas de mí, las llamas te habrán alcanzado.

Era verdad. Por momentos el humo iba siendo más espeso. Una niebla gris, asfixiante, invadía la habitación. Cuando se disponían a salir, Allan miró a los cadáveres que pronto iban a ser borrados por el humo. La soberbia escultura de Vera Hoster, que más allá de la muerte aun parecía lanzar su lúbrico desafío. Y en el sillón, George Hogan, con su rostro de niño, manteniendo una sonrisa dulce en los labios, como si en el último segundo su alma hubiese hallado la serenidad.

Descendieron apresuradamente la escalera. Delante iba Peterson; en medio, Stanford; detrás, Wendell.

Exceptuando las habitaciones próximas a la escalera, las demás eran ya pasto de las llamas. Allan intentó acercarse a la habitación

donde dejó a la viuda Hogan, pero le fue imposible. Precisamente allí era donde el fuego había alcanzado mayor intensidad.

En el vestíbulo encontraron a Elsie, desvanecida. Cerca de la cintura, en el lado derecho, tenía una herida de bala. Peterson le pasó al inspector la cuerda con que tenía sujeto a Stanford, y cogió a Elsie en brazos.

Ya no se oían disparos. Cautelosamente fueron acercándose a la puerta que comunicaba con los sótanos. Próximo a ella encontraron el cadáver de uno de los hombres de Stanford, y un poco más allá, otro que Allan reconoció como uno de los que ocupaban la lancha cuando él fue traído a la casa. Seguramente los dos en el último momento, no se habían ocupado de otra cosa que buscar la salida, y el viejo los había eliminado. ¿Les sucedería a ellos lo mismo? Peterson no se hacía ilusiones. Sabía que el viejo dispararía contra todo lo que se pusiera por delante. Contra su nieta, la primera; con mayor cuidado afinaría la puntería, para borrar el último vástago de los Hogan.

Dos balas de fusil pasaron silbando sobre sus cabezas, y enseguida se oyó la voz del viejo:

—¡No intentéis escapar! ¡La fiesta es para todos!

—¡Señor Hogan! —gritó Peterson—. Convinimos en que nada sucedía si entreveíamos un arreglo... Y eso lo tenemos. Aquí está Stanford. La mayor responsabilidad es suya.

—¡Nada quiero saber, Peterson! ¡Esto se ha terminado!

Las llamas ya descendían a la planta baja. Allan tendió a Elsie sobre un diván y corrió al teléfono. Pero estaba desconectado. Se acercó a uno de los ventanales y permaneció unos momentos mirando afuera. Aún seguía lloviendo y haciendo un viento fuerte.

—No nos queda más salida que el lago —dijo en voz alta—. Pero es imposible cruzarlo con la lancha, y a nado todavía menos.

John Stanford, con la frente cubierta de sudor, dijo que él se prestaba a pilotar la lancha y aseguraba que no pasaría nada.

—No me fío de ti. Pero en estos momentos tenerte a nuestro lado es un impedimento. Sal tú, si quieres. Mejor para ti si consigues llegar al embarcadero y los hombres de Wendell no te detienen. ¿Verdad, inspector?

—Pero ¿qué va usted a hacer? —preguntó el policía canadiense, lleno de estupor.

—Someter a este individuo a la prueba del fuego. Si consigue escapar, será porque una voluntad más poderosa lo habrá querido así.

Y mientras hablaba, procedía a cortarle las cuerdas. En unos instantes quedó libre. Entonces Stanford pareció un poco indeciso, como no creyendo lo que ocurría. Dio unos pasos hacia la puerta que daba a la escalera del lago, siempre de cara a los policías. Cuando su espalda tocó con la puerta, fue tanteando hasta hallar el cerrojo, lo hizo funcionar y enseguida abrió, saliendo por una abertura en la que cabía justo su cuerpo. Cerró tras sí.

—¡No le comprendo, Peterson! ¡Stanford se escapará! —clamó Wendell, tosiendo de cólera y de humo.

Allan no respondió. Sigilosamente iba acercándose hacia la parte de la cocina, que era donde, se hallaba el viejo. Afuera se oyó el motor de la lancha. Por momentos, su vibración sonaba más lejos.

Comenzaron a oírse disparos de rifle, hechos desde dentro de la casa. Se oyó un enorme estallido junto con un grito desgarrado lanzado por Stanford, que, herido de muerte, lanzábase al agua huyendo de la lancha envuelta en llamas.

Dentro de la casa resonó la trágica risa del viejo Hogan.

—¡Ya has escapado! ¡Ciertamente has escapado! ¡Pero de todos!

Algo muy jocoso se le debió de ocurrir, porque interrumpiendo sus palabras, prorrumpió de nuevo en carcajadas. Pero, súbitamente, su risa quedó cortada por el revólver de Peterson, que había aprovechado el momento para poder acercarse y disparar.

El viejo soltó el fusil y, arrimado a la pared, fue dejándose caer en el suelo. Quedó sentado, los ojos abiertos, sin luz, y en las comisuras de los labios dos hilillos de sangre.

Minutos más tarde, el inspector Wendell, que marchaba delante, al llegar a la boca de la mina, permaneció unos momentos observando afuera. Luego se volvió y dijo:

—No se ve a nadie.

Llegó Peterson, llevando en brazos a Elssie, todavía desvanecida. La dejó con cuidado en el suelo.

—Quédese usted aquí, Wendell. Voy a acercarme al embarcadero. He de ver con qué transportamos a Elssie hasta el coche.

—Iré yo, Peterson —atajó el canadiense—. Mis hombres tal vez

no lo recibieran bien...

Allan intentó hacer una objeción, pero el otro le atajó sonriendo:

—Hay que cumplir lo pactado. Hemos salido de la casa y ahora asumo yo el mando...

Momentos después, Peterson, al quedar solo con Elssie, se quitó la chaqueta y, doblándola, la puso de almohada bajo la cabeza de la muchacha. Ésta despertó entonces.

—¡Allan! —murmuró.

Y otra vez pareció sumirse en el sueño.

EPÍLOGO

Anocheía, cuando los coches se pusieron en marcha. A medida que aumentaba la oscuridad, el incendio de «Wild Docks» levantaba su gigantesca antorcha como si quisiese alumbrar toda la ruta. Las llamas reflejábanse en el lago en una furiosa danza.

El coche que iba delante lo ocupaban el inspector Wendell y el amigo de Allan, Ray Bowman, que apenas tuvo noticias de lo que ocurría en «Wild Docks», había acudido con sus hombres.

—Sólo un hombre de la tenacidad de su amigo podía persistir contra tantas dificultades —manifestó el policía canadiense, refiriéndose a Peterson—. ¿Cómo sospechó que George no había muerto?

—Desde el primer momento tenía la certeza de ello —explicó Bowman, jefe de la brigadilla de Represión de Tóxicos—. El ataúd y el baúl que Elssie Hogan recibió en Miami no contenían nada que perteneciera a su hermano. Los verdaderos restos salieron días después... digo «verdaderos» por designarlos de algún modo, pero Allan ya sabía que no pertenecían a George. Luego, el Laboratorio Técnico confirmó su creencia.

—Y ¿el inspector Pilch sabía esto?

—Desde luego. La conducta del inspector en este asunto es un poco confusa. Es amigo íntimo de los Hoster, y éstos pesan mucho en Washington... A Peterson le queda mucho todavía que hacer... Pero a mí me tendrá siempre de su lado.

—Si en algo creen que les puedo ser útil, espero que se acordarán de mí —dijo, gravemente, el inspector Wendell.

—¡Gracias, inspector! Su adhesión será una alegría para Peterson.

En el coche que iba a continuación, Elssie, casi tendida en el asiento, la cabeza apoyada contra el pecho de Allan, acababa de cerrar los ojos porque una curva del camino les mostraba la lla-

encendida de «Wild Docks».

—¿Qué va a ocurrir ahora, Allan? Me torturarán con interrogatorios; me acusarán de pecados que no he cometido. El deshonor caerá sobre mí.

—No temas —repuso Peterson, acariciándole la cabeza—. Te producirán las menos molestias posibles. Disponemos de un resorte.

—¿Cuál?

—Los Hoster... Por la cuenta que les tiene, ya procurarán quitar espinas al asunto.

Tras una pausa, ella preguntó:

—Allan... ¿Ocurra lo que ocurra... seguirás siendo mi amigo?

Peterson sonrió, sin contestar. ¿Para qué? Demasiado conocía ella la respuesta.

Cuando Allan se inclinó a besarla, los labios de Elsie ya hacía un momento que le esperaban.

Allá lejos, la antorcha de «Wild Docks» se erguía cada vez más alta, como queriendo alumbrar la ruta.

FIN

UNA ESPELUZNANTE SERIE DE
CRIMENES

...jalonaban la actuación de aquella banda de espías internacionales entre cuyas redes se debatía la bella Susana y el hombre a quien amaba y de la cual no hubiesen conseguido escapar sin la intervención de un misterioso personaje:

EL ENCAPUCHADO GRIS

Bajo este título uno de los más famosos autores de aventuras contemporáneo

JACK GREY

ha escrito un relato apasionante y lleno de emoción que será publicado en el próximo número de la

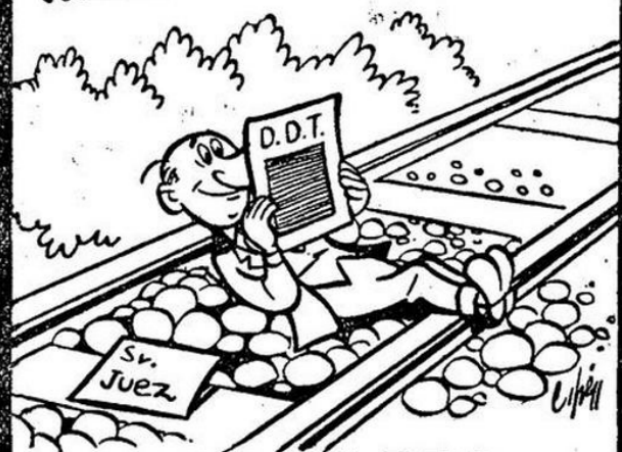
COLECCION S. SECRETO

Si es usted amante de las aventuras, no deje de leer

EL ENCAPUCHADO GRIS

Un libro que difícilmente olvidará

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
PIMPINELA**

- Núm. 252 Mercedes Montó.
■ **MARIDO DE PAJA**
Núm. 253 - Cristina Luján
■ **FIESTA EN PALACIO**
Núm. 254 - Agatha Mar
■ **MISION INESPERADA**
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
MADREPERLA**

- Núm. 148 - Trini de Figueroa.
■ **ENCADENADA**
Núm. 149 - Amparo Lara
■ **TU ERES MI ANGEL**
Núm. 150 - L. Masoto
■ **PRINCESA POR SEIS DIAS**
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 56 - Peter Dabry.
■ **AVIONES SIN RUMBO**
Núm. 57 - A. Rolcast
■ **UN LOCO EN LA SOMBRA**
Núm. 58 - Jack Grey
■ **EL ENCAPUCHADO GRIS**
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
ROSAURA**

- Núm. 92 - Lía Romas.
■ **BURLA PELIGROSA**
Núm. 93 - Corin Tellado.
■ **CORAZON INDOMITO**
Núm. 94 - M. Adelo Durango
■ **MADemoiselle**
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



**COLECCION
BISONTE**

- Núm. 193 - Raf Segrram.
■ **EL INFALIBLE**
Núm. 194 - Fidel Proda.
■ **LA CAPITANA**
Núm. 195 - Raf Segrram
■ **LA BANDA DEL "NEGRO"**
APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



**COLECCION
AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 16 - Zane Grey.
■ **FRENTE A SU DESTINO**
Núm. 17 - William Macleod Raine
■ **BUCKY O'CONNOR**
Núm. 18 - Zane Grey.
■ **LA REINA MAVERICK**
APARICION BISEMANAL. PRECIO 16 Ptas.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.

Precio: 5 pts.



NOTAS

[1] Federal Bureau of Narcotics. < <